

# FLORENCIA CANALE

## *La hora del destierro*

Los últimos años de  
Juan Manuel de Rosas

Lectulandia

La derrota en la batalla de Caseros obligó a los Rosas a escapar. El Restaurador de las Leyes se convertía así en el Tirano y el poder cambiaba dramáticamente de manos.

Juan Manuel, su hija Manuelita y unos pocos más zarparon rumbo al destierro con promesas de una existencia a salvo. Sin embargo, las secuelas de su partida hacían estragos en Buenos Aires. Mientras ellos rehacían su vida en Southampton, el séquito de mujeres abandonadas en la ciudad sitiada inventaba estrategias para sobrevivir: Eugenia Castro y su prole, en la indigencia más absoluta; Juanita Sosa, sumida en la demencia, y Marcelina Alén, marcada por un embarazo de dudoso origen. El *farmer* y su hija, casada con Máximo Terrero a pesar de la oposición furiosa de su padre, pasaban sus días en tierra inglesa entre visitas prestigiosas y una nueva rutina familiar. Alejado del poder y envejecido, Rosas ya no libraba otra batalla que la recuperación de sus bienes materiales, confiscados por los unitarios...

Luego de *Sangre y deseo* y *Lujuria y poder*, llega el final de la apasionante trilogía rosista de Florencia Canale, que retrata en clave novelística las grandezas y las miserias de una estirpe política que dejó una huella imborrable en la historia argentina.

**Lectulandia**

Florencia Canale

# **La hora del destierro**

**Los últimos años de Juan Manuel de Rosas**

**Trilogía de Rosas - 3**

ePub r1.0

lenny 20.12.2018

Título original: *La hora del destierro*

Florencia Canale, 2017

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

La hora del destierro

Prólogo

Primera parte: El destierro

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Segunda parte: La caída

Capítulo I

Capítulo II

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*A Valeria, Violeta y Jacinta,  
por nuestro amor indestructible*

## PRÓLOGO

Hacía horas que deambulaba por la ciudad. La noche cerrada la había guarnecido de las probables miradas torvas. Entre apuros y amenazas de muerte, Juanita Sosa había despedido a su amiga del alma. Manuelita había escapado junto a su padre, su hermano, su cuñada y el pequeño Juanchito de las huestes aliadas antirrosistas al acecho.

El sol había despuntado anunciando una jornada de calores propios del mes de febrero. La luz del día le quitó el velo a una Buenos Aires extraña, sin los sonidos de siempre. Ni siquiera las calles parecían las mismas. El general Justo José de Urquiza y su Ejército Grande habían salido victoriosos en Caseros. Habían vencido al Restaurador de las Leyes, que ahora se convertía en el tirano Rosas.

Al salir de la casa del embajador Gore, Juanita no había sabido adónde ir. Sin su amiga cerca, se dio cuenta de la falta que le haría. Con manos prestas, la había ayudado a vestirse como hombre para pasar desapercibida. Le había fajado el pecho con interminables vueltas de lino por encima de la camisa. Manuelita había empalidecido por la falta de aire pero las órdenes debían cumplirse. Juanita guardó el precioso vestido de seda y volantes en su canasta y le calzó el sombrero y la casaca negra. Con aires de muerta en vida, la Niña se había dejado hacer. Se abrazaron con fuerza, se hicieron promesas en secreto que sabrían que no podrían cumplir y por fin se despidieron. Lo último que vio la joven Sosa fue la espalda gruesa de Juan Manuel de Rosas y detrás, el cuerpo camuflado de su íntima amiga. Pronto la oscuridad se tragó a la comitiva.

Juanita esperó un buen rato y luego fue tras los pasos de Manuelita. Llegó a la orilla y tal era el silencio de la noche, que pudo escuchar el golpe rítmico de los remos contra el agua de la embarcación que alejaba a la familia Rosas de su tierra para siempre. La desolación la dominó. Recién tomaba la dimensión real de lo que sucedía. Su cuerpo se convirtió en peso muerto y se desplomó sobre la arena húmeda. Allí permaneció durante horas, con la mirada perdida. ¿Cómo sería su vida sin Manuelita? ¿Y ahora qué haría sin su amiga del alma? Los pensamientos la absorbieron y perdió la noción del tiempo. Sólo reconoció que ya era otro día al percibir la luz del alba, inquietante y más tenebrosa que la oscuridad de la noche.

El sol empezó a levantar y con éste los calores de febrero. Sin preocuparse de posibles miradas curiosas, Juanita desanudó las cintas de sus zapatos y se los quitó. Levantó su falda dejando los tobillos y algo más al descubierto, y permitió que el agua la mojara. No le importaba que la vieran, otros pensamientos ocupaban su mente. El frescor le trajo algo de alivio y al rato decidió volver a las calles de la ciudad. Se calzó aún con los pies húmedos y emprendió el camino con desconcierto.

Cruzó la Alameda y un estruendo sordo, irreconocible, la desacomodó. Algo sucedía más arriba pero no lograba adivinarlo.

Buenos Aires se había transformado en un campo de batalla. Los vencedores habían arribado a la ciudad y en un abrir y cerrar de ojos, ganadores y vencidos se habían lanzado a un ajuste de cuentas que nadie había planeado. Las voces unitarias arengaban contra los rosines, y los derrotados intentaban su última afrenta con las escasas gotas de valor que todavía les quedaban. Tronaba, de tanto en tanto, algún que otro disparo que desataba un sinfín de alaridos. Los portazos y el hermetismo de las ventanas escondían a los más precavidos. La Plaza se había transformado en un circo romano y las calles reunían a unos y otros, entreverados por la violencia.

Juanita se perdió entre esos cuerpos cubiertos de sudor. No entendía lo que sucedía pero asumía que corría peligro. No sabía a quién recurrir. Su gente, que le había servido siempre de salvoconducto, ya no estaba junto a ella. Habían escapado a la luz de la luna dejándola más sola que un páramo. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas mientras rebotaba como una muñeca de trapo en medio de la turba. Al principio nadie notó su presencia, cada uno libraba su propia guerra. Hasta que la taba se dio vuelta por completo.

—¿No es esa la Sosa, la Edecanita? —gritó uno del bando de los vencedores y al instante varios le clavaron los ojos.

Juanita intentó camuflarse entre el enjambre de cuerpos tensos. Con movimientos suaves empezó a retirarse pero unos brazos fuertes la detuvieron.

—Esta es la amiga de Manuelita Rosas. Llémosla a la cárcel. Se van a poner contentos cuando la vean. —El joven la apretó aún con más fuerza. Haber apresado a una de las dilectas del tirano significaría, por lo menos, una medalla.

El corazón de Juanita comenzó a latir a la velocidad del rayo. Al principio trató de zafarse de su captor con toda su fuerza, pero fue imposible. Los muchachotes, ávidos de venganza, la arrastraron rumbo a la cárcel. Desorbitada, con la camisa rota y la falda en jirones, la arrojaron al piso de tierra de una celda nauseabunda.

—Más te convienen los rezos, mujer. Sabemos muy bien quién eres y a qué te has dedicado todo este tiempo. ¡Libertina, vas a rogar la muerte! —gritó el soldado mientras daba vueltas a la llave.

Juana estalló en llanto. Demasiado terror desconocido.

# PRIMERA PARTE

## El destierro

## CAPÍTULO I

El *Conflict* por fin llegaba a destino. Aún faltaban algunos minutos para que el navío anclara en el puerto de Devonport<sup>[1]</sup> y Juan Manuel de Rosas, junto a parte de su familia, pisara suelo inglés.

Había sido un largo viaje, más de lo previsto. Los viajeros habían debido de soportar con estoicismo una infinidad de obstáculos. Pero ahora, 25 de abril de 1852, sabían que podrían contarlos. Unos meses atrás no habrían estado tan seguros.

En la fecha fatídica del 3 de febrero, Rosas y los suyos habían tenido que sortear peligros desde el comienzo del plan de fuga que *Mr. Robert Gore*, encargado de negocios de Inglaterra en Buenos Aires, había ideado para evacuarlos sanos y salvos. A la medianoche, Juan Manuel y sus hijos Juan Bautista y Manuelita, junto a Mercedes —la esposa de Juan— y el joven Juanchito, envueltos en ropajes que cubrían su verdadera identidad, se habían perdido en la oscuridad de las calles porteñas rumbo a su salvación. Sin embargo, el trayecto no había sido fácil. Habían tenido que detenerse en dos garitas de centinelas y en ambas los habían examinado durante unos minutos que parecieron días. Pero cuando Gore se dio a conocer, los soldados bajaron las armas y los fugitivos pudieron continuar camino sin despertar mayores sospechas.

El cuerpo de Manuelita se había empapado en sudor bajo de los trapos de varón que la camuflaban. El calor de la noche de aquel febrero era insoportable, pero no había sido la única razón: los nervios les habían jugado una mala pasada a todos.

Cuando por fin llegaron al río, encontraron un nuevo obstáculo: las aguas estaban muy bajas. El grupo se vio obligado a caminar poco menos de 300 varas<sup>[2]</sup> antes de llegar a la ballenera de bandera francesa *Le Bon Père*<sup>[3]</sup>, en la que luego serían trasladados hasta el vapor inglés *Locust* que fondeaba en balizas interiores. Juan intentó tomar a su hijo en brazos pero este se retobó. A sus doce años ya se sentía un caballerito hecho y derecho, y que lo alzarán le parecía cosa de infantes. El padre no estaba para sandeces, la vida de su familia corría peligro.

—No me haga enojar, *m'hijito* —protestó Juan y lo atrajo hacia sí—. A ver si se cree que esto es un juego.

Juanchito miró hacia abajo y aceptó el reto. Tomó la mano que le había extendido la madre y siguió al grupo. El peso de las ropas empapadas retrasaba la caminata. Cerca de las tres de la madrugada lograron embarcar a bordo del *Locust* y fueron recibidos por el comandante Day, hombre de la marina inglesa. Sin embargo, cuando el día empezó a clarear llegó una noticia inesperada: los servicios del *Locust* eran requeridos cuanto antes para trasladar despachos destinados al gobierno de Montevideo. Fue así que el almirante Henderson, hombre cercano a Gore, puso el *Centaur* a disposición de Rosas y su comitiva. Hasta el 10 de febrero permanecieron allí, resguardados por veinticinco hombres, entre los que se encontraban el general

santafesino Pascual Echagüe, el general Jerónimo Costa, que había peleado en Caseros, el capitán de Puerto Pedro Ximeno, que había abandonado el puesto luego de la derrota, el sargento José Machado, el negro Alejandro Denis y los criados Pedro Espeleta y Luis Rosa.

Manuelita no se apartó del lado de su padre en ningún momento. Una tristeza y una angustia constantes torcían su rostro pero eso no impedía su sentido del deber hacia ese hombre que, además de darle la vida, hasta hacía unas horas había manejado los destinos de aquel país que abandonarían de un momento a otro. Buscó la mano de su padre pero éste la tenía dentro del bolsillo.

—¿Se le calmó el dolor, Tatita?

Rosas regresó de sus cavilaciones y le dirigió una mirada que parecía perdida a miles de leguas de allí.

—No sé de qué dolor me hablas, *m'hija* —sacó la mano del bolsillo y la extendió con desdén impostado—. Es una pavada, no exageres.

Manuelita, con cuidado, se la tomó y la palpó. Cuando se había reunido con su padre en la casa de Gore, la noche de la huida, había notado la mano herida, mal curada y cubierta con una venda improvisada. Sin pedirle permiso se la había desatado y había mandado a doña Ramona de los Santos, el ama de llaves que la había seguido hasta allí, a la botica de don Santiago Torres, para que le diera algún bálsamo y todo lo necesario para curar a su padre. Aguardó hasta que el ama regresó, munida de enseres, y juntas le hicieron la primera curación.

Por más que quisiera, Rosas no podía disimular el dolor que le provocaba la herida. Su hija sintió una puntada en el medio del pecho. Ver a su padre debilitado era insoportable para ella, prefería que le cortaran las dos manos. Ese hombre vulnerable no era su padre, era otro.

—¿Quiere que le traiga algo para tomar, Tata? —preguntó solícita.

Rosas le dedicó una mueca a su hija y negó con la cabeza. Un murmullo en la otra punta del barco los desconcentró. Tres hombres acababan de subir con noticias traídas de la ciudad. Se acercaron con paso firme al gobernador caído.

—Traemos novedades, Excelencia. De alto interés para todos —anunció uno de ellos mientras golpeaba el taco de sus botas.

Rosas se cruzó de brazos y le dio la venia con un gesto imperceptible. La mirada de hastío escondía mal la ansiedad por saber todo lo que sucedía en tierra.

—¿Me parece a mí o los tiempos de Excelencia se han acabado? —les preguntó con sorna. El humor ácido que todos le conocían no lo había abandonado en la orilla.

—Para nosotros será Vuestra Excelencia por siempre —dijo el más joven de los recién llegados.

—Vamos a lo nuestro de una buena vez —los instó con poca paciencia.

Entre los tres le dieron una exhaustiva descripción de los sucesos más recientes. El vencedor había tomado posesión de Palermo de San Benito y hacia allí se habían dirigido sus antiguos partidarios para declararle su lealtad. Rosas le dedicó una

sonrisa al aire, mientras que Manuelita y su hermano Juan, que se habían acercado para escuchar mejor, fruncían el ceño con desagrado.

—Hacia el caserón usurpado se llegó el canónigo Elortondo junto a los padres Miguel García, José León Banegas y Saturnino Segurola. Parece que Urquiza reprendió al canónigo y a García por haber estado comprometidos con usted, Excelencia, y elogió a Banegas. —El cielo se oscureció de repente, anunciando tormenta. Poco hubo que esperar para que las primeras gotas salpicaran la madera de la cubierta. Todos se miraron para ver cómo seguía el encuentro. Rosas ni se inmutó y les clavó los ojos helados como invitándolos a continuar.

—No sólo de coterráneos se llenó su casa, también los extranjeros quisieron rendirle honores —agregó el emisario—. El capellán del *Congress*, Charles Stewart, efectuó una visita ceremonial junto a otros residentes estadounidenses. Parece que Urquiza recibe a todos, Excelencia.

—¿Y qué se dice de mí? —preguntó Rosas.

Se hizo un silencio mortal que duró segundos pero a todos les pareció la eternidad. Los emisarios intercambiaron miradas. Parecían dudar. Sin embargo era imposible trastocar los hechos delante de Juan Manuel de Rosas.

—En Buenos Aires se habla mucho de usted.

—Terminemos con las vueltas, caballeros. Mi padre ha hecho una pregunta y espera la respuesta. Sea lo que sea —los apuró Manuelita.

—Se dice que su padre padece de accesos de locura y de ira hidrofóbica<sup>[4]</sup> aquí, en el *Centaur* —señaló con cautela uno, temeroso de la reacción de todos—. Yo sólo repito lo que hemos escuchado, señor.

Rosas lanzó una carcajada y el resto de la comitiva se relajó. El miedo de que respondiera con un raptó de furia quedó momentáneamente desechado, aunque nada estaba dicho nunca con ese hombre, cuyo temperamento era bien conocido por todos.

—¿Así que estoy loco? ¿Que muerdo y contagio a quien se me acerque? —y empezó a elevar la voz—. ¿Algo más?

—Que tiene síntomas de demencia furiosa que hacen temer por su vida —susurró el joven y se secó el sudor que cubría su sien sin disimulo.

Juan y Manuelita rieron ante esas palabras absurdas pero también mostraron algo de indignación, desestimada en el acto por su padre.

—Por favor, *m'hijos*, no les den el gusto. Lo que quieren es provocarnos, ese ható de capones. Señores, ¿algo más o esto es todo?

—Traemos una misiva de doña Josefa Gómez —El emisario que llevaba la voz cantante buscó en el bolsillo de su casaca azul y le extendió el papel junto a un pequeño cofre de madera—. Y esta encomienda es para doña Manuelita, de parte de *Mr. Gore*.

—¡Mi querida canonesa! Muchas gracias, caballeros. Toma, Niña. La leeremos en cuanto esta gente vuelva a tierra firme —dijo Juan Manuel sin dar ninguna

importancia al cofre de su hija. Manuelita lo miró con ojos pétreos. No le gustaba que usara el mote con que algunos señalaban a Pepa Gómez, la amiga de la familia.

Era apenas unos años mayor que Manuelita, y su antítesis: compartían la cabellera renegrida, al igual que el color de ojos, pero no el temperamento, que en el caso de Pepa era enérgico y varonil. Se había casado joven con Antonio Elías Olivera, pero el hombre había muerto sin dejarle hijos. Al poco tiempo, había sentido la necesidad de ser madre y había adoptado a una niña, Juana Josefa. Sin embargo, a Pepa parecía no gustarle demasiado la soledad y de la casa de sus padres en la calle Defensa, había partido rumbo a la vivienda del canónigo Felipe Elortondo, deán de la Catedral, director de la Biblioteca Pública y personaje destacado del clero, para transformarse en su ama de llaves. Y, según decían, algo más.

Como Rosas estaba al tanto de los asuntos del corazón y de la carne entre Elortondo y la dama, le había exigido al deán completa fidelidad y labores de informante a cambio de su silencio. Pepa, por su parte, había participado a menudo de las tertulias que Manuelita ofrecía en Palermo. Sin ser íntimas, habían mantenido una relación cordial y fluida.

—Bueno, si no tienen más para decir, pueden regresar por donde vinieron. Y háganme el favor de poner las cosas en orden allá. Menos lucubraciones y más verdades —dijo Rosas con los ojos que parecían echar chispas.

La ansiedad de Manuelita se hizo evidente. Con el cofre cerrado en las manos, tomó más aire de la cuenta. Necesitaba saber noticias de su amado Máximo. Su padre no le había llevado tranquilidad al respecto. No sabía si había salido ileso de la batalla o si había sido apresado, pero la peor alternativa —que hubiera perdido la vida en el enfrentamiento— no podía ni siquiera pensarla.

Los emisarios se acomodaron para partir y ella pensó en detenerlos. No le importaba ponerse en evidencia delante de su padre, que no aprobaba esa relación. Manuelita debía permanecer soltera y a su lado. ¿Desde cuándo un hombre le despertaba inquietudes? Ya habían tenido alguna que otra discusión por Máximo y Rosas no había dado el brazo a torcer. Prefirió permanecer en silencio y dejarlos ir. Su padre dejó perder la mirada en el horizonte y ella hizo lo mismo. Una luz naranja anunció los incendios que quemaban la ciudad. Adivinaron lo que sucedía en Buenos Aires: los saqueos y el caos. Y ellos a salvo, en la cubierta del barco.

Volvieron a escuchar voces próximas. Esta vez era un oficial de la corbeta sueca *Lagerjelke*, que fondeaba cerca. El capitán, que lo había acompañado hasta allí, le indicó quién era la dama que buscaba. Se acercó con paso firme y la saludó con una sonrisa franca. Estaba a pocos días de partir del puerto de Buenos Aires y como tenía amigos a bordo del *Centaur*, había querido acercarse a conocer a la hija de Rosas. No tenía buenas referencias del otrora hombre más poderoso de la Confederación, pero otras eran las opiniones que había escuchado sobre su hija Manuelita.

—Buenas tardes, señorita. Me siento honrado al saludarla —dijo el oficial y le besó la mano.

La dama apenas cabeceó y su padre levantó la ceja derecha. Empezaba a cansarse del sinfín de visitas. Necesitaba un poco de silencio. El sueco hizo una descripción exhaustiva de lo que sucedía en tierra firme y habló casi sin detenerse. Rosas y Manuelita parecía que escuchaban con atención pero no era así: apenas mantenían la máscara del interés. El oficial repetía nombres de sobrevivientes a los que había visto en los últimos días. El corazón de Manuelita dio un salto.

—Disculpe oficial, ¿acaba de nombrar a Máximo Terrero? Salimos con apuro de Buenos Aires y nadie llegó a traerme noticias al respecto —preguntó la joven.

—Vive, doña Manuelita. Su padre, Juan Nepomuceno, estuvo en Palermo —respondió con prestancia, aunque nada sabía del vínculo que unía a Rosas con Terrero—. Fue a agradecerle a Urquiza que hubieran liberado a su hijo y me han dicho que el entrerriano señaló que era el primer discurso honesto que escuchaba en Palermo y que lo honraba por eso.

Manuelita ahogó un grito de alegría pero no pudo disimular las lágrimas de alivio.

—Máximo está vivo —dijo con fervor como para sí misma—. ¿Y usted lo ha visto en persona?

—Sí, doña Manuelita. Es más, estuve con él en su propia casa y hemos hablado durante unas horas —agregó el oficial sin entender demasiado lo que sucedía, aunque intuía que el efecto que sus palabras habían producido en el padre y la hija no era el mismo.

—No le puedo decir cuán bienvenido es usted —Manuelita le tendió la mano; unas lágrimas corrieron por sus mejillas y exclamó—. ¿Realmente Máximo Terrero está libre? Le pido disculpas, oficial. No he estado bien estos días, una inmensa inquietud y tristeza han embargado mi alma.

—Puedo darle un consuelo —aseguró el marino—. Con seguridad, todos los extranjeros de Buenos Aires y puedo decir también que todos sus compatriotas, por lo menos aquellos con quienes he hablado, tienen una sola opinión de usted, Manuelita: que es usted una mujer noble, buena y amable. Todos la aprecian, a todos les hace falta usted y todos la compadecen por su suerte actual.

La muchacha lo tomó de la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin pudor, lo miró durante unos segundos con una expresión de agradecimiento y pena. Suspiró, se ajustó el pañuelo sobre los hombros e irguió el pecho.

—Le voy a confesar que me siento muy infeliz —mientras hablaba, las lágrimas corrían por su joven rostro—. Yo quiero a esta tierra, amo a Buenos Aires más de lo que puedo expresar. No he podido hacer todo lo que he querido, pero siempre he hecho lo que ha estado a mi alcance. Y mi voluntad ha sido vivir y morir en este país querido que ahora tengo que dejar para siempre.

Un silencio sepulcral invadió la cubierta del *Centaur*, sólo interrumpido por el vaivén monótono del agua. El oficial sueco parecía hipnotizado por la mujer que tenía frente a sí. A pocos pasos de allí estaba Juan Manuel, que no había emitido palabra pero estaba atento a la conversación.

—Pero ahora debo resignarme —continuó Manuelita y miró de soslayo a Rosas—. Es mi deber seguir a mi padre. Por él voy a sacrificar todos los demás sentimientos. No sé cómo llegué a ponerme tan agitada. Discúlpeme, amigo mío.

Sus ojos negros cambiaron de expresión, aunque el brillo de las lágrimas no terminaba de apagarse. El oficial anunció que debía partir y Manuelita le pidió que la aguardara unos minutos. El tiempo de espera se hizo insostenible entre los dos caballeros. La violencia del silencio era insoportable. La muchacha regresó con un ramito de jazmines y se los extendió al marino. Con las flores en la mano, el sueco se despidió y se fue. Recién ahí Manuelita levantó la tapa del cofre. Adentro, bien doblado, estaba el pañuelo que le había ofrendado a Máximo antes de partir a la batalla. Y encima había una esquila que decía:

*Usé tu pañuelo de corbata el 3 de febrero y me protegió. En cuanto me sea posible, parto en tu búsqueda.  
Tu Máximo*

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Manuelita. Tragó con dificultad y disimulando la emoción se fue hacia su cabina. Rosas la miró irse sin decir una palabra. Lo que había escuchado de boca de los soldados era más que suficiente. Su amigo Juan Nepomuceno, quien también había sido su socio años atrás, había ido a rendirle honores al enemigo. Y su hija lloriqueaba por el hijo del desleal. Tragó bilis en silencio, una y otra vez.

\* \* \*

Eugenia se tragó el casi inexistente orgullo que le quedaba y se dirigió hacia la residencia de Terrero. Nadie había pensado en ella y en sus hijos. Los amigos y los aliados de su amante habían olvidado, parecía, que ella y su prole habían ocupado algunos aposentos de Palermo de San Benito. A pesar de haberle dado cinco hijos y uno en camino, nunca se la había considerado como la mujer oficial de Rosas. Hasta él la había escondido. Durante el día, un biombo encubría su catre en la recámara del Gobernador. Recién por la noche Eugenia se transformaba en su mujer.

Habían pasado algunos días del horrendo desamparo de Caseros, y la huida de Rosas y los suyos. Eugenia y las seis criaturas —Mercedes, la mayor, no era hija de Rosas sino de un sobrino dilecto de su difunta esposa, Encarnación Ezcurra— habían deambulado sin rumbo fijo por la ciudad sitiada.

La luz crepuscular era perfecta para apurar el paso por las calles de Buenos Aires. Eugenia hizo el camino de memoria y llegó a la puerta de la casa de don Juan Nepomuceno Terrero. Golpeó con ansiedad y el tiempo que tardaron en abrirle se le hizo eterno.

—Me parece que se ha confundido —le dijo el criado con desconfianza mientras la miraba de arriba abajo. Eugenia y sus hijos estaban sucios, hacía días que no se higienizaban.

Justina, de apenas cuatro años, se largó a llorar. El cansancio y la incertidumbre que adivinaba en su madre la habían vencido. Mercedes la tomó en sus brazos. Con sólo trece años se desempeñaba como una madre perfecta. El llanto de la pequeña contagió a Joaquín, el menor, que transformó su carita en una manzana arrebolada. El criado contemplaba la escena con ojos desorbitados, sin saber qué hacer. Desde adentro, una voz le ordenó que dejara entrar a la muchacha y los niños. El dueño de casa no quería armar un escándalo en la puerta. Las cosas no estaban como para llamar la atención.

—Vamos a mi despacho, Eugenia. Y tú, Hilario, lleva a los niños a la cocina, que las criadas los laven y alimenten —ordenó Terrero y emprendió la marcha hacia el interior de la casa con la joven detrás de sí.

Eugenia se sentó en la punta de la silla que le señaló Terrero y cruzó sus manos sobre el regazo. No podía disimular la tensión que sentía.

—¿Qué te trae por aquí?

—No tengo adónde ir, don Juan. Usted sabe de mi condición —susurró, y bajó la mirada—. El caserón fue invadido por el enemigo. Pude salir sana y salva pero tengo miedo, señor. Temo por mi vida y la de mis hijos.

Desde el 3 de febrero, el desmadre y los excesos habían llegado a la ciudad y por momentos parecía que nunca se irían. Al día siguiente de aquella fatídica fecha, por la tarde, una partida de soldados armados había echado abajo la puerta de la pulpería de don Daniel Bertoria, en la calle Larga de la Recoleta<sup>[5]</sup>. La pulpería había sido saqueada y su dueño, herido de un balazo. Lo mismo había sucedido con el despacho de bebidas de don Olavo Pico, situado detrás de los corrales de la Recoleta.

Durante varias noches la ciudad se convirtió en tierra de nadie. Amparados por la oscuridad, hombres ataviados con ropajes que identificaban a las tropas vencedoras —un peto blanco formando un cuadrado, con una abertura en el centro a la manera de un pequeño poncho— merodeaban por las calles con ínfulas prepotentes. Sin embargo, nada se daba por hecho. Tanto vencedores como vencidos de la ya terminada contienda podían ser los protagonistas de los saqueos, las violaciones, las muertes. La impunidad era moneda de cambio.

—Eugenia, todo se ha puesto muy difícil, estoy seguro de que entiendes a lo que me refiero —dijo Terrero con mirada gélida.

—Sí, señor, entiendo. Es que ya no sé cómo proteger a mis niños. —Mientras hablaba, pasaba la mano por su vientre crecido. Aún faltaban algunos meses para dar a luz, pero su embarazo era más que evidente.

Terrero estaba al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad y a bordo del barco que en pocos días sacaría a Rosas de ahí. Por obvias razones, la calle más violenta y peligrosa seguía siendo la de Federación<sup>[6]</sup>. Eran días aciagos, sin nadie que impusiera orden. Quien había detentado el poder hasta hacía bien poco había huido junto a su familia, dejando el gobierno en manos de los vencedores. Pero nadie tomaba la posta. Urquiza se había instalado en Buenos Aires pero aún no había

nombramientos; sólo su tropa había ganado la calle. Los hombres y mujeres se encerraban en sus casas e intentaban salir sólo si era imprescindible. Las puertas y ventanas servían para bloquear el peligro de afuera. Y cada dos por tres, tiroteos y aullidos humanos perforaban el silencio aterrador que se había apoderado de la ciudad.

—Traigo conmigo algunas de las cosas que me pidió mi Restaurador. —Eugenia había usado el nombre con que llamaba a Rosas en la intimidad; al darse cuenta, intentó esconder el rubor que le encendía la cara.

Metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó una bolsita abultada de terciopelo negro. En la despedida súbita, además de reclamarle infructuosamente que subiera al barco con él, junto a El Soldadito —así llamaba a Ángela— y la Galleguita —Nicanora—, Rosas le había pedido que rescatara de la casa algunos objetos que tenían valor para él.

—Cuando le armé el equipaje al patrón, separé esto —abrió la bolsa y le enseñó algunos pastilleros, un relicario y varios objetos más—. Antes de partir alcanzó a decirme que había algunas cosas que no quería perder y sé que luego me las reclamará.

Terrero la miró con conmiseración. Le llamó la atención que la muchacha hablara de Rosas como si no se hubiese ido, o peor, como si estuviera segura de que volvería de un momento a otro. Su convicción era conmovedora. No quiso derrumbarle la ilusión de un golpe, pero sutilmente trató de quitarle el velo que cubría sus ojos.

—¿Y qué hacemos con todo esto, Eugenia? —preguntó.

—Si usted puede hacerme el favor de acercarle la bolsita, le estaré muy agradecida —y se la extendió con cuidado—. Pero hay algo más, señor. Quedó en la casa el recado favorito del patrón, que no hice a tiempo de buscar.

—No te preocupes. Ya estuve reunido con Urquiza y se ha portado bien conmigo. Si estás en condiciones, vamos mañana y le hacemos el reclamo.

Eugenia asintió y por unos segundos el brillo volvió a sus ojos negros. Pero rápidamente el miedo volvió a arrasarlo el cuerpo. Nada le daba seguridad, sentía que su vida y la de sus hijos corrían peligro constante.

—Ahora llamo a Hilario para que te ponga a ti y a los niños en uno de los cuartos del fondo. Esta noche te quedas aquí, estarán a salvo. —Terrero intentó calmar a la joven, que no podía levantar la mirada del piso—. Eugenia, tendrás que hablar con tu hermano. Conozco al dedillo los asuntos de Juan Manuel y sé que mejoró ostensiblemente la casa ruinosa que heredaron con tu hermano Vicente. También tengo entendido que compró el terreno lindero y le entregó los papeles a tu hermano, con la sola orden de que esa vivienda quedara en tus manos.

Eugenia no pudo contenerse más y rompió en llanto. El hombre que se había ido, que la había dejado allí tirada a la buena de Dios, había pensado en ella, le había arreglado la casa. La quería. Una mezcla de sentimientos la invadió. Quería que Juan Manuel volviera, que no se hubiera ido. ¿Y ahora cómo haría ella para vivir? ¿Qué

sería de su vida sin la voz de su hombre cerca, sin su peso encima, sin sus órdenes constantes? «¡Cállate, amancebadita! ¿Pero quién mierda te crees que eres? En esta casa se hace lo que yo digo y guay con retobarse», recordó Eugenia y tomó aire con fuerza. A veces, cuando pensaba en Rosas le costaba respirar.

—Gracias, don Juan. Mis hijos y yo le estaremos agradecidos por siempre —dijo casi en un susurro Eugenia y esperó a que Hilario la condujera al sector del fondo.

\* \* \*

Rosas empezó a percibir una incomodidad generalizada a bordo del barco. Le llegaban un sinfín de rumores desde tierra firme, y nunca eran favorables. Habían pasado cinco días desde la huida, que se habían transformado en los más largos de su vida. Todo parecía estar en calma. Sin embargo, más allá de las apariencias, se adivinaba una fuerza natural que traía vientos de muerte.

Era el alba y Juan Manuel recorría la cubierta como un león enjaulado. Apoyado sobre la baranda, Juan miraba hacia la orilla con su mujer a su lado. En la otra punta, el hijo de ambos observaba las labores de los marineros, como si estuviera examinándolos. Manuelita, en cambio, deambulaba como un alma en pena. Pálida, con la cabellera descuidada al igual que su vestido, se la notaba cansada tras haber pasado noches en vela. La aflicción no le permitía conciliar el sueño por la noche y durante el día vacilaba al caminar. Sin embargo, su aspecto descuidado no impedía las miradas furtivas de los hombres a bordo. Aun desgredada y vulnerable despertaba pensamientos perturbadores en el sexo opuesto.

Rosas perdió la paciencia y decidió enviarle una nota al almirante Henderson. Las noticias quemaban. La madrugada anterior, hacía tan sólo unas pocas horas, le había llegado una carta donde le advertían de «la alarmante excitación que se observa en Buenos Aires por la permanencia de Vuestra Excelencia a bordo de una nave de guerra inglesa tan cerca de la ciudad, la cual se venía extendiendo al extremo de gritarse “mueran los ingleses”». Debían ponerse en marcha a no ser que estuvieran dispuestos a responder a los ataques. La mente de Juan Manuel no se apaciguaba. Pergeñaba planes, urdía respuestas, repetía consignas. Bajó a su camarote, se sentó a la pequeña mesa que le habían preparado y tomó la pluma.

*Poseído del más profundo reconocimiento, me veo colocado bajo la garantía del Pabellón de Su Majestad Británica. Pero sin recursos para transportarme a Europa con mis amados hijos, y con algunos jefes que se ven en la forzada necesidad de seguir mi destierro, me encuentro obligado por imperio de las circunstancias a molestar aún más a V.E. al suplicarle muy encarecidamente se digne facilitarme, en un buque de guerra de Su Majestad, mi conducción a Inglaterra con las personas enunciadas.*

Firmó con esmero y la entregó a uno de los subalternos que lo acompañaban. Debían partir cuanto antes. Ya no había excusas. Regresó a cubierta donde lo aguardaban con un anuncio:

—Vuestra Excelencia, don Juan Nepomuceno Terrero lo espera en el puente del barco. Trae noticias.

El gesto de Rosas se transformó pero igual dio el visto bueno. Apenas cruzaron miradas, Juan Manuel giró y se dirigió hacia su camarote otra vez. Terrero lo siguió sin esperar la orden. Así se conocían.

—Al fin te veo la cara —señaló Rosas, con voz de pocos amigos.

—No me reprendas, Juan Manuel. Vengo a ver a mi socio, a mi hermano.

—No me agregues parentescos, hazme el favor, que hermanos tengo en cantidad y alguno mejor perderlo que encontrarlo —aguzó la mirada y pensó en Gervasio, el hermano que lo había traicionado.

Terrero sonrió, el humor pesado de Rosas le causaba gracia. Lo entendía como pocos y no era de los que se sentían amedrentados por el cinismo del ex Gobernador.

—Antes de que me olvide, te traigo una encomienda de la Castro. —Sacó la pequeña bolsa de terciopelo del bolsillo de su casaca—. También recuperó tu apero, ahí lo están subiendo a cubierta. Ella se ocupó de todo.

Juan Manuel miró sus cosas con apuro y cambió el gesto en el acto. Un halo de ternura fundió su mirada de hielo.

—¿Cómo está ella? ¿Y Soldadito? ¿Y los demás? —preguntó.

—Pasando necesidades, para qué te voy a mentir. Los alojé en mi casa una noche, les di de comer —le confió Terrero—. No tienen adónde ir y la cosa no está fácil en Buenos Aires. Le dije lo de la casa, y que los papeles están en poder de su hermano. No sé si hice bien pero la vi tan desesperada que me pareció la mejor manera de calmarla.

—Te agradezco, Juan, y quiero que le entregues esto, creo que le será de gran ayuda. —Rosas abrió un cajón y sacó un sobre—. Aquí hay 41.970 pesos.

Terrero lo metió bajo su chaleco, asegurándolo entre los tiradores y el cinto para evitar percances. Cumpliría el pedido, como siempre. Observó a su amigo y el gesto torvo volvió a apoderarse de él.

—¿Sucedo algo, Juan Manuel?

—Lo mismo digo, Juan. ¿Algo para decirme?

—Juro que no, no te entiendo.

—Cuidado, Juan, que puedes ir derecho al infierno. El juramento en vano se castiga.

Terrero se irguió en la silla y lo miró con incredulidad.

—Así que estuviste de gran conversación con el traidor de Urquiza. Todo se sabe, incluso aquí en medio del agua —disparó Rosas.

—¿Y quién te vino con el chisme sucio, además de mal elaborado? Fui a averiguar por la vida de mi hijo, Juan Manuel, no tuve ninguna gran conversación. Además quiero recordarte que eres tú el que se va de esta tierra y yo quien se queda. Tu vida allá lejos puede ser de largo aliento; yo me quedo rodeado de enemigos. ¿Quién te dice? Tal vez mañana ya esté muerto.

—No exageres, Juan. Nadie se atreverá a tocarte. Y ahora me toca a mí recordarte que el destierro es otra forma de muerte. Denme por muerto, así me siento. Adonde vaya seré como un cadáver viviente. ¿Cómo crees que podría vivir sin mi casa, mi gente, mi voluntad? Cuando el barco parta habré perdido la vida.

—No digas eso, Juan Manuel, te lo pido. Cuando esta gente se vaya estarás en condiciones de volver. Lucharemos por tu regreso desde aquí. Ya verás.

Rosas miró a Terrero y así permaneció durante un largo rato. No pudo evitar la tristeza. Había demostrado una fortaleza enorme durante aquellos días pero frente a su amigo se ablandó. Sólo duró unos segundos, no quería exponer un ápice de debilidad. Prefería mantener el orgullo y la arrogancia hasta el último minuto.

—Vuelve a Buenos Aires, Juan. No levantemos el avispero que cualquier excusa es válida para esa gente. Te encomiendo la recuperación de mis bienes. Eres la única persona en la que confío. Cumple mis pedidos y en cuanto pueda, te escribo —se incorporó y se fundieron en un abrazo sentido.

Rosas volvió a sentarse y Terrero salió a cubierta, listo para retirarse. Hizo sólo unos pasos y reparó en Manuelita, apoyada contra la baranda. Como si hubiera sentido una presencia, la muchacha se dio vuelta y lo vio.

—¡Juan, qué alegría los ojos que lo ven! —La muchacha corrió hacia él y lo tomó de las manos—. Por favor, dígame, ¿cómo está Máximo?

—Bien, querida, mi hijo está sano y salvo, gracias a Dios. Qué bonito es verte sonreír, Manuelita.

—¿Puedo pedirle un favor? Me gustaría escribirle unas líneas a Máximo. Y aprovecho y le escribo también a Pepa Gómez, si no es demasiado pedir. ¿Me aguarda unos minutos y le traigo las cartas? —reclamó con ansiedad.

—Cómo no, Niña. —Terrero la nombró como solía hacer Rosas.

Manuelita apuró el paso y tocó la puerta del camarote de su padre. Al entrar le pidió papel y pluma para escribirle una carta a la amiga. Aunque su padre la miraba inquisidor, no dijo una palabra más. Se sentó y escribió:

Febrero de 1852

*Pepita querida,*

*Nos haremos a la vela para Londres. Hasta ahora no contamos con ningún recurso, pero la Providencia Divina velará por nosotros. Estoy enteramente resignada a mi destino y para probar mi gratitud al Todopoderoso por el bien inmenso que me ha hecho concediéndome la vida de Tatita, yo cuidaré de él asiduamente para hacerle llevadero su destino. Él está con toda su grandeza de alma intacta, no se ve en él un contraste sino la satisfacción de su conciencia por el deber cumplido.*

*Adiós, amiga mía, su causa me ha probado cuánto es usted buena para mí y yo no la olvidaré jamás. Sea feliz, cuide mucho de esa interesante criatura, que no la tiene más que a usted.*

*No me olvide, y si alguna vez nuestro amigo Vélez se acuerda de mí, dígame que al dejar tal vez para siempre mi Patria, le destine un adiós muy cariñoso al señor don Felipe. También despídame usted de él.*

*Adiós Pepita, mi buena, mi consecuente amiga. Yo pediré a Dios nuestro Señor por usted y creo que me oírán, pues yo no tengo otra falta ante los hombres que ser buena hija. Ante Dios, ninguna y es por esto que creo seré escuchada.*

*Dígale a Pepita que sea buena pues la tranquilidad de la conciencia es el consuelo en la adversidad.*

Rosas también escribía pero de repente abandonó la concentración que traía y levantó la vista. Le reclamó a su hija que le enviara saludos a Pepa de su parte y continuó con lo suyo. Manuelita asintió y volvió a la carta:

*Tatita me encarga lo despida de usted, que jamás dudó de su amistad y que por eso tanto la consideró.  
Adiós, estoy muy mareada; no sé cómo le escribo.  
Su sincera,*

*Manuela de Rosas*

La joven se secó el sudor de la frente y siguió. El vaivén del barco le jugaba una mala pasada pero no iba a detenerse. Y menos en ese momento. Tomó una hoja nueva y persistió con la escritura, como si aún tuviera mucho para decirle a su amiga. Pero el destinatario era otro.

*Mi querido Máximo,*

*Apuro la pluma, nuestros padres están demasiado cerca, preferiría que fuéramos nosotros quienes disfrutáramos de la cercanía. Supe que estabas vivo y nunca me he sentido más feliz. Hasta enterarme, fueron días aciagos en los que habría preferido sumirme en un sueño eterno.*

*En unas horas partimos rumbo a Inglaterra, ahora con menos pena en el alma al saberte con vida. Sin embargo, la distancia entre nosotros será por demás grande. Sólo seré completamente feliz cuando esté de nuevo entre tus brazos.*

*Tuya por siempre,*

*Manuelita*

Dejó la pluma en el tintero y dobló las hojas con cuidado, como si fueran una sola misiva. Besó a su padre en la mejilla y salió con paso veloz. Buscó a Terrero en cubierta y le entregó las dos cartas.

—Gracias, Juan. Le encomiendo la entrega, una para su hijo, la otra para nuestra querida Pepa Gómez.

—Estás pálida, Manuela. No te veo bien —señaló Terrero y la tomó del hombro.

—El mar no me sienta, pero el almirante me ofreció unas gotas para el mareo. Las voy a probar a ver si me hacen efecto —sonrió y al hacerlo la mirada se le achinó—. Adiós, Juan.

Giró en redondo y Terrero la miró alejarse, erguida a pesar de su mal. El mismo andar de su difunta abuela Agustina López Osornio, pensó, con la frente en alto y la barbilla hacia adelante, la estirpe de una reina.

## CAPÍTULO II

El 9 de febrero, el comandante Cannon dio la orden y el *Centaur* levó anclas y zarpó a toda máquina, como intentando ganarle una carrera al tiempo. La información había ido y venido entre los funcionarios ingleses: estaba terminantemente prohibido desembarcar al general Rosas en territorio argentino sin el consentimiento de los gobiernos del Imperio de Brasil y de los Estados de Entre Ríos, Corrientes y Oriental del Uruguay. Era más que evidente que nadie estaba dispuesto a recibirlo, tampoco estaba en la mente de Rosas regresar a su tierra. Él también quería partir cuanto antes.

Al día siguiente por la mañana, sobre el meridiano de Montevideo, el vapor se encontró con el *Conflict* y los pasajeros, ansiosos por seguir camino, hicieron el trasbordo. Juan Manuel de Rosas, su familia y sus dos sirvientes, así como el brigadier general don Pascual Echagüe, el coronel edecán don Gerónimo Costa, el coronel don Manuel Febre, el sargento trompa José Machado y el negro Alejandro Denis al servicio de los militares, considerando que sus vidas corrían serio peligro, pusieron proa hacia el océano.

El almirante Henderson contaba con apenas tres naves a sus órdenes en el Río de la Plata y como si fuera a propósito, las tres —el *Locust*, el *Centaur* y el *Conflict*— le eran requeridas con insistencia. Fue así que consideró que podía colocar al contingente argentino en el *Conflict* para hacer luego un nuevo trasbordo al *Teviot*, de la línea de vapores de la *Royal Mail Steam Packet*, que hacía el servicio regular entre Europa y los puertos del Río de la Plata, y que partiría el 22 de febrero desde Pernambuco.

El *Conflict* zarpó sin inconvenientes. La tripulación y el pasaje, ansiosos por alejarse de la costa de una vez, respiraron con alivio a medida que Buenos Aires se achataba cada vez más en el horizonte. La excepción era Manuelita, que escondía un corazón partido por el abandono forzoso de su amado. La entristecía no haber llegado a tener noticias suyas de su puño y letra. Que hubiera sobrevivido la había llenado de alegría, pero esa sensación había durado poco. ¿Cómo no le había escrito? ¿Por qué no había corrido en su búsqueda? Las preguntas retumbaban en su cabeza y no encontraba respuestas.

Al día siguiente de zarpar, el vapor empezó a mostrar complicaciones en las máquinas. Sin embargo, pudieron resolverlas y continuar la marcha. Rosas estaba extrañamente calmo, sin señales de uno de sus habituales accesos de ira. Parecía que el mar apaciguaba sus nervios, o la derrota militar había aquietado su temperamento. Manuelita no se despegó ni un minuto del lado de su padre. Cuando le parecía que hacía demasiado silencio, se inquietaba y le sacaba conversación o le cebaba unos mates con la yerba que había acopiado para el viaje.

Mercedes había ido en busca de uno de los ponchos de su marido. Juan no paraba de toser. Solícita, le ofreció el poncho punzó con la guarda negra, réplica exacta de

los que habían usado los Colorados del Monte, la tropa más que leal que había formado Rosas en el pasado, cuando todos creían en la victoria y la felicidad, o por lo menos así lo exponían. A pesar del calor, Juan se acomodó el poncho sobre los hombros y se lo cerró sobre el pecho. Pero la tos volvió a arreciar. Su hermana y su padre lo miraron mientras él trataba en vano de aquietar el acceso.

—¿Quieres un poco de jarabe? Creo que tengo en mi botiquín —dijo Manuelita mientras se dirigía hacia él.

Juan sacudió la mano en señal de rechazo y volvió a sentir la misma desazón que experimentaba desde la infancia. Siempre lo habían señalado como el enfermo de la familia: si lo atacaban los nervios, si tenía accesos de rabia, si sufría una dolencia en el corazón. Hasta el doctor Lepper, el médico de su padre, había sido consultado por la salud del pequeño heredero. «Cuiden de este niño, tiene el corazón enfermo», había sentenciado. Eso había sido más que suficiente como para que Rosas quitara el foco de atención de su único hijo varón.

—Toma, mi querido, te hará bien —dijo Mercedes y le extendió una cuchara llena de un líquido ambarino.

Como por arte de magia, la tos fue cediendo y Juan volvió a respirar tranquilo. Ya nada interrumpía la reunión familiar. Sin embargo, el silencio entre ellos hacía más ruido que un tiroteo.

—Mira, Juan, la habilidad de tu hijo. Quién diría, un niño con semejante empeño en las lides marítimas —rompió el hielo Rosas, con su dejo habitual de ironía.

Juanchito atendía con esmero el trabajo de los hombres de la tripulación. Sabía que el viaje sería largo y para evitar el aburrimiento en el que lo sumían los adultos de su familia, prefería compartir largas horas con los marineros y los demás oficiales, que aceptaban la presencia del jovencito sin protestar. Además de ser el nieto de Rosas, era un chico educado y criterioso para sus escasos trece años.

—¿Tendrá destreza para trepar el mástil? —insistió el abuelo—. De dónde la habrá sacado, sí que es un misterio.

Rosas miró a su hijo sin disimulo, dejando claro que sus dichos iban dirigidos a él. Aceptó un mate de la mano de Manuelita y volvió el silencio. Juan bajó la mirada, en un intento por ocultar la furia que sentía. Había imaginado que la huida en familia podría cambiar las cosas; que su padre, al fin, dejaría de tomarlo como blanco de sus pullas, de ignorarlo, de someterlo a sus bravuconadas. Pero sus ilusiones se hundían en el fondo del mar. Desvió la mirada hacia donde estaba su hijo. Juanchito cumplía las órdenes que le daban con entusiasmo. Cada tanto lanzaba una carcajada, se lo veía feliz.

Juan recordó su propia infancia, bastante más triste y melancólica, como si no hubiera tenido padres, siempre bajo el ala de Pedro Pablo, ese hermano que, a la edad adulta, se había convertido en primo. Aparecieron en su memoria aquellas largas tardes en las que trepaba a los árboles con su tía Agustinita, la hermana menor de su padre a quien sólo le llevaba dos años y con la que gustaba de compartir juegos. Allí

arriba, entre la hojarasca de las ramas, podían imitar el piar de los pájaros durante horas. La mano de su esposa, que apretaba la suya con fuerza, lo trajo de nuevo a la realidad. Mercedes le sonrió con complicidad. Estaban juntos en aquella odisea. Juan le devolvió la sonrisa y desvió la mirada hacia el infinito del océano. Pronto llegarían a Pernambuco para cambiar de barco. A él le daba igual. Los recuerdos lo seguían a pesar de alejarse de Buenos Aires.

\* \* \*

El ruido de la llave en la cerradura y las voces guturales la despertaron. Vencida por un cansancio infernal, Juanita había logrado dormir unas horas. Había perdido la noción del tiempo, no sabía cuántos días o semanas llevaba encerrada en ese calabozo. El insomnio y la furia se habían apoderado de ella, hasta que el agotamiento la venció. Ahora le costaba recordar. Tal era el estado de somnolencia, que se sentía ebria.

Abrió los ojos con dificultad y allí, casi encima de ella sobre el jergón, estaban los dos carceleros.

—Levántate, mujer, ¿o quieres quedarte aquí con nosotros para siempre? —preguntó el más corpulento, socarrón—. Algunas tienen suerte de que las dejemos salir, ¿no es cierto?

Miró a su colega con complicidad mientras tomaba a la muchacha por el vestido y la zarandeaba. Juanita se incorporó trabajosamente y permaneció unos minutos sobre el jergón. Recordó lo que había sucedido: la toma de la ciudad, su encarcelamiento. El miedo la invadió al instante y un dolor de cabeza punzante la obligó a cerrar los ojos de nuevo.

—¿Piensas volver a dormir, mujerzuela? No sin antes regalarme ese cuerpo —dijo el hombre mientras amagaba con desabotonar su pantalón.

Juanita se paró como pudo y se sobrepuso a un mareo. La falta de sueño de todos esos días había hecho estragos en su resistencia.

—¿Es en serio lo que me dicen? ¿Me puedo ir? —susurró Juanita.

—Pues claro, Sosa. Vamos, antes de que me arrepienta.

La empujaron y ya fuera del calabozo se encontró con varias reas más. Al parecer, alguien había dado la orden de que soltaran a las mujeres apresadas durante los dos primeros días posteriores a la caída de Rosas. Las mujeres intercambiaron miradas como si se conocieran desde siempre. La cárcel las había hermanado. Sin emitir sonido, caminaron muy juntas casi en puntillas hacia la salida, como si quisieran hacerse invisibles, no fuera que ese alguien se arrepintiera y las encerrara de nuevo.

Escondida en el medio del grupo, Juanita salió a la calle. La resolana brutal le lastimó los ojos. El encierro se le había hecho carne y le costaba habituarse a la luz de la ciudad. Se sentía mareada, inestable, como si atravesara las aguas densas de un pantano. Caminó sin rumbo cierto. La melena desgredada, el vestido ajado y sucio, la palidez de la tez: Juanita Sosa parecía un espectro que deambulaba por las calles de

Buenos Aires. No sabía adónde ir, pero de lo que sí estaba segura era de que le sería imposible llegar hasta el caserón. Recordaba los últimos minutos que había pasado junto a Manuelita y la orden que habían recibido de salir cuanto antes de allí. Se preguntó cómo estaría su amiga querida, si habría logrado reponerse luego del esfuerzo de la partida. Sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a bañar su rostro. La tristeza contenida estalló en su pecho con fuerza y ya no pudo ni quiso impedirlo. Siguió su camino con la cara arrebolada de lágrimas; las pocas personas que caminaban por allí detenían la mirada sobre ella con gesto de pocos amigos. Parecía una desquiciada más en el montón. El derrocamiento de Rosas había convertido la ciudad en un campo de desolación, donde el tiempo parecía suspendido. Ya había pasado más de una semana desde Caseros y los incidentes de violencia iniciales habían quedado atrás. Sin embargo, los soldados de Urquiza habían tomado las calles y, de tanto en tanto, hacían notar su presencia.

Caminó varios pasos hacia la derecha y se sintió perdida. No lograba reconocer dónde estaba parada. Giró en redondo y volvió a pasar por la puerta de la sede de la Policía. Las reclusas habían desaparecido de la escena, ya no se divisaba ni su sombra. Dos o tres uniformados intercambiaban cigarros y alguna que otra información novedosa. No repararon en la figura que deambulaba por la calle como un alma en pena. Juanita pasó por la puerta de los Altos de Riglos<sup>[7]</sup>, pegada al destacamento, para luego detenerse en la esquina, en los Altos de Urioste<sup>[8]</sup>.

Un carruaje se detuvo a su lado. El cochero descendió con prestancia y abrió la portezuela para ayudar a que descendieran una dama y sus hijas. Eran la esposa del acaudalado comerciante Miguel Riglos, doña Dolores Villanueva López Camelo, y sus hijas menores, Mercedes y Dolorica. Habían salido de compras y estaban de regreso.

—Mira eso, Mercedes —dijo la hermana menor y le tironeó la falda a la mayor.

—Me parece que tengo ganas de vomitar.

Dolorica frunció la nariz al percibir el olor que emanaba de las ropas de Juanita. Doña Dolores y Mercedes no habían reparado en la muchacha, estaban demasiado ocupadas en lo que habían comprado.

—Pero niña, vente para aquí, por el amor de Dios —dijo Mercedes mientras la arrastraba del brazo y la quitaba de en medio.

Las dos hermanas pusieron cara de asco ante la imagen devastada que tenían en frente. Juanita se quedó paralizada, sin mover ni un músculo del cuerpo.

—Vengan para aquí inmediatamente. ¿No ven quién es? —gritó doña Dolores e intentó apurar el paso de sus hijas—. Es Juanita Sosa, la amiga dilecta de Manuelita Rosas. Vamos, entremos, háganme el favor; no vaya a ser que nos mezclen con esta gentuza con la que no tenemos nada que ver.

Apuraron el paso y franquearon el portón de la residencia. Las jovencitas corrieron a espiar por la ventana al espectro que se habían encontrado en plena salida familiar. Mercedes sabía bien de quiénes hablaba su madre. A sus 17 años, estaba al

tanto de los sucesos que habían acontecido en las últimas semanas en la ciudad. Su hermana, de tan sólo 9, no tenía idea de quién era Manuelita. La sociedad porteña hacía todo lo posible por desconocer a los Rosas y su séquito. Era preferible pasar por gente tontos o maleducados antes que ser objeto de señalamiento y oprobio.

Juanita se tocó la cara y despacio fue recorriéndola con la mano, como si hubiera perdido la vista y necesitara reconocerse a través de otro sentido. Miró hacia abajo y recién entonces notó que estaba descalza, con los pies llenos de tierra y algunas costras de sangre. El ruedo de su falda estaba mugriento y deshilachado, como si tuviera muchos años de uso. No sentía dolor, tenía el cuerpo como adormecido. Volvió a emprender la marcha sin saber adónde ir. Caminó y caminó, y cada tanto percibía las miradas esquivas de las personas con las que se cruzaba. El pecho se le cerró, no entendía qué sucedía. ¿Por qué la evitaban de ese modo? ¿Le tenían miedo? ¿O era asco? Hasta hacía unas semanas se había sentido la reina de la ciudad, pero la taba había girado y otra era la cara que mostraba. De corona a grillete, en un santiamén.

Llegó sin saber cómo al barrio de La Merced, la vecindad de su infancia, el sitio donde había crecido junto a su madre, María Olmos, sin padre cerca. Recién entonces se sintió mejor, como si en ese paisaje familiar estuviera a resguardo. Aunque había pasado bastante tiempo desde la última vez que había estado por allí, las fachadas de las casas, las caras de los transeúntes, todo le resultaba amigable. Sin embargo, nadie se detuvo a hablarle. El mundo seguía dándole la espalda. De repente notó que la luz se desvanecía y el atardecer avanzaba con su inmenso velo de oscuridad.

El cansancio la tomó por asalto mientras bajaba por la calle Catedral<sup>[9]</sup>. Allí al fondo apareció la iglesia de Santa Catalina de Siena en toda su inmensidad. Cruzó la reja y, ya en el patio, cayó redonda sobre las piedras. Permaneció así durante un largo rato. Hacía días que no probaba bocado, tampoco había tomado agua. Se quejó casi en silencio, mientras las lágrimas dejaban surcos blancos en las mejillas sucias.

La aparición de esa mujer desaliñada y sucia había causado una conmoción en el convento. Las monjas catalinas, de clausura, no estaban acostumbradas a este tipo de intromisiones, pero los últimos incidentes políticos habían alterado la serenidad acostumbrada. La mayoría no salía de las celdas salvo al alba para realizar la limpieza, para los rezos varias veces por día y para las comidas, pero sabían lidiar con el mundo exterior cuando era inevitable. Una novicia alertó a las monjas de aquel cuerpo lacerado en el patio y obtuvo el permiso para que ir en su búsqueda.

Así, con la ayuda de la joven novicia de velo blanco, Juanita pudo entrar al patio central del convento. Allí aguardaban otras dos novicias más. Le sirvieron agua, que bebió casi sin respirar. Se ahogaba. Pasó un largo rato hasta que pudo beber sin sentir arcadas. Juanita Sosa volvía a vivir. Las novicias la condujeron a una celda donde había una ventana alta, una cama, una silla, una jarra con agua y una toalla de hilo blanco. En silencio, se retiraron y la dejaron para que aseara su cuerpo sucio en completa soledad.

El trayecto se había transformado en una pesadilla. El carruaje se bamboleaba por el camino de tierra y parecía a punto de destartarse. Robert Gore y el cónsul inglés, *Mr. Thomas Hood*, se dirigían a Palermo. Aquella casona deslumbrante que habían conocido en otros tiempos, la residencia del amigo Rosas a la que habían sido convidados con asiduidad, ahora tenía un nuevo ocupante: Justo José de Urquiza.

—¿Llegaremos a destino, mi querido Thomas? —preguntó Gore con preocupación—. De cualquier modo, me parece que el camino es menos peligroso que la situación que se vive en la ciudad.

—En esta oportunidad tienes razón, Robert. He percibido un clima de disconformidad en las calles como hacía años que no sentía.

—¿Disconformidad? Pero qué cauto, amigo mío. Más que poco conformes yo diría que son personas con furia acumulada. Te informo que ya le he escrito una misiva a Lord Palmerston advirtiéndole de todo lo sucedido y de la desagradable repercusión que ha tenido mi gesto hacia Juan Manuel.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que la animadversión contra los agentes británicos, y en particular contra mi persona, a raíz de la fuga del general Rosas, ha ido en aumento, especialmente por parte de súbditos ingleses y franceses que están haciendo lo imposible por volver incómoda mi posición.

—Muy bien, Robert.

—A Dios gracias, yo siento que no he hecho sino cumplir con mi deber como agente británico y como caballero inglés. Nada que no haya sido dictado por la humanidad y por los más básicos principios de la diplomacia.

Un grito del cochero interrumpió la conversación y la marcha. Gore se asomó por la ventanilla para ver qué sucedía. En un santiamén, el conductor había descendido de su puesto y daba las explicaciones pertinentes.

—Disculpen, caballeros, pero si no me detenía a tiempo podríamos haber muerto. Observen, han colocado una barrera de piedras en el camino. Si alguien va distraído puede rodar. Pero no se preocupen, intentaré solucionar el imprevisto —sin aguardar respuesta se dirigió hacia el obstáculo.

—En fin, espero que esto no agregue más inconvenientes a los que ya tenemos —protestó Gore con fastidio.

—Quiera Dios que no corramos peligro —murmuró Hood y miró en derredor con prevención.

—Mira, Thomas, me han amenazado con quitarme la vida si me sorprendían caminando solo por la calle y yo los he tratado con la mayor indiferencia. Voy por todas partes y a toda hora igual que siempre, con mi pequeño bastón como único compañero —lo levantó como si empuñara un arma—. Confío que cuando nuestros

compatriotas se calmen, comprenderán su error. De cualquier modo, he solicitado oficialmente que me retiren del cargo. Esta no es vida.

—¿Y has obtenido respuesta, Robert? Tu lugar en Buenos Aires ha sido y es importante. Tal vez deberías dejar que corran las aguas, ya verás que las cosas cambiarán y volverás a sentirte mejor.

—El Señor te oiga, amigo mío.

La conversación los había absorbido de tal manera que, sin que se dieran cuenta, ya circulaban de nuevo entre los célebres álamos que anunciaban la entrada a Palermo de San Benito. Llegaron a la gran puerta de entrada a la una de la tarde y al descender del carruaje, un soldado de casaca azul los recibió y les indicó que lo siguieran hasta el despacho del vencedor. El cuerpo diplomático inglés ya había ofrecido sus saluciones oficiales a Urquiza, ahora era el turno de los señores Gore y Hood.

El joven oficial abrió la puerta y los hizo entrar. Allí, sentado detrás de un inmenso escritorio con un gran ventanal de fondo que daba a los jardines, estaba Justo José de Urquiza. Cuando los tuvo enfrente levantó la vista de unos papeles que lo mantenían ocupado. Miró primero a uno, luego al otro, sin decir palabra pero instándolos a que hicieran lo que habían ido a hacer. Robert Gore pronunció un corto discurso de rigor y hablando en representación de la Reina, prometió poner todo su empeño en estrechar las cordiales relaciones existentes entre los dos países. Thomas Hood asintió a cada palabra de su colega.

Urquiza se levantó de la silla y rodeó la mesa. Los botones dorados de su corta casaca azul lanzaban reflejos enceguedores a causa de los rayos de sol que entraban por la ventana.

—Les agradezco, puede usted decir a su augusta soberana que el pueblo argentino tiene el más vivo deseo de mantener las más perfectas relaciones amistosas con las naciones extranjeras, pero que el pueblo argentino está dispuesto y listo a repeler los ataques hechos sobre él por los extranjeros ingratos —replicó, cortante.

Estiró hacia abajo el chaleco de seda blanco con trama bronce en los bordes, volvió a escrutarlos y sin aguardar respuesta, dio la vuelta y caminó hacia el ventanal. Allí se quedó, dándoles la espalda. Gore tragó en silencio. Él y Hood titubearon unos segundos y entendieron rápidamente que la reunión había terminado. Sin saludar, se retiraron del despacho y a paso redoblado regresaron a su carruaje. Se acomodaron y Gore dio la orden de salir en el acto.

—¿Es idea mía o no tenemos muy buenos augurios con este nuevo gobierno? —preguntó Hood.

Gore sacudió la mano intempestivamente y negó con la cabeza. No tenía ninguna intención de hablar. Estaba enfurecido.

\* \* \*

La infinidad de imprevistos había complicado la llegada a Pernambuco para el cambio de barco. La permanencia en el *Conflict* fue un hecho y el viaje continuó. Sin embargo, el capitán resolvió hacer una escala en el puerto de Bahía para reponer víveres y carbón. Al transmitir las novedades al pasaje no encontró rechazos, sólo gestos de ansiedad.

El 4 de marzo al mediodía el *Conflict* arribó al puerto. Antes de que hubiera malentendidos, el comandante Jenner se dirigió a Rosas, que observaba las maniobras desde la borda.

—General, vengo a hacerle un pedido —anunció el comandante con gesto adusto.

—Mi querido Jenner, por fin tendremos algo de tierra firme. Tengo pensado descender junto con los míos —dijo Rosas señalando a sus familiares sin grandilocuencia—. Pero no tema, estaremos de regreso pronto, por supuesto.

Lanzó una carcajada. Estaba de buen humor, con ganas de recorrer los alrededores del puerto. Necesitaba estirar las piernas. El encierro en el navío lo tenía a mal traer.

—Discúlpeme, general, pero justamente venía a hablarle de eso. No podrá bajar, debe permanecer a bordo —dijo Jenner sin mover un músculo de la cara—. Usted sabrá entender.

Rosas tomó envión para responder pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Las objeciones estaban de más, el comandante tenía razón. El Imperio de Brasil había sido uno de los aliados del Ejército Grande para derrocarlo. No era una idea demasiado inteligente que pisara suelo imperial. ¿Y si algún ojo avizor lo reconocía y se armaba una batalla campal? No estaba para esas lides. Debía tragar bilis y esperar sentado.

—Es correcta su impresión, capitán. Pues entonces observaré desde aquí a mi hija. No quiero desatenderla.

Jenner se pasó la mano por el pelo y se quedó mirando a Rosas sin entender. No estaba acostumbrado a dar demasiadas explicaciones y frente a él tenía a un hombre que lo desarmaba por completo.

—¿Está buscando problemas, *Mr.* Rosas? Nadie debe verlo —dijo el comandante en voz suficientemente alta como para que lo oyeran todos—. Deberá permanecer encerrado en su cabina, *sir*.

Manuelita se acercó a su padre, lo tomó suavemente del brazo y lo acompañó hasta la cabina. Ya adentro, Rosas miró a su hija y dejó salir su clásica furia.

—Que no le haya gritado a ese inepto ha sido sólo por cuidar las formas delante de ti, Manuela. Pero ¿quién se habrá creído que es? —y se sentó bruscamente sobre la banqueta que adornaba con austeridad sus aposentos marítimos.

—Ay, Tatita, no sirve de nada que se ponga en este estado. Usted mismo se denuncia y no vale la pena. ¿No se da cuenta de que lo están cuidando? ¿Mire si alguien lo reconoce y se arma un tiroteo?

Rosas entrecerró los ojos y observó a su hija con mirada de lince. Manuelita tenía razón pero no estaba dispuesto a concedérsela.

—Pues bajen ustedes, entiendo que estaban ilusionados con recorrer un poco. Me quedaré trabajando, no se preocupen por mí —levantó una ceja y se acomodó junto a la mesa que estaba atestada de papeles.

La joven regresó a cubierta con un colorido mantón en la mano, lista para envolverse en él si hiciera falta. Su cuñada se aprestó para descender a tierra firme con ella, pero Juan y el niño prefirieron permanecer a bordo. Las señoras no podían bajar solas, de modo que en un segundo llamaron a Pedro, el sirviente, para que las acompañara.

Manuelita y Mercedes acomodaron sus mantones sobre los hombros, se tomaron del brazo y comenzaron la caminata. El sirviente las seguía tratando de apurar el paso ya que las damas parecían urgidas. Como si conocieran la cartografía del lugar, el trío dobló en una de las callejuelas. Manuelita observaba a su alrededor con ojos ávidos. Las fachadas blancas de las casas refulgían en contraste con las tejas color naranja. Las copas frondosas de los árboles anunciaban amplios patios internos donde seguramente las familias se reunían a tomar un poco de fresco. En las calles se mezclaban negritos de pies descalzos que correteaban con alegría y sonrisa llena, y grupos de porte cortesano, vestidos con el *allure* de la moda del momento.

Las damas porteñas miraban de un lado a otro y se detenían, de tanto en tanto, en los vestidos de las mujeres que circulaban por allí. Eran otros los colores, diferente la moda.

—Mira, Manuelita, qué bonita esa muchacha —dijo Mercedes señalando con discreción—. Y qué atrevida, ¿no es cierto?

—Sí. Me intriga cómo será el impacto cuando desembarquemos en Gran Bretaña —Manuelita se miró la falda oscura y suspiró. Al instante recordó los cajones con sus pertenencias más queridas que había embalado con la ayuda de su prima Leonor Urquiola de Durán, hija de su tía Petrona Ezcurra, una semana antes de la batalla y que habían sido embarcadas preventivamente en el *Locust* por Pedro y un empleado de la Legación Inglesa. Su precioso ajuar había quedado a salvo, al igual que sus alhajas.

Continuaron con la marcha. Hicieron varias cuadras sin dejar de comentar y señalar. Parecían dos niñas curiosas, atentas a todo y sin ningún temor. Como por arte de magia, olvidaron el motivo del viaje y la realidad que, tan poco tiempo antes, las había tomado por asalto. Al final de la caminata llegaron a la plaza, rodeada por algunos locales de venta. En el centro, la ebullición de vecinos que iban y venían, o bien se detenían para saludarse y dar rienda suelta a la conversación.

Desde cierta distancia, Pedro llamó a su patrona a los gritos. Impaciente, revoleó los brazos como si fueran aspas; su reclamo parecía de vida o muerte.

—¡Doña Manuela, venga!

—¿Pero qué es este escándalo, Pedro? ¿Te has vuelto loco? —Las jóvenes apuraron el paso hasta donde estaba Espeleta, quien señalaba una pequeña puerta con un entusiasmo repentino.

Manuelita y Mercedes se asomaron para confirmar que se encontraban dentro de una sastrería de caballeros. Entraron y se detuvieron frente a un perchero repleto de casacas, jubones y capas de diversas tonalidades y texturas.

—Podríamos encargarle a este sastre que vista a Tatita. ¿Qué te parece, Mecha?

—Una idea soberbia. Tal vez de ese modo no se sienta tan apaleado por las circunstancias.

Entraron al local umbrío y Manuelita fue directa: le solicitó al sastre que concurriera a bordo del barco inglés anclado en el puerto y que llevara consigo una buena cantidad de prendas para que su padre eligiera. Cuando el hombre le preguntó la talla, Manuelita suspiró, incapaz de dar precisiones, pero intentó compararlo con una de las casacas exhibidas.

Salieron con la escolta y dieron una vuelta por la plaza. No faltó alguna mirada curiosa de los vecinos. Eran dos mujeres nuevas en la ciudad y era evidente su extranjería.

—Te miran, Manuelita —murmuró Mercedes al oído de su cuñada y sonrió con complicidad.

—Pero no mientas, Mecha —respondió y bajó la mirada.

—Jamás me han acusado de mentirosa, sólo señalo lo evidente, mi querida —y continuó la marcha con la cabeza en alto—. ¡Mira si nos cruzamos con el Emperador! Dicen que es estupendo.

Manuelita le clavó con furia los ojos negros y le apretó el brazo con gesto ofendido.

—¿Y a mí qué debería importarme Pedro II?

—Pues mira qué enterada que estás. Es un Braganza, Manuelita. Sería un candidato inmejorable. —La cara de Mercedes se iluminó en una sonrisa.

—En primer lugar, el hombre está casado. Y por si esto fuera poco, estoy algo cansada de que me anden ofreciendo hombres como si fueran buñuelos. Mi corazón tiene dueño, Mercedes, y lo sabes más que bien. Estoy enamorada de Máximo Terrero —Manuelita no pudo ahogar un sollozo al nombrar a su amado y recordar la distancia que los separaba.

—Discúlpame, querida —dijo su cuñada y le pasó el brazo por el hombro—. Quise que nos divirtiéramos un rato y sólo te puse triste. Soy una tonta.

Manuelita metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo para secarse las lágrimas. Pero fue peor. Al ver ese trozo de tela recordó aquel otro que le había dado a Máximo en ofrenda antes de que partiera a la batalla. Pedro se restregó las manos con preocupación. No le gustaba ver a su patrona en ese estado. Esa tristeza infinita en el rostro de la niña Manuelita —así la seguían llamando, a pesar de sus años— no le gustaba. Ella no se lo merecía.

—Estoy bien, no se preocupen —y le dedicó una sonrisa triste a Pedro.

—Volvamos al *Conflict*, ya es hora. A pesar de todo, me ha venido muy bien esta caminata. Al menos pudimos estirar las piernas, no creo que tengamos otra parada hasta que llegemos a destino.

Volvió a tomar del brazo a su cuñada y desanduvieron camino hasta el vapor. Ya a bordo respondieron las preguntas algo impacientes que les hizo Rosas. Con lujo de detalles describieron las calles, los lugareños, los olores, los colores, la gente.

Al día siguiente, a primera hora, llegó el sastre con sus enseres. Se reunió con Rosas un buen rato para decidir sobre la ropa adecuada para el desembarco en Inglaterra. Rosas no había viajado con un guardarropa suficiente, así que la suma de algunas prendas le vendría más que bien. Al mediodía llegó otro visitante, quien también bajó a la cabina para mantener el encuentro con Rosas dentro de la más estricta privacidad. Era el cónsul inglés John Morgan, que le dio la bienvenida a Bahía y le prometió absoluta discreción. También puso paños fríos a la inquietud reinante. Aseguró que sus coterráneos lo aguardaban con beneplácito y que estaban dadas todas las condiciones para que él y su familia se sintieran a salvo. El diálogo se mantuvo dentro de un marco de completa civilidad y pasada una media hora, Morgan se despidió. Pero no fue el único que abandonó el *Conflict*. Pedro Espeleta, sirviente dilecto de Rosas, descendió con sus pocas pertenencias para subir al *Rifleman*, en el que regresaría a Buenos Aires. Cumplía órdenes de su patrón.

A las siete de la tarde y luego de cargar los víveres necesarios y el carbón para el cruce del océano, el comandante Jenner dio la orden y volvieron a zarpar. La bola incendiada del sol empezaba a ocultarse en el horizonte.

\* \* \*

Vicente López y Planes respondió al llamado de Urquiza y llegó puntual a Palermo. El entrerriano había decidido nombrar gobernador provisional de la provincia a quien antes fuera miembro del Tribunal de Justicia de Rosas. Para sí prefería el título de jefe del Ejército, aunque las decisiones a tomar en Buenos Aires llegaban indefectiblemente hasta él.

López y Planes bajó del carruaje preparado para que lo condujeran al despacho. Sin embargo, allí, en el descanso, aguardaba el nuevo dueño de casa.

—Bienvenido, don Vicente. Prefiero que caminemos. Disfrutemos de estos jardines imponentes —dijo Urquiza mientras le palmeaba el hombro y le indicaba el camino.

López y Planes volvió a ponerse el sombrero dispuesto a cumplir la orden. El sol pegaba fuerte y no quería que le diera de lleno en la coronilla.

Durante varios minutos caminaron sin decir una palabra. A pesar de las semanas que hacía que estaba allí instalado, Urquiza disfrutaba del caserón como si fuera un recién llegado. Recorría los salones sin descanso y observaba a su alrededor con un

puntillismo feroz. Admiraba la construcción, los jardines, todo lo que conformaba la residencia de su contrincante vencido.

—¿Cómo andan las cosas en la ciudad? —preguntó Urquiza.

—Todo es muy reciente, general. Hacemos lo que podemos y nada es fácil —respondió el flamante gobernador con la mirada perdida hacia adelante—. Alsina colabora codo a codo.

La expresión de Urquiza se contrarió levemente pero continuó con la marcha como si nada pasara. El jefe de los unitarios, don Valentín Alsina, había sido nombrado ministro de Gobierno. Todos parecían estar en la misma orilla, pero cuando se hundía un poco la mano en el barro aparecían las diferencias. Y a veces eran insalvables. Alsina y Urquiza se miraban de reojo aunque fueran expertos en las artes del disimulo. Hacia afuera, las aguas estaban calmas, pero adentro, las turbulencias incomodaban.

Mientras caminaba, los acontecimientos cercanos inundaban la memoria de Urquiza. Como si hubiera sucedido ayer, recordó su entrada triunfal a Buenos Aires el 20 de febrero, montado en uno de los caballos de Rosas, con su poncho blanco, el sombrero de copa alta y el cintillo punzó. Se había sentido poderoso, inmenso, como un emperador. A paso marcial, él y su ejército habían atravesado la calle Florida flanqueados por los vecinos, que ocupaban las veredas de lado a lado. Algunos habían aplaudido pero la mayoría había permanecido en silencio. La presencia de soldados brasileños en el desfile había despertado el malestar y no tardó en escucharse una silbatina estridente. Don Justo José había elevado aún más la mirada con gesto altivo, como si no escuchara. Cerca de la esquina de Corrientes, se había abierto inesperadamente la ventana de una casa y una cabeza de mujer se había asomado al grito desgarrador de «¡Asesino, asesino!» Urquiza y sus hombres apretaron los ijares de sus animales y siguieron al trote firme. La señora era la madre del coronel don Carlos Paz, prisionero de la batalla de Vences, quien atado a un árbol y tras recibir cincuenta y dos lanzazos, había sido pasado a degüello por orden del entrerriano.

Sin embargo, no había sentido un desprecio evidente en las calles de la ciudad. Gran parte de los vecinos le demostraba que el compás de espera podía no ser belicoso. Lo que había quedado del rosismo prefería aunar fuerzas en el Partido Federal. Los unitarios, en cambio, mantenían una larga distancia con Urquiza.

—Hemos convocado a elecciones para el 11 de abril —anunció López.

—Me parece correcto. Con lo que no acuerdo demasiado es con algunas ideas que ha arrojado Alsina por ahí —intervino Urquiza sin siquiera mirar a su interlocutor. Parecía perdido en sus cavilaciones.

—No sé de qué me habla, general, pero creo adivinar. ¿Se refiere a la confiscación de bienes de Rosas y de sus hijos?

Recién ahí, el entrerriano fijó la mirada en López y Planes. Habían llegado a la laguna. La barcaza abandonada, que había sido uno de los salones preferidos de

Manuelita, seguía flotando en el agua.

—Pues ha sido una exigencia de Alsina, sí. Ha reclamado la necesidad de recuperar las grandes sumas malversadas —continuó el flamante gobernador.

—Me resulta un tanto temerario hacer ese tipo de acusaciones. ¿Acaso está comprobado? ¿Quién lo puede afirmar? Me llama la atención de su parte, don Vicente. Usted, que ha sido tan cercano a Rosas, se atreve a semejante decisión...

López y Planes agachó la cabeza. No quería que Urquiza le descubriera el gesto. Se sentía incómodo en el cargo que le habían casi obligado a asumir, pero sabía que no tenía otra alternativa. ¿Quién lo había mandado a aceptar aquella imposición? De cualquier modo, no faltaba tanto para las elecciones.

—No es fácil estar en mi lugar, don Justo José. Estoy en el medio del tironeo. Usted sabe que mis opiniones valen poco y nada. Y también sabe quién es el que lleva la voz cantante en realidad.

—Como era de prever, se me ha presentado Juan Nepomuceno Terrero. Ha venido a reclamar los bienes de su amigo. Veremos qué se puede hacer. Venga, volvamos a la casa y le ofrezco algo para comer. La cocinera es una experta, ya verá.

Los caballeros dieron la vuelta y recorrieron el camino arbolado más bonito de la provincia en el más absoluto silencio.

## CAPÍTULO III

Faltaba cada vez menos para llegar a destino, pero a Manuelita el viaje se le hacía interminable. Habían pasado tres semanas desde la escala en Bahía y la monotonía del paisaje marino no ayudaba. El horizonte infinito, recostarse por la noche y despertar al día siguiente con el mismo vaivén, la nada absoluta alrededor, abonaban el letargo de la muchacha. Rogaba a Dios que en pocas horas arribaran al puerto para poder así encontrar a algún marinero que le trajera nuevas de Buenos Aires. Necesitaba alguna noticia de Máximo como el aire que respiraba. Ese silencio mortal le atenazaba el estómago. Luchaba para no desmoralizarse pero era casi imposible.

Esa tarde descansaba en cubierta junto a los suyos. Habían comido algo a la una del mediodía y luego se habían instalado en unos jergones que habían acomodado a modo de poltronas. Juanchito había desaparecido de escena apenas tragó el último bocado. Lo esperaban los quehaceres de a bordo. A esas alturas la tripulación lo consideraba como uno más. Mercedes no estaba demasiado contenta con el asunto, pero su marido y su suegro imponían su voluntad. Rosas, sobre todo, veía con beneplácito la actividad del niño y lo empujaba a la faena. Juan Bautista estaba más cerca de la decisión de su mujer, pero no se atrevía a contradecir a su padre.

Manuelita buscó con la mirada a su sobrino y no lo halló. A bordo había un silencio y una sensación de soledad fuera de lo habitual. No había nadie en cubierta y se inquietó. Sintió un escalofrío y a los pocos segundos un estruendo inesperado los ensordeció. El *Conflict* se sacudió y una segunda explosión quebró la tranquilidad en la que navegaban. Siguieron gritos, hombres corriendo y un humo negro y espeso que se elevaba al cielo. En la confusión, Rosas interceptó a Jenner y le preguntó qué había sucedido. Entre toses éste le señaló que una de las calderas había explotado, y continuó su marcha veloz hacia el sector del incidente. Mercedes pensó en su hijo y casi cayó desmayada. Gritó como una condenada el nombre de Juanchito, sin recibir respuesta. Con gesto desencajado, clavó sus ojos en los de los Rosas, padre e hijo. Si algo le sucedía a su pequeño Juan no estaba en condiciones de responder con cordura. Manuelita la tomó por los hombros y la apretó contra su cuerpo. Juan Bautista no sabía qué hacer, estaba paralizado por el temor. De inmediato Juan Manuel salió del letargo y recorrió cada rincón de la cubierta del barco. Pero su nieto no aparecía. Llegó a la escalinata que lo llevaba hacia abajo y descendió. El humo no le permitía ver hacia el sector de la izquierda, donde se había originado el siniestro. Se dirigió hacia el otro lado y llegó hasta las cabinas. Revisó cada una y llegó hasta la suya. Allí, acurrucado como un cachorro, estaba Juanchito.

—Ven, niño. No temas, aquí estoy —Juan Manuel se hincó y acarició la cabeza de su nieto.

Lo tomó de los hombros y así subieron la escalinata. Al verlos, Mercedes corrió hacia ellos y le arrancó a su hijo. Abrazados, lloraron ambos sin disimulo. Rosas

suspiró y se retiró desganado. Quería mucho a su nieto, aunque a veces podía resultar algo hosco, y sabía que su nuera lo miraba con distancia. No pensaban igual, ¿pero a quién podía importarle lo que pensaba esa mujer, o cualquier otra? A él no. Salvo por supuesto su adorada hija, su Manuelita, que era su exacto reflejo.

La situación no se había calmado. La emergencia continuaba. Por todas partes había hombres que subían y bajaban en un completo estado de conmoción. Luego de algunas horas de trajín, lograron apagar el fuego. El saldo de la catástrofe fue el deceso de cuatro foguistas.

Pasaron las horas y el comandante ordenó que desplegaran las velas para continuar con la marcha. La noche los obligó a descansar hasta la mañana siguiente. Jenner lideró la ceremonia funeraria de los fallecidos con todo el pasaje en cubierta. Rezó una plegaria y lanzó unos pistoletazos al aire para luego lanzar los cuatro cadáveres al mar. Como si no hubiera sido suficiente y el rito hubiera necesitado de otras prácticas, a babor empezó otro principio de incendio. Casi al mismo tiempo, salieron a mitigarlo.

Las únicas mujeres a bordo no pudieron contener las lágrimas. Ese viaje parecía embrujado, como si les hubieran enviado un maleficio desde la costa. Manuelita abrazó a su cuñada, cansada de soportar tantos imprevistos. ¿Y si eran señales, avisos que anunciaban la llegada de una desgracia aún peor?

\* \* \*

Eugenia y su prole subieron al coche alquilado por Juan Nepomuceno Terrero con rumbo a Cañuelas. Luego de deambular como una muerta en vida por la ciudad y sin encontrar albergue decente para ella y sus hijos, había logrado que don Mariano Cárdenas y su esposa la recibieran en su estancia. El caballero era sobrino de su abuela paterna, doña Isadora Cárdenas, y doña María era su madrina de bautismo. Ambos se habían sentido en la obligación de recibirla en su hogar.

El bamboleo del carruaje no le hacía bien. Tenía mareos. En susurros repetía unas oraciones para sobreponerse.

—Mamita, ¿qué tienes? Estás blanca como la leche —le dijo Mercedes, la hija mayor, con preocupación.

Mercedes tenía trece años pero parecía una adulta. Se comportaba con la seriedad de una mujer. La tomó de la mano y chistó a sus hermanos, que hablaban a los gritos.

—Ya está, Merceditas. No te asustes, va a pasar. Me tira la panza y el viaje no ayuda. En cuanto lleguemos, verás que todo estará bien —respondió Eugenia y pasó sus manos por el vientre hinchado.

Por fin llegaron hasta el inmenso portal de hierro y piedra, lo franquearon y Joaquín y Justina asomaron sus caritas llenas de asombro por las ventanas del coche. La arboleda y el camino les recordaba el caserón que habían debido abandonar.

Señalaban todo a puro chillido mientras los hermanos mayores intentaban calmarlos sin éxito. En la entrada de la casa los aguardaban los Cárdenas, que ayudaron a Eugenia y a sus hijos a descender. Como si les hubieran abierto la jaula, los niños salieron a las corridas por los jardines. Eugenia parecía haber perdido la voluntad en el viaje, no tenía fuerzas para reclamarles un poco de orden. Siguió a su madrina, que la llevó hasta unas habitaciones que habían sido preparadas especialmente para ella. La ayudó a quitarse la falda y la camisa, y la llevó hasta la cama para que se recostara un poco.

—Pero querida, está muy avanzado este embarazo. Por suerte ya estás aquí, nada les sucederá. Tendrás a tu criatura en la casa, no tendrás que pasar por ninguna penuria. Mi niña, ¿cómo no viniste en cuanto te quedaste sola? No me lo perdono.

—Por favor, no tienes nada que recriminarte. Tenía que resolver algunos asuntos en Buenos Aires antes que cualquier otra cosa —respondió Eugenia y le sonrió. El rostro se le había distendido y parecía una mujer nueva, más serena, ahora que estaba en buenas manos.

—No deben asomarse fuera de la estancia. Ni sueñen con regresar a la ciudad, el peligro acecha en todas partes. Aunque nosotros vivamos alejados, sabemos muy bien lo que sucede por allí. La reacción contra todo lo que haya tenido relación con Rosas es furibunda, y si se enteran de quién eres, no contarás el cuento. Y tus hijos, menos.

Al rato tocaron a la puerta. Era Cárdenas que venía a controlar que todo estuviera en orden. Eugenia miró a su alrededor en busca de sus hijos. El hombre se apresuró a tranquilizarla.

—No te preocupes, la criada está aseando a los niños y alimentándolos. Algunos traían un hambre voraz —rió Mariano—. También sería bueno que alimentaras a ese que llevas en las entrañas. Está crecida esa panza, Eugenia. ¿Cuándo nacerá?

—Creo que en tres meses, si es que no se apura por salir. No he podido cuidar a la criatura como se debe; con todos estos incidentes he sufrido demasiado de los nervios, Mariano —y se acarició la panza con un dejo de melancolía.

Cárdenas y su esposa permanecieron en silencio, mirándola. No estaban allí para juzgarla ni señalarle todo lo que había salido mal. Era absurdo echarle en cara cómo habían sucedido las cosas. El pasado era inmodificable y el futuro era un misterio. Sin embargo, no la iban a abandonar así como así, como había hecho Juan Manuel. No querían inquietarla más de lo que ya estaba, pero días atrás habían discutido acerca de las decisiones que había tomado el gobernador vencido. Había dejado tirada a la madre de sus hijos sin resquemores y eso les resultaba imperdonable. Preguntarle a la muchacha al respecto era echar leña al fuego y esa no era su intención. Querían cuidarla y, sobre todo, hacer que olvidara a ese rufián. Ya hablarían más adelante, si hiciera falta, para desalentar cualquier esperanza enloquecida de la joven de reencontrarse con él.

—¿Qué tal si te dejamos descansar un rato? Luego vienes y te damos algo de comer —dijo su madrina con voz dulce, y ambos se retiraron cerrando la puerta al

salir.

Eugenia suspiró y miró a su alrededor. La ventana, a la derecha de su cama, tenía una vista embriagadora. Los rayos de sol de la tarde se colaban por entre las rejas y daban sobre su cara, obligándola a entrecerrar los ojos. Un florero con nardos lideraba la cómoda de roble inundando la recámara con su aroma insoslayable. Aquel sitio despertaba todos sus sentidos adormecidos y volvió a suspirar. Agradeció a Dios que la hubiera rescatado de las penurias que la habían asaltado desde el 3 de febrero. Y no pudo evitar recordar las últimas horas junto a su hombre. Aquella misma angustia regresó como si no hubiera transcurrido el tiempo. *¿Por qué a mí? ¿Esta es la vida que me regaló Dios? No me merecía tanta tirria, tanta desazón. He sido una buena mujer, cumplí con todo lo que se me ordenó. Aunque tal vez el Todopoderoso me haya castigado por haber accedido a la carne sin desposarme. Pero ¿qué podía hacer yo? Si fue Rosas quien me tomó, sin preguntar... Y él quiere a sus niños, yo lo sé a pesar de que nos haya suprimido del barco. Debo aquietar mis pensamientos, callar estas ideas que no sirven para nada. Ya Rosas me lo había dicho, que lo que más le gustaba de mí era mi silencio,* se dijo. Su respiración se fue acompasando hasta que la joven entró en el sueño sin sobresaltos de los inocentes.

\* \* \*

Marcelina lloraba a escondidas. Su padre había salido disparado de la casa con lo puesto. No era la primera vez que sucedía, en otras oportunidades se había visto obligado a esconderse tras las persecuciones de las que había sido víctima. Años atrás, mientras su jefe había comandado el gobierno, había tenido que abandonar la Mazorca. Entonces Rosas lo había ayudado dándole un puesto en Palermo.

Habían sido otros tiempos, otras realidades. Tras la derrota de Caseros, la familia del mazorquero Alén había sufrido sin tregua la persecución unitaria. Algunas huidas habían sido cortas, dos o tres días de desaparición habían bastado. Pero esta vez era diferente. No lo había anunciado, ni siquiera se lo había advertido a Tomasa, su esposa.

Ya había pasado una semana y en la casa nadie había recibido ni una noticia del padre. Los seis hijos mayores acompañaban a su madre y a Leandro, el menor, de tan sólo diez años. Tomasa se secaba las lágrimas con la servilleta. Estaba sentada a la mesa de la cocina, rodeada por sus hijos. Marcelina calentaba el agua y, de espaldas al resto, lagrimeaba sin ser vista. A diferencia de otras oportunidades, ahora tenía miedo y un feo presentimiento.

—¡Ay, mi querido esposo! Me lo han matado, me lo han matado esos salvajes — aullaba Tomasa mientras balanceaba el cuerpo de atrás hacia adelante maníacamente. José, el mayor de los varones, intentaba calmarla pero era inútil.

El pequeño Leandro hacía fuerza por contener las lágrimas pero era más fuerte que él. No sólo sufría por la ausencia de su padre; ver a su madre en ese estado lo sumía en una desesperación enorme. Marcelina giró despacio y llevó la pava a la

mesa. El panorama era desolador y ver sufrir a su pequeño hermano le pareció demasiado.

—Ven, Leandro, dejemos a mamá por un rato. Salgamos de aquí —lo levantó de la silla y se lo llevó de la cocina.

Caminaron hasta la sala donde se topó con su marido, que llevaba al pequeño Martín, el hijo de ambos, en brazos. Enfrascada en el drama familiar, casi había olvidado que ella también tenía su propia familia. Su padre era todo para ella y sin él se sentía abandonada, como si todavía fuera una niña.

—Mujer, todo esto no le hace bien a tu estado —la reprendió Martín, señalándole el embarazo avanzado.

Marcelina posó la mano sobre la panza de seis meses y tragó con dificultad. No quería llorar delante de su marido.

—No te alarmes, querido, estoy más que bien. Si quieres, dame al niño así no te molesta —dijo y extendió los brazos.

—Martín se porta bien, no hace falta. Pero ven y siéntate un poco. Has estado todo el día de pie.

—Estoy preocupada por el paradero de mi padre, lo sabes bien.

—¿Y cómo no lo voy a saber si no dejan de repetir que falta en casa? —señaló el hombre con brusquedad. En seguida se arrepintió del exabrupto. Allí, a pocos pasos, Leandro escuchaba todo.

Ella lo miró con dolor en los ojos. No podía creer que su marido fuera tan desalmado. ¡Con lo que su padre lo quería! Años atrás, el mazorquero Alén había contratado a Martín Yrigoyen Dodagaray para que lo ayudara con algunas tareas de herrería. El joven vasco, recién llegado y sin familia, se había unido a los Alén como si fuera uno más. Hasta que quedó prendado de la bella Marcelina y se casó con ella, para felicidad del padre.

—No digas eso —susurró Marcelina.

—Todo esto es culpa de Rosas, a mí no puedes negármelo. Ese tirano y la hija que tiene. Y tú, que andabas metida entre esa runfla de inadaptados. Ahora tu padre tiene que pagar; libre por pecador —gritó Yrigoyen, que ya había perdido toda compostura.

Marcelina había sido una de las beneficiadas con la amistad de Manuelita, había formado parte de la corte de la Niña. Y había tenido un rol destacado en las fiestas y tertulias que se organizaban en Palermo de San Benito. Había disfrutado de las mieles de la riqueza rosista junto a muchos más, y ahora sufría las consecuencias que no había imaginado.

—No sigas, Martín, por favor. No hables así delante de mi hermano y de mi hijo. Ese hombre del que hablas ha ayudado mucho a mi padre —a medida que pronunciaba las palabras, el cuello de Marcelina se llenaba de manchas moradas.

El pequeñín, que no llegaba a los dos años, tiró los bracitos hacia su madre. Ella lo alzó y lo sentó a su lado sobre el sillón tachonado.

—Yo sólo quiero que te cuides y hagas lo mismo con mi hijo y con el que está por venir. No me gusta verte sufrir y a veces pienso que el artífice de todos estos males no es otro que Juan Manuel de Rosas —la tomó de la mano y con la otra acarició la panza crecida.

Marcelina bajó la mirada y detuvo al instante las ansias de seguir con la pelea. A pesar del esfuerzo que había hecho durante todos ese tiempo, recordó aquella tarde aletargada en Palermo de San Benito, hacía tan sólo seis meses, en la que los pasillos del caserón se habían vaciado y en un abrir y cerrar de ojos, Juan Manuel la había tomado de la mano y la había llevado hacia sus habitaciones. Allí, tras cerrar la puerta bajo llave, la había arrinconado sin pedir permiso. En unos minutos, el tiempo se había detenido y las manos del Restaurador habían recorrido su cuerpo desnudo como si fuera su dueño.

\* \* \*

Hacía días que Juanita se había instalado en lo de María Patria, una de las tantas criadas que habían servido en lo de Rosas.

Luego de la avanzada entrerriana, la negra había vuelto al barrio del Tambor, donde residía su familia. Ahí se había sentido a salvo. No habían tenido la misma experiencia algunos de los otros integrantes de la servidumbre del patrón; su vida había valido poco y nada y la soldadesca enemiga se había encargado de dejarlo bien claro frente a todo el mundo.

María Patria y sus hermanos trataban a Juanita como a una más de la familia. Nadie hacía diferencias y la Sosa sentía el camino abierto para decir y hacer lo que se le ocurría. Tampoco era de las que necesitaban demasiado beneplácito para exponerse en libertad. Ella nunca había precisado de la aprobación del mundo para mostrarse tal cual era. Confiaba en sus instintos, en su desfachatez, en su ausencia de pudores. Así había andado por la vida y no conocía otra forma. No le había hecho mal a nadie, nunca había recibido recriminación alguna, o por lo menos no recordaba palabras de censura expresadas frente a ella. Sin embargo, su voluptuosidad explícita había sido motivo de más de una pelea o estigma punzante. Las mujeres habían sabido mirarla con desconfianza, les parecía un animal en celo siempre presto al zarpazo. Los hombres, en cambio, gustaban de su compañía, cuanto más cercana mejor; tan sólo con la estela de su aroma parecían sentirse satisfechos. Juanita poseía una fuerza erótica que se imponía adonde fuera y se había ganado en buena ley aquella fama. Así había encandilado a infinidad de caballeros durante la era rosista. Sabía jugar al juego de la seducción como ninguna. Había llegado hasta la propia cama del Restaurador. Se lo había propuesto y lo había logrado. Ilusa, había creído que llegaría a dominar el deseo del hombre más poderoso del territorio, pero una vulnerabilidad inesperada la había tomado por asalto y había traído una incertidumbre nueva a su vida hasta entonces festiva.

Tras el rescate de las monjitas y los nuevos días en casa de María Patria, el ánimo de Juanita se había repuesto mucho. Ya no era un alma en pena que vagaba por las calles. La alegría permanente de los hermanos de su amiga había penetrado en su cuerpo.

Aquella mañana se sentía mejor que nunca. Nada podría amedrentarla, nadie inyectaría ningún tipo de desazón en su vida. Le pareció que la sangre que corría por sus venas estaba caliente por demás, como si le sobrara, como si tuviera más de la necesaria. Tenía ansias de gritar, se sentía feliz.

María Patria estaba en la cocina y cortaba papas y zanahorias para una sopa. Juanita iba y venía de la silla al fuego y de ahí a las alacenas, ansiosa, inquieta. El cuerpo y la mente no tenían descanso.

—Se me ha ocurrido una idea. Tengo ganas de expresar mis sentires y tú me ayudarás, mi linda María Patria —dijo zalamera.

La negra siguió con la cuchilla dale que te dale mientras de reojo espiaba a la muchacha. Juanita parecía fuera de sí, con la mirada un tanto desorbitada y un pestañeo intenso, que rebelaba lo febril de sus pensamientos.

—Llévame al cuarto de tus hermanos, negrita mía. Hay algo ahí que me vendría de perlas —dijo, y le quitó suavemente la cuchilla de la mano.

—¿En qué locuras andarás?

Juanita la empujó entre risas y llegaron a las habitaciones de los varones, que habían salido. Era evidente que Juanita sabía qué buscaba. Abrió el arcón donde se guardaba algo de ropa y aplaudió con felicidad.

—¿Cómo te metes entre las cosas de Indalecio y Antonio? ¿Quieres que nos rompan la cabeza a golpes?

—Pero si no hago nada que ellos no me permitan, María Patria. Ya estuvimos jugando antes y me han abierto las puertas con total generosidad —aseguró seductora, y eligió algunas prendas.

Ante la mirada anonadada de María Patria, se desabotonó la camisa y la falda, se las quitó y las dejó tiradas sobre el piso. Con cuidado se puso el chiripá granate de uno de los hermanos, la camiseta punzó y se ajustó la cintura con una faja negra.

María Patria puso los brazos en jarra y la miró de arriba abajo.

—Pero todo esto, ¿de dónde ha salido? ¿Y desde cuándo te vistes de hombre?

—Parece que sé más de tus hermanos que tú misma. ¿No te habías enterado del saqueo que hubo en Palermo luego de la tragedia? —Juanita se persignó a la velocidad del rayo—. Bueno, entre esas cosas tus queridos hermanos se trajeron algunos ropajes de los Colorados del Monte que habían quedado entreverados por ahí. Gracias al cielo que han podido salvaguardar estas reliquias, de otro modo se habrían convertido en cenizas pisoteadas.

Siguió hurgando, concentrada. Al fondo del arcón encontró lo que buscaba. Sacó un par de espuelas nazarenas y se las ató sobre sus botinetas. Con los ojos a media

asta tomó una tercerola<sup>[10]</sup> que descansaba debajo de unas camisas y se la cruzó en la espalda.

—Pero te has vuelto loca, Juanita. ¿Qué haces armada? —María Patria, aterrada, se cubrió la boca con las manos.

—Está descargada, no te asustes. Pero ahora vamos al patio a buscar más armas para mi disfraz —De pronto, la cara de Juanita había adquirido un rictus extraño.

María Patria se había quedado sin habla. Observaba a Juanita y los movimientos de la muchacha eran cada vez más destemplados. Parecía inútil hacerle cualquier indicación, no escuchaba nada. Había tomado una decisión y nadie podría hacerle cambiar de parecer. Juanita encontró algunas planchas de hojalata y se fabricó, como pudo, una suerte de sable corvo muy rudimentario, que acomodó debajo de la faja, y una pequeña lanza, acorde a su tamaño. Luego giró para que la viera María Patria. Sin aceptar cuestionamientos, fue en busca del caballo que descansaba en el palenque al lado de la casa, y lo montó de un salto. No en vano había pasado una buena parte de su vida junto a Manuelita Rosas. Andar a caballo no tenía ningún secreto para ella.

—¿Adónde vas, Juana? Te lo ruego, tengo malos presentimientos —lloriqueó María Patria.

—Me voy a Palermo. Ya verá ese entrerriano lo que es bueno —sentenció y espoleó los ijares del animal.

A galope tendido, Juanita avanzaba hacia la quinta que hasta hace muy poco había sido de Rosas. No reparó en las miradas furtivas que recaían sobre ella a medida que atravesaba los barrios de la ciudad. La desprolija melena al viento sobre el cuerpo vestido de varón federal provocaba confusión en los desprevenidos de a pie. ¿Quién o qué era esa tromba a caballo?

Juanita llegó a los confines de la ciudad y sin apaciguar los bríos del alazán, cruzó la reja y siguió el camino de pedregullo que la condujo hasta el caserón que tan bien conocía. Desmontó con pericia y corrió hasta los jardines del frente, aquellos que daban a los ventanales de las habitaciones que habían sido del padre de su amiga, su venerado Juan Manuel de Rosas. Miró hacia abajo, como si buscara algo, y así permaneció durante un buen rato, la cabeza gacha a la espera de que llegara el momento justo, el estado perfecto. En un abrir y cerrar de ojos, pegó un salto acompañado por un alarido de guerra. En un alarde de destreza y agilidad, cayó en tierra con la pierna izquierda por delante y los dos brazos, extendidos, amenazantes. Permaneció en esa posición, como estaqueada, como si estuviera a segundos de emprender una batalla. Fueron segundos. Al poco tiempo, desde los galpones se acercaron algunos soldados.

—¿Y ésta quién es? —preguntó, azorado, el general de la caballería entrerriana.

—Juanita Sosa, mi general —respondió presto uno de los soldados, que había conocido a la muchacha en otros tiempos.

Como si fuera una bella estatua de piedra, Juanita no movía ni un centímetro de su cuerpo pero su rostro metía miedo. Sus ojos desorbitados parecían dos brasas ardientes y su boca se había torcido en una mueca desafiante.

El sonido de una puerta al cerrarse de golpe hizo que todos, salvo ella, miraran hacia la galería. Con paso lento, Urquiza bajó dos escalones de la escalinata que llegaba al jardín, miró la escena desconcertante y gritó:

—¡Sáquenla de aquí! —dijo con voz firme. Estaba bien al tanto de las relaciones de Rosas; las familiares, las políticas y las amorosas, incluso clandestinas.

Los subalternos esperaron a que la muchacha hiciera caso a la orden de su jefe, pero Juana mantuvo la pose pétrea sin inmutarse. La empujaron con delicadeza para que emprendiera la retirada pero no hubo caso. Como si estuviera poseída por una fuerza mayor, la joven permaneció con las piernas duras como estacas y los brazos suspendidos en el aire, listos para la pelea.

—¿No escuchas, mujer? ¡Fuera de esta casa!

—Lo ignorantes que son, Dios mío. ¿No ven? ¿No entienden que no puedo deshacer mi estatua cuando estoy en manos del más allá? —siseó Juanita con una expresión entre el asco y el desprecio. No podía deshacer su recreación de soldado federal, la misma que gustaba representar ante Rosas y que él tanto le festejaba en otros días felices.

Los soldados se acercaron un poco más pero no pudieron moverla. Urquiza fiscalizaba la escena desde la galería. Empezaba a perder la paciencia. Entre varios levantaron a la provocadora, y así, rígida, la sacaron del caserón. Pero el trayecto no fue tranquilo. Juanita, con la cara al cielo, los imprecaba sin parar: que rescataran a la Niña, que la trajeran de vuelta, que eran unos desagradecidos, que le debían respeto a don Juan Manuel, que ella era la esposa y que el entrerriano era un buen federal y una sarta interminable de desvaríos más. Al llegar al camino, la tiraron como a un animal enfermo y allí, desde el suelo y sucia de tierra, Juanita gritó:

—¡Basuras, poco hombres! ¡Me cago en la madre de Urquiza, que de justo no tiene una gota!

—Vamos, dejemos a esta loca de mierda de una buena vez —ordenó el general de caballería y pegaron la vuelta mientras oían sus carcajadas de fondo.

Juanita se secó las lágrimas de furia con la mano y se ensució aún más la cara. De pronto escuchó su nombre en un susurro. Giró hacia el costado, de donde venía la voz. Montado sobre su caballo estaba Antonio, el hermano de María Patria.

—Vamos, Juanita, dame la mano que te llevo. —El joven estiró el brazo.

—¿Pero qué haces tú aquí?

—Mi hermana me pidió que te siguiera, me dijo que no te había visto nada bien. Vamos a casa, Juanita, por favor.

La muchacha se irguió, se sacudió el polvo del chiripá y la camiseta con gesto solemne, hizo un ademán para acomodar su pelo sobre la espalda y, como si nada hubiera pasado, tomó la mano que le ofrecía Antonio. En un solo movimiento se

acomodó a horcadas detrás de él. Pasó sus brazos por la cintura del joven negro y se pegó fuerte contra su espalda. Así emprendieron el regreso a la ciudad.

## CAPÍTULO IV

La travesía continuó sin sobresaltos aunque a menor velocidad. Luego de los incendios, el capitán había ordenado que se desplegaran las velas y así siguieron navegando. Las relaciones dentro de la familia se habían mantenido en la más completa serenidad. No era nada imprevisible con Manuelita y Rosas; no existían mayores diferencias entre ellos, y si la joven no acordaba con alguna expresión de su padre, prefería no exponer la desavenencia. Lo último que quería era exaltarlo; sabía bien que, aunque su padre disimulara la puntada que horadaba su corazón tras los acontecimientos de febrero, estaba triste. Ella elegía protegerlo y cuidar sus palabras. Mucho menos fácil de prever era la afinidad que habían logrado Juan y su mujer con Rosas. El incidente con Juanchito y la intervención de Rosas parecía haber cambiado las cosas entre ellos. Mercedes acompañaba a su suegro por las tardes y él parecía a gusto con ella. Juan, por su parte, hacía lo posible por evitar discusiones fatuas y sin sentido. La convivencia parecía simular el vaivén cadencioso de la marejada.

Con los demás compañeros de travesía la situación también parecía bajo control. Quien mantenía una mejor relación con Rosas era el brigadier general Pascual Echagüe. Gustaban de conversar en las comidas y podían pasar horas sin darse por enterados. Con el coronel Manuel Febre y el sargento José Machado el trato no pasaba de lo formal. Saludos, algún comentario educado y poco más. Con el coronel edecán Jerónimo Costa, en cambio, los intercambios eran incómodos. A partir del accidente, la tensión entre ellos había ido en aumento. La unión que habían construido a lo largo de los años parecía haberse agrietado durante el viaje. Hasta hacía poco, el encono contra los unitarios y la alianza federal los habían amalgamado pero esas largas semanas a bordo, que por momentos parecían siglos, habían logrado malquistarlos.

En el puerto de Cádiz, la embarcación hizo otra escala. El capitán ordenó que repusieran víveres y aprovecharon las horas muertas para revisar el barco al detalle y ponerlo a punto para el resto del viaje. Varios de los pasajeros decidieron incursionar en tierra firme. Rosas, sabiéndose cerca del destino final, sintió la urgencia de hacerse de algunos diccionarios y una gramática español-inglés. Se informó sobre dónde podía hacerse la compra y cuánto le costaría y le encargó la misión a su hijo. Le entregó una libra, 17 chelines y 6 peniques y esperó impaciente a que Juan volviera con el pedido.

Juan Bautista no fue el único que recorrió las calles de Cádiz. También descendieron Echagüe y Costa, que se quedarían allí. El brigadier había decidido seguir viaje hasta Madrid y Roma, no tenía intenciones de desembarcar en Gran Bretaña. Rosas se despidió con emoción de su compañero de lucha.

—Pascual, no quiero decirle adiós, sé que será un hasta pronto —dijo con solemnidad—. Lo considero uno de mis amigos más fieles y es por eso que le hago

entrega de un tesoro muypreciado, recibido años atrás.

Y le dio un cuchillo de caza con empuñadura forrada en terciopelo punzó con hilos de oro. Echagüe intentó rechazar el regalo pero Rosas hizo oídos sordos a su negativa. Los amigos y compañeros de lucha se fundieron en un abrazo y se despidieron. Detrás del brigadier bajó la escalerilla el coronel Costa. Con él no hubo ni discurso sentido, ni presente, ni honores. Su intención había sido ir hasta el destino final, pero la relación con Rosas era demasiado tensa para seguir compartiendo el periplo. Cambiaría de barco allí mismo. Saludó a Manuelita, a Juan y a Mercedes, e hizo un gesto en silencio al pasar cerca del jefe de la familia. Rosas miró hacia otro lado, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

El 19 de abril, el *Conflict* arribó al puerto de Cork en Irlanda y, cuatro días más tarde, a Devonport. Recién entonces descendió Rosas, en compañía del capitán Jenner y de Manuelita, que oficiaría de intérprete. Debían cumplir las formalidades del arribo pero Juan Manuel retrasaba el trámite. Recorrió el puerto de punta a punta, como si fuera detrás de un tesoro perdido. Necesitaba ejercitar sus piernas. Aquellos casi tres meses de navegación le habían entumecido el cuerpo. Jenner reclamó que los esperaran y caminaron hasta las oficinas de la Corona. Allí les dieron la bienvenida. Manuelita tradujo unas palabras de agradecimiento de su padre y Jenner firmó los libros. Se despidieron y regresaron al *Conflict*.

Dos horas después arribaron a Plymouth. Advertidas desde Devonport de que Juan Manuel de Rosas llegaría en ese barco, las autoridades militares lo saludaron con varios disparos de los cañones del fuerte.

—Miren cómo nos reciben, hijos míos. Nuestra nueva casa, nuestro nuevo país — dijo Juan Manuel con una emoción apenas velada.

Manuelita miró de reojo a su padre y le dedicó una sonrisa. Con disimulo tomó la mano de Juan y se la apretó. Ahora que el viaje empezaba a quedar atrás, todos sentían una ansiedad inusitada. Por fin arribaban a destino.

\* \* \*

Máximo se había encargado de todo. Apenas liberado gracias a la intervención de su padre, se había dedicado a poner en orden los asuntos pendientes de su amada Manuelita. Tenía decidido que la seguiría hasta el fin del mundo si era necesario.

Urquiza había autorizado a que se retirara el mobiliario de la casa céntrica de los Rosas, y Máximo se había presentado al instante para ocuparse del tema. No sabía si debía agradecer al entrerriano por su generosidad, o si el desalojo escondía la urgencia por hacer espacio para convertir los elegantes salones en oficinas de las distintas dependencias públicas. Prefirió obviar las preguntas y puso manos a la obra junto a algunos criados que ofrecieron su ayuda.

En la casa de su padre colocó los objetos pertenecientes a Manuelita —todo lo que ésta había heredado de su madre— y los ofreció en remate. Lo primero en venderse fueron tres espejos sin uso por los que levantó mil duros cada uno, una

estufa valuada en 5 mil pesos papel y dos pianos. Juntó un total de 53.487 pesos con 6 reales. Estaba satisfecho. Su amada se pondría contenta al enterarse.

—La subasta ha sido un éxito, *m'hijo* —sentenció Terrero padre—. Tienes alma de buen comerciante.

—No lo creo, es el valor de los objetos y supongo que, sobre todo, es la importancia de su origen, de su proveniencia. Vaya uno a saber, tal vez imaginan que teniendo un espejo que pertenecía a Manuelita podrán conocer los secretos de Rosas. Tenían valor emocional para ella, pobre, pero no le ha quedado otra alternativa. Era imposible trasladarse con tanto bártulo —reflexionó Máximo mientras colocaba el dinero en un sobre, lo cerraba con sello de laca y lo guardaba en el cajón del escritorio.

—Tienes razón, Máximo. Y yo debo ocuparme cuanto antes de los bienes de Juan Manuel. No sé ni por dónde empezar pero si de algo estoy seguro es de que será una tarea difícil.

—Me voy a Inglaterra. Tengo que estar con Manuelita —dijo Máximo y buscó la mirada de su padre.

—Imaginaba que esa sería tu decisión, hijo. Me entristece que te vayas tan lejos pero ya eres un hombre y, por lo visto, enamorado —suspiró Juan Nepomuceno con una sonrisa resignada—. Siempre supe que ustedes dos terminarían juntos. Desde chicos, cuando trepaban a los árboles y se perdían a caballo por el campo. Aun a pesar de las negativas de Juan Manuel.

—Aquel rechazo no creo que haya desaparecido —hizo una mueca parecida a una sonrisa—. Sin embargo, no me acobardo, padre. Voy a pelear hasta las últimas consecuencias. No entiendo por qué su repudio, soy un buen hombre para su hija y así se lo demostraré.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío. Insiste hasta el final. Juan Manuel es un caso extraño pero un amigo al fin. Él adora a su hija y quiere lo mejor para ella.

—Pues ese soy yo. Jamás me he aprovechado de ella, la supe escuchar, atender, cuidar desde la distancia. ¿Qué más puede pedir?

—Dale tiempo, ya verás que te aceptará.

Juan Nepomuceno palmeó el hombro de Máximo. Sabía que era insensato exponerle a su hijo la tristeza que le daba que se alejara de la familia. Máximo había crecido, hacía rato que era un hombre y su padre estaba más que complacido con la persona en la que se había convertido. Se había transformado en un caballero con todas las letras. Hubiera dado lo que no tenía para que se quedara en Buenos Aires junto a él, pero sabía bien que el amor a veces es demasiado intenso y choca con los deseos de los padres. Él era diferente de su amigo Juan Manuel, no quería avasallar las decisiones de sus hijos. Sólo rogaba que, pasado un tiempo, estuvieran todos de regreso.

Transcurridas unas semanas y con un pequeño baúl que guardaba sus pocas cosas, Máximo abordó el *Menay* que lo llevaría hasta Río de Janeiro, para allí hacer el trasbordo al vapor inglés *Del Norte*. En cubierta se encontró con los Mansilla, Lucio padre y sus hijos Lucio Victorio y Lucio Norberto, quienes emprendían viaje a Europa pero con retorno certero.

—¡Pero miren quién comparte esta aventura con nosotros! —dijo el patriarca de los Mansilla y le palmeó el hombro—. ¿Negocios en Brasil, Máximo?

—¿En qué mundo vives, padre? Terrero se dirige al sur de Inglaterra —intercedió Lucio Victorio y le sonrió, cómplice.

Máximo asintió con un gesto levemente avergonzado y metió la mano en el bolsillo de la casaca. Allí guardaba el pañuelito de seda que le había dado Manuelita antes de partir rumbo a la guerra. Acarició el talismán y recobró la compostura. En el otro bolsillo traía el dinero de las ventas en la subasta. Necesitaba controlar, cada tanto, aquellos testimonios que le daban sentido a su partida.

—Sí, voy en busca de Manuelita.

—Lástima que no está vuestra madre para escuchar la noticia, hijos. Se pondría muy contenta, adora a su sobrina. —Mansilla hacía referencia a su mujer, Agustinita Ortiz de Rozas, hermana menor de Juan Manuel y casi de la misma edad que su sobrina.

—No te preocupes, en un abrir y cerrar de ojos se enterará. Los chismes corren como el agua en Buenos Aires —intervino Luchito, el menor de los hermanos.

—Nosotros vamos a otros sitios pero con toda seguridad visitaremos a la familia en algún momento, ¿no es cierto? —preguntó Lucio Victorino a su padre y éste asintió con parsimonia.

Continuaron con la conversación animadamente y el *Maney* comenzó a moverse despacio. Se detuvieron a observar en silencio cómo se alejaban de a poco de la orilla. Máximo se despedía de Buenos Aires con algo de melancolía. Los tres Mansilla, en cambio, estaban exultantes. El resto de los pasajeros buscó su lugar en cubierta, como si necesitaran marcar el territorio. De pronto, Lucio padre se detuvo en la figura pesada de un caballero de mirada retinta.

—Miren quién viaja con nosotros —susurró mientras se tomaba de la barbilla.

—No veo, don Lucio, ¿de quién habla? —preguntó Máximo y miró hacia donde señalaba Mansilla.

—Sarmiento, mi amigo. Supongo que conocerás al sujeto.

En efecto, Domingo Faustino Sarmiento, declarado «loco salvaje unitario» por Rosas, luego de años de exilio en Chile y con bríos renovados, se había unido al Ejército Grande bajo el mando de Justo José de Urquiza. Desde su aparición en la política, había tenido convicciones propias e ideas que intentaba imponer. Eso se había mantenido así en el tiempo y con una seguridad fuera de lo común había defendido sus pareceres incluso contra los de Urquiza, lo que lo llevó a una confrontación explícita con el vencedor de Caseros.

En cuando Sarmiento lo vio, tomó envión y se acercó al grupo. Saludó brevemente a todos salvo al general Mansilla, con quien demostró al instante que tenía muchas ganas de pelear.

—Pero qué casualidad encontrarnos a bordo, Mansilla. ¿Estaremos escapando ambos de Urquiza? —preguntó socarrón.

—Nosotros no escapamos de nadie, Sarmiento. Estamos yendo a Europa en viaje de negocios —respondió Lucio padre, conteniendo las ganas de empujar al «loco salvaje» por la borda.

Los más jóvenes se mantuvieron en silencio. Sobre todo Máximo, por su vinculación directa con Rosas, prefirió pasar desapercibido.

—Me imagino, pero a mí no me ha quedado otra alternativa. Los sucesos recientes me han expulsado de Buenos Aires, general —Los ojos de Sarmiento relampagueaban—. ¿Cómo es posible que Urquiza haya restablecido el uso del cintillo punzó? Este hombre está jugando con fuego.

Lucio Victorio miró de reojo a Terrero y volvió la atención hacia Sarmiento. Prefirió mantener la boca cerrada y dejar que continuara el que había tomado la palabra. Hasta parecía divertido con la situación.

—Incomprensible ese bando infame donde nos acusa de díscolos y de ponernos en contra de la opinión pública, de perturbar el sosiego de la Patria, cuya independencia hemos comprometido y cuya libertad hemos sacrificado con nuestra ambición. ¿De qué habla ese hombre? Nos traiciona. Es indispensable deshacernos de la lacra que nos ha llevado a la sangre perpetua, señores. ¿No están de acuerdo? —un afán desatado dominaba a Sarmiento.

—Le recomiendo sosegar, no sea cosa que le dé una apoplejía. La travesía a Río de Janeiro es larga, y supongo que querrá que todos arribemos con buena salud —dijo Mansilla sin levantar el tono de voz. Sarmiento, que no era de intimidarse, escrutó la mirada fría del hombre que, aunque mayor, mantenía el porte de quien había enfrentado a los ingleses en 1807 y en 1845, como si no hubiera pasado el tiempo desde que se distinguió en Chacabuco y en Maipú a las órdenes del general San Martín y contra los brasileños en Ituzaingó. Sarmiento sabía de sobra que Mansilla había atravesado la tiranía de su cuñado Rosas sin tener las manos ensangrentadas por los degüellos. Irritado consigo mismo, el sanjuanino tragó saliva y redobló la apuesta.

—Tengo una gran idea, general. ¿No se vendría conmigo a Chile para organizar la defenestración de Urquiza? Si el entrerriano sigue en este plan, es seguro que el país va a volver a las andadas.

Luchito notó el gesto de hartazgo de su padre e intervino para evitar un mal mayor.

—Disculpe, don Domingo. Mi padre debe tomar una medicación que tenemos en el equipaje de mano. ¿Vamos, Tata? Máximo y yo lo acompañamos a la cabina.

Lucio Victorio, al que le encantaban los floreos dialécticos, se quedó para cubrir el vacío que dejaba su padre ante la provocación constante del «loco salvaje», que a él no le parecía para tanto.

—En el fervor de la charla no atendí demasiado al resto. ¿Quién era el caballero al que llamaron Máximo? —preguntó Sarmiento, un poco decepcionado por tener que seguir la charla con un muchacho de veintipocos años en lugar de hacerlo con un general rosista hecho y derecho.

—Es el hijo de Terrero —contestó Lucio, enarcando las cejas.

En ese instante el sanjuanino asoció. Ese era el hijo del socio de Rosas. Y tenía frente a él a uno de sus sobrinos. Para ser un bárbaro no era obligatorio compartir la sangre, pensó. Juan Manuel parecía el fallado de la familia, y su descendencia otro tanto. Sarmiento entrecerró los ojos. Algo había escuchado acerca de que el hijo de Terrero andaba en amores con la hija del tirano. De cualquier modo, ya no eran tiempos de silencio y opresión rosista.

\* \* \*

Rosas y su familia se instalaron en el primer piso del Moorshead's Royal Hotel. La habitación más amplia la ocupaban Juan, Mercedes y el pequeño Juanchito y las otras dos, de iguales dimensiones, Juan Manuel y Manuelita. La mayor parte del día, padre e hija la pasaban en la salita de la planta baja, recibiendo a la interminable fila de hombres que reclamaban un encuentro con Juan Manuel. Como siempre, Manuelita hacía las veces de intérprete de su padre. Rosas quería aprender el idioma y para ello le pagaba a un joven maestro de la escuela, pero además estudiaba sus libros todas las noches. Sin embargo, todavía su inglés era muy rudimentario.

A las seis de la tarde de su primer día en suelo inglés, el sol comenzó a apagarse y la familia caminó unas pocas cuadras hasta la taberna que les habían recomendado en el hotel. Aún traían la costumbre de comer ya entrada la noche, pero eso era imposible en esas tierras. Debían acomodarse a las nuevas prácticas o arriesgarse a quedarse sin la comida. *Mrs. June*, una señora con años y kilos encima, los recibía todos los mediodías y las noches, y ya se había encariñado con ese grupo de extranjeros sudamericanos.

Juan Manuel franqueó la puerta y la inglesa, como si hubiera estado esperándolo, salió de detrás del mostrador y, secándose las manos con el delantal, lo recibió con entusiasmo y lo llevó hasta la mesa de siempre, ya preparada para su comensal.

—*Mr. Rosas, I'm honored to receive you again with your family at my place*<sup>[11]</sup> — le dijo con una sonrisa de oreja a oreja y él, seductor empedernido, le tomó la mano y se la besó.

Se acomodaron y la dueña rápidamente depositó un botellón de vino y una jarra de loza con agua. Las otras mesas estaban ocupadas y los comensales no disimulaban el interés que les despertaba ese extranjero.

—Cómo nos miran, por momentos llega a ser incómodo, ¿no es cierto? —señaló Mercedes mientras batía el abanico con fruición.

—Y sí, parecería que hemos revolucionado el pueblo —respondió Juan con impaciencia.

—Algunos me han demostrado su complacencia y sus respetos. A esos, mi agradecimiento perpetuo —dijo Rosas levantando un poco la voz—. En cambio, a la prensa sólo le deseo una muerte lenta.

—Tatita, no se amosque, no vale la pena —Manuelita, que estaba sentada al lado de su padre, le palmeó la mano.

—Tienes razón, *m'hija* —dijo éste, y tomó un sorbo de agua.

Juan y Mercedes alternaron las miradas en un gesto de desconocimiento total. No entendían cuál era el problema del que hablaban el padre y la hija.

—No se miren con esos ojos, ustedes dos. Su hermana me ha traducido el artículo de un reportero del *Times*. El muy bribón anunciaba que había sido asombroso el afán de muchos caballeros ingleses de alto rango naval y militar por estrechar mi mano teñida de sangre. —Rosas apretó los puños y se perdió en sus pensamientos.

*Mrs. June* llegó con un gran recipiente y sirvió en cada plato una cucharada generosa de un potaje humeante, en el que se distinguían trozos de cerdo, legumbres y papas. Las mujeres agradecieron y se deleitaron con el aroma a comida recién hecha. La tranquilidad volvió a la mesa. Mientras disfrutaban del plato, conversaban de lo que habían visto ese día, las calles, las construcciones, las iglesias, incluso la única católica que se erguía a pocas cuadras de allí.

—¿Nos quedaremos en Plymouth a vivir, padre? —preguntó Juan.

—He reclamado a la oficina de Relaciones Exteriores un permiso para rentar una casa en Inglaterra. Hubiera querido tener una reunión con el gobierno británico para explicar mi posición en persona pero me la han denegado. En cambio, he recibido una carta donde aprueban mi derecho para establecerme en cualquier sitio de las Islas que yo quiera —dijo Juan Manuel.

La familia siguió hablando sobre su futuro inmediato. Mientras todos conversaban o se volvían a servir comida o bebida, Manuelita estaba inmersa en un silencio absoluto. Su gesto adusto y reconcentrado llamó la atención de los demás.

—¿Te sientes bien, querida? —quiso saber su cuñada.

—Estoy algo cansada, no hay de qué preocuparse —contestó e hizo un intento vano por sonreír. Manuelita estaba triste y a cada instante le costaba más disimularlo. Se había resignado a las vueltas del destino pero la lejanía de su tierra, de sus amigas y sobre todo de su amor empezaban a hacer mella en su ánimo.

Rosas la miró y supo al instante lo que le sucedía a su hija. No creyó para nada en sus palabras, con sólo ver la mueca de su cara descifró la realidad que intentaba esconder.

—Ya verás qué bonita casa encontraremos para instalarnos, Manuelita. Allí viviremos felices juntos, seremos tratados como nos merecemos, no como lo han

hecho esos ingratos... —dijo, y siguió saboreando el vino en silencio.

\* \* \*

Mientras los Rosas aprovechaban la bonanza y algarabía de los ingleses de Plymouth, otros hilos se tejían en Londres. Allí la reacción frente al arribo del desterrado y su familia era otra. En la Cámara de los Lores se discutía acaloradamente acerca del recibimiento oficial que se le había dado al general Rosas apenas llegado al puerto. ¿Por qué lo habían recibido con honores? El secretario del Foreign Office, el conde de Malmesbury, intentaba poner paños fríos aduciendo que no había sido el gobierno quien había impartido las órdenes, sino que las autoridades de Plymouth habían actuado por su cuenta. Para evitar resquemores había firmado un documento en estos términos:

*Un sentimiento natural los ha inducido a recibir con hospitalidad y respeto a un distinguido refugiado de un país extranjero. Y en esto debe observarse que el general Rosas no era un refugiado común, sino alguien que había demostrado una gran distinción y bondad hacia los comerciantes británicos que negociaron con su país, y alguien con quien el anterior gobierno efectuó negociaciones de carácter importante, y hasta firmó un Tratado en 1849.*

Sin embargo, el documento no había logrado calmar el descontento y la desaprobación generales. En el centro del poder inglés las dudas nublaban el pensamiento de varios de sus representantes más conspicuos.

## CAPÍTULO V

A mediados de mayo, los Rosas se mudaron a unas leguas de Plymouth. Rosas había tomado nota de las recomendaciones que le había hecho el capitán Jenner acerca de Southampton y había decidido instalarse allí. Tras el acomodamiento de sus bártulos regresaron al barco y luego de unas horas, arribaron al puerto. Durante unos días se instalaron en el *Windsor Hotel*, pero al poco tiempo Juan Manuel llegó con la noticia de que volvían a cambiar de alojamiento. El *Dolphin*, situado en High Street, la calle más importante de la ciudad, los cobijaría hasta que Rosas encontrara la casa de campo que ansiaba.

Una tarde, Manuelita se ajustó el mantón con un broche sobre el pecho y salió protegida del viento frío rumbo al puerto, como hacía cada día a la espera del vapor que al fin cumpliría el sueño de traerle a su Máximo. Pero en esta oportunidad no iba sola sino que acompañaba a su hermano y a su familia, que tomarían el próximo barco rumbo a París. Allí internarían a Juanchito en un colegio pupilo, era una decisión tomada pensando en darle la mejor educación.

Padre e hijo caminaban adelante, el mayor con el brazo sobre el hombro del menor. A diferencia de lo que él había sufrido en la infancia de parte de Rosas, Juan Bautista pretendía proteger y cuidar de su hijo. Juanchito hacía preguntas sobre el internado y su padre intentaba calmar sus dudas como podía. Unos pasos más atrás iban las damas, tomadas del brazo, en plena conversación.

—Estaremos de regreso en un mes, o algo más —señaló Mercedes con una sonrisa obligada—. Ubicaremos al niño y en cuanto resolvamos algunos asuntos, nos tienes aquí otra vez.

—Hagan lo que tengan que hacer, Mechita. No se preocupen por nosotros —Manuelita intentaba calmar la ansiedad de su cuñada.

—Tampoco traemos demasiado dinero, querida. Lo sabes bien. Tu padre le ha facilitado algo a Juan pero es para una corta estadía en París. El internado lo pagaremos con parte de lo que me dio mi madre antes de partir.

Así llegaron al puerto. El viento pegaba fuerte. Todos se quitaron los sombreros a la velocidad del rayo, salvo Juanchito, que iba a cabeza descubierta. Se sentaron en un banco a esperar que atracara el barco, que aún no había llegado.

—Te escribiré apenas lleguemos —le dijo Juan a su hermana.

Manuelita no respondió; tenía la mirada perdida en el horizonte. No sólo sus ojos se habían extraviado, hacía días que a toda ella se la notaba lejos de allí. Mercedes la tomó de la mano y le habló casi en secreto.

—¿Qué tienes, hermana mía? No me asustes, te lo ruego.

—La nostalgia va a terminar por matarme, Mechita —susurró Manuelita.

—Extraño mucho, me duele el cuerpo de todo lo que echo en falta.

—Pronto va a llegar Máximo, no desesperes.

—¿Pero cuándo? ¿Cuánto tiempo más deberé esperar?

—Con todo lo que has esperado en tu vida, esto es la mismísima nada. Cuando menos lo imagines estará a tu lado.

Manuelita hizo fuerza por no derramar lágrimas. Hacía semanas que contenía el llanto, le dolía la cabeza de tanta opresión. Juan la miró de reojo con preocupación, no le gustaba ver sufrir a su hermana, siempre tan fuerte y decidida.

—No te tiendas una emboscada, Manuelita. Si Máximo te anunció que venía, vendrá. Ten paciencia, que tus nervios no te ganen la pelea. Yo sé por qué te lo digo —le dijo Juan y le palmeó la mano.

El gesto de su hermano quebró la resistencia de Manuelita, que ya no aguantó más. A los que habían quedado atrás, en su patria, tenía que sumar la próxima ausencia de su hermano, su cuñada y su sobrino. Lloró en silencio durante un largo rato. Su hermano le ofreció un pañuelo que ella tomó sin decir palabra. Juanchito, como si buscara preservarse de tantas emociones, se incorporó y corrió hacia uno de los extremos del puerto.

—¿Saben qué? No sólo pienso en Máximo, también echo de menos a mis criadas. Hemos pasado toda la vida juntas y quisiera que no sufran el desamparo que imagino.

—¿Pero no habías tomado precauciones antes de salir? —preguntó Mercedes.

—Con algunas llegué a tiempo, con otras no... Quisiera tener noticias. Mañana mismo escribo a Buenos Aires para ver en qué condiciones han quedado. Alguien me lo va a poder decir.

Manuelita le había encomendado a su amiga Petronita Villegas de Cordero a Francisca, que le había servido desde pequeña y a quien quería como a un familiar, y también a Dolores, otra de las criadas de la casa. Lizarda y Anita, dos cautivas, habían sido destinadas a su amiga María del Carmen Zelaya; sin embargo, no había podido advertírselo en persona; había tenido que valerse de una misiva enviada desde a bordo a otra amiga en común.

Una sirena anunció que el barco se acercaba. Manuelita se fundió en un abrazo con su hermano, luego con Mercedes y por último con Juanchito. Los tres subieron al vapor y sacudieron sus pañuelos desde cubierta para despedirla. Ella los saludó con la mano, les tiró un beso y permaneció sola y en silencio, envuelta en su mantón, mientras miraba la popa del barco que se alejaba más y más. Pronto el cielo azul se fundió con el mar y ya nada interrumpía ese panorama. Aquí y allá, alguna gaviota graznaba en busca de su alimento. De pasajeros venidos de Buenos Aires, ni noticias.

\* \* \*

Eugenia sintió que una puntada la doblaba en dos. Cuando logró abrir los ojos, se dio cuenta de que sus piernas y su falda estaban empapadas, así como las baldosas del patio sobre las que estaba parada. Había roto aguas. Paralizada de miedo llamó a los gritos a su hija mayor.

—¡Por favor, Mercedes! Busca a la señora de Cárdenas, va a nacer el crío —y volvió a doblarse en dos por el dolor.

La jovencita voló en busca de la dueña de casa. A los pocos segundos, el patio se convirtió en un aquelarre de órdenes y contraórdenes. Como pudo, Eugenia le ordenó a Mercedes que se llevara al resto de su prole, que miraba la escena con ojos desorbitados. María Cárdenas corrió en búsqueda de su marido; le era imposible mover a la parturienta ella sola. Don Mariano tomó a la joven en sus brazos y la llevó hasta su habitación. Su esposa, una matrona y dos criadas tomaron el lugar, hicieron salir al hombre y cerraron la puerta.

—Agradécele a Mariano, por favor —suplicó Eugenia.

—Ahora calla, guarda fuerzas hasta que salga la criatura —la reprendió María, y continuó dando órdenes al resto.

Hizo hervir agua y traer sábanas y toallas limpias. Fueron horas de pujos, jadeos y sudor. La matrona tomó las riendas del parto, mientras María cuidaba a su ahijada a la vera de la cama. La alentaba, le secaba la frente de tanto en tanto, le quitaba la maraña de pelos que le cubría la cara. La estridencia de un llanto anunció que el parto había sido un éxito. Las criadas limpiaron al bebé en segundos, lo arrojaron con una manta limpia y se lo entregaron a la madre. Eugenia no pudo aguantar la emoción y las lágrimas, ya no de dolor sino de orgullo y alegría, bañaron su rostro.

—Gracias por todo, María. Si no hubiera sido por ustedes, no sé si estaríamos vivos.

—No hables más, querida. Debes descansar —María le acomodó las almohadas y les pidió a la matrona y a las criadas que se retiraran.

—¿Cómo voy a descansar con todo lo que nos pasa a mis hijos y a mí? —Un súbito sentimiento de desamparo se apoderó de Eugenia.

Detuvo la mirada en su hijo y dio vuelta la cara hacia la ventana, como si quisiera pensar en cualquier cosa menos en el cuerpecito indefenso que tenía a su lado.

—Te quiero pedir un inmenso favor, María. Ya has hecho demasiado por mí, será lo último que te pida.

—Dime, Eugenia, lo que quieras —respondió la madrina, con un vago presentimiento en su interior.

—Adrián, así se llamará el niño. Estas últimas semanas, y muy a pesar de mí, he estado pensando en que no puedo hacerme cargo de él —Eugenia tragó con dificultad—. A duras penas puedo alimentar y cuidar a los otros seis...

Un sollozo sacudió su cuerpo dolorido. Entre lágrimas, tomó al bebé arropado y se lo entregó a María.

—¿Estás segura de lo que haces, mi querida? Te entiendo a la perfección, no te juzgo, nada más alejado. Son tiempos bravos y tú, sola con todo, debes sentirte devastada, por más que nosotros intentemos ayudarte.

María permaneció pensativa. La realidad de su ahijada era horrenda por donde se la mirara. Sintió furia y odio contra aquel hombre ausente que había obligado a la

muchacha a vivir semejante odisea.

—Te pido que no culpes a nadie por todo esto —dijo Eugenia, como si le leyera el pensamiento—. Y menos que menos a Juan Manuel. Él hizo lo que pudo, yo no puedo culparlo.

—¡Pero él es el padre de la criatura! Si llevó a su familia con él, debería haberlos subido a todos a bordo.

—Sólo Rosas y yo sabemos lo que sucedió entre nosotros. Él quiere a sus hijos y yo doy fe de eso. No pudo llevarme, simplemente no pudo llevarlos —murmuró Eugenia con una tristeza profunda.

María sabía que sería imposible que Eugenia cambiara de parecer. El amor por ese hombre le quitaba toda objetividad, como si padeciera una enfermedad sin cura. Le daba pena, sentía compasión por ella y por esos hijos que había traído a un mundo sin padre.

—No te preocupes, Eugenia. Se lo daré a la familia de una de mis criadas más queridas. Confío plenamente en ella. Lo cuidará y velará por él como lo hizo con los míos. Pero ¿qué haremos con el resto de tus hijos? ¿Qué les diremos?

—Les diremos la pura verdad: que una familia se hará cargo de él. Con eso será suficiente, ellos entenderán. Mis niños son tan buenos —sus ojos volvieron a brillar.

El recién nacido empezó a quejarse y María lo volvió a acomodar para calmarlo. Habría que conseguirle un ama de leche, eso era lo más urgente... Miró a la madre durante un rato, como si esperara que algo la hiciera cambiar de opinión. Pero frente al silencio de la joven, dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—Antes de irte, María, ¿puedo pedirte papel y pluma? Quiero escribirle una carta a Juan Manuel —rogó Eugenia.

María asintió y salió de la habitación con el niño en brazos. Eugenia permaneció sola, con la mirada perdida en la ventana que daba al patio. Empezó a escribir en la mente todo lo que tenía para decirle al padre de sus hijos. A cada momento pensaba en él; cada decisión que tomaba, se preguntaba si Juan Manuel la aprobaría. Le contaría del nacimiento de Adrián y de la resolución que había tomado. Seguramente estaría de acuerdo, es más, la felicitaría por tomar una decisión tan inteligente.

*Él estaría orgulloso de mí, he respondido como él me hubiera pedido... Y esta vez no precisé consultarle nada. Ya no soy una niña, soy una mujer. Él sabrá entender, él me ha querido siempre, igual que a Soldadito y a la Galleguita. Al resto también los quiso, pero en silencio, como hacen los hombres. Yo no pido nada, ¿qué voy a pedir? Cuando le cuente cómo estoy, las necesidades que pasan mis niños, él sabrá entender y me enviará las soluciones que yo no encuentro. Y Adriancito crecerá como un potrillo, fuerte como los animales que dejó en Palermo, aunque no esté a mi lado. Es mejor así. Él sabrá comprender a su cautiva, que aunque esté bien lejos, lo será por siempre.*

Suspiró y un temblor dominó su cuerpo.

El vapor *Del Norte* arribó al puerto de Plymouth. Al fin pisaban suelo inglés. Máximo y Lucio Victorio descendieron con su equipaje, rebosantes de ansiedad. Mansilla padre y Luchito, el menor de los hijos, habían bajado en Lisboa; el mayor, en cambio, seguiría con rumbo a París y Máximo a Southampton. Para el cambio de barcos debían esperar hasta la mañana siguiente. Buscaron el hotel más cercano al puerto y allí se instalaron a pasar la noche.

Apenas amaneció se dirigieron al puerto de nuevo y allí se despidieron.

—Hasta la vista, Máximo. Envíales mis saludos a la familia y dile a mi tío que pasaremos a visitarlo en cuanto nos sea posible —dijo Lucio y se fundieron en un abrazo.

Una vez a bordo, Máximo se acodó en la baranda de la cubierta y así viajó durante toda la travesía. La excitación que sentía le impedía quedarse quieto. Pese a su naturaleza tranquila, la proximidad del encuentro con Manuelita y su padre lo habían transformado por completo.

El barco atracó en el puerto de Southampton. Junto a unos pocos pasajeros que habían compartido el viaje, Máximo atravesó la planchada de madera y llegó a tierra firme. Apoyó su maleta, se quitó el sombrero y tomó aire con profundidad, como si quisiera llenarse los pulmones. Las gaviotas revoloteaban alrededor y el sol del mediodía atravesaba sus ojos, impidiéndole mirar hacia adelante. Intentó hacerse pantalla con el sombrero y, a unos cuantos pasos de donde estaba, vio la figura de una dama erguida en el muelle, con sus manos entrelazadas sobre el regazo y los hombros tensos. Hizo foco y la reconoció en el acto: allí estaba Manuelita, sola. Entonces ella lo vio a él y se lanzó a su encuentro.

—¡Máximo! —exclamó y apuró el paso—. ¡Qué felicidad! Empezaba a dudar de tu promesa...

Manuelita se arrojó en sus brazos y así permaneció durante unos instantes. Reconocía su olor, su fortaleza, la tranquilidad que le daba esconderse en el pecho de ese hombre. Se separó y lo miró: debían guardar las formas. Podía haber curiosos en las cercanías. Se estudiaron durante minutos, como si prefirieran un reconocimiento lento, al detalle. Manuelita no pudo evitar la emoción y los ojos se le llenaron de lágrimas. El llanto la había acompañado durante meses, casi siempre en la más absoluta soledad, no quería que la vieran en ese estado. Pero esta vez lloraba de alegría. No recordaba haber sentido nada semejante en toda su vida.

—Se te ve muy bien, Manuelita —atinó a decir Máximo.

—Es tu presencia la que me ha cambiado. Me ha vuelto el alma al cuerpo —dijo ella y le acarició la barba.

Máximo le sonrió y le besó la mano con vehemencia. Siguieron mirándose como si buscaran develar algún secreto que hubieran escondido durante todo el tiempo que habían estado separados.

—Vamos al hotel, Máximo. Debes estar cansado, algo de reposo te vendrá muy bien —lo tomó del brazo y le indicó el camino.

Esas cuadras les parecieron las más bellas que hubieran recorrido nunca. Manuelita hablaba como un loro, intentando ponerlo al tanto de las nuevas rutinas de su familia. Cuando hacía un alto colaba alguna inquietud sobre Buenos Aires. Máximo le contó que le traía el dinero de las ventas, varias cartas de sus amigas y un prendedor de pensamientos, regalo de su amiga Petronita Villegas. Manuelita gritó de felicidad y Máximo lanzó una risotada. Caminaban felices por las callejuelas de Southampton como si nada hubiera pasado, como si la distancia y la guerra no hubieran hecho mella en ellos. Máximo continuó con la lista de hechos relevantes y le comentó que su padre iba a ocuparse de los bienes y documentos de su familia. La mirada de Manuelita se opacó en el acto. Se había olvidado de su padre por un rato y de pronto se sintió inquieta ante la inminencia del encuentro de esos dos hombres.

Llegaron a la puerta del *Dolphin* y allí, en la sala de estar, estaba Rosas con un caballero inglés en plena conversación. Al verlos entrar, desvió la atención y la detuvo en Terrero. Esos segundos fueron suficientes para marcar la continuidad del encuentro.

—*M'hija*, niña querida, qué suerte que estás de regreso. Quería presentarte a Lord Kensington, una nueva amistad de este país encantador —dijo Rosas, ignorando por completo la presencia de Máximo.

Manuelita saludó al inglés a desgano y le clavó los ojos renegridos a su padre. Sus miradas se dijeron todo sin necesidad de hablar. El inglés tomó nota de la escena y, algo incómodo, se levantó del sillón y ensayó una despedida diplomática.

—Buenos días, Juan Manuel. Se lo ve de maravillas, como si hubiera rejuvenecido diez años —lo saludó Máximo con su bonhomía de siempre.

—Qué notable que nos hayas encontrado. Pensé que lo que dejábamos atrás, bien lejos quedaba. Mira tú, nos has perseguido como el perro a la comadreja.

Manuelita se tomó las manos y las apretó tanto que los nudillos se le pusieron blancos. Las sienas le latían con fuerza y temió que la cabeza le estallara como una bala de cañón.

—Tata, Máximo no nos persigue, viene para quedarse —dijo con gesto impávido y voz monocorde.

Juan Manuel soltó una risa socarrona. En las formas demostraba su acostumbrada altanería, pero por dentro se sentía completamente abatido. El amorío de su hija con ese tipo se había transformado en algo serio y no podía soportarlo.

—Le he traído dividendos a Manuelita y mi padre no cesa en su intento por recuperar sus pertenencias —intervino Máximo con afán de suavizar el encuentro.

—Dios quiera que la tarea de Juan Nepomuceno se concrete con éxito pero temo que su lucha sea estéril. Pelea contra aves de rapiña, que lo único que quieren es tragarse todo lo que fue mío. Me hubieran comido vivo si no trepaba al vapor a tiempo —masculló Rosas con la mirada perdida.

—Por suerte ya están aquí sanos y salvos, y yo tengo fe de que mi padre llegará a buen puerto a pesar de las resistencias de los unitarios —agregó Máximo y levantó la maleta del piso—. No los molesto más, voy a solicitar una habitación.

Y se alejó de la sala de entrada. Manuelita se acomodó en el sillón que había dejado vacante el inglés y miró a su padre, expectante.

—¿Necesitas algo, mi querida? —preguntó Rosas.

—Mucho, Tatita, y usted es pura malicia conmigo —Muy a pesar de ella, la angustia empezaba a apoderarse de su ánimo.

—No me trates así, hija. Sólo quiero lo mejor para ti y lo sabes bien.

—Ese es Máximo, Tata. Nadie me ha querido como él en toda mi vida.

—Ingrata. ¿Y yo?

Manuelita suspiró decepcionada. A veces sentía que era imposible hablar con su padre.

—Pero yo soy su hija, Tatita. Y quiero una vida propia, una familia, sueño con tener hijos yo también, ¿acaso no tengo derecho? —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Rosas la tomó de las manos y se las llevó a la boca. Se las besó una y otra vez. Y al mirarla sintió una puntada en el pecho.

—Claro que sí, mi niña, claro que sí. Te mereces todo en este mundo pero para mí serás mi pequeñita toda la vida. No quiero que sufras, nadie te cuidará y querrá como yo.

Manuelita no aguantó más y comenzó a llorar amargamente. Sentía adoración por su padre y un amor verdadero por Máximo. No quería lastimar a ninguno. Sus hombres estaban antes que nadie, incluso antes que ella misma. Y así había sido desde siempre.

\* \* \*

Con el sol asomando apenas, el carruaje partió rumbo a destino. Adentro, sólo iban dos pasajeros: don Justo José de Urquiza y el gobernador de Buenos Aires, don Vicente López y Planes. Habían pasado unas arduas jornadas en San Nicolás de los Arroyos, pero por fin traían el acuerdo firmado por todos, y esperaban llegar a casa sanos y salvos. Una discreta tropa de soldados a caballo cuidaba a ambos líderes de los peligros que acechaban los caminos. Nunca se sabía: el encuentro había sido en son de paz pero nadie confiaba demasiado en los demás.

—Esperemos que todo se haya encaminado, mi estimado don Vicente —murmuró Urquiza y estiró las piernas todo lo que el carruaje se lo permitía.

—Admiro su entusiasmo, general. Ojalá pudiera seguirlo en ésta, pero las dudas corroen mi alma —señaló López con gesto preocupado.

Durante los últimos meses, Urquiza se había entregado al intento de emprender la organización constitucional del territorio. Pese a todo, quería restablecer la vigencia del Pacto Federal. En abril, los representantes de Buenos Aires, Corrientes, Entre

Ríos y Santa Fe habían firmado el Protocolo de Palermo, que restablecía la vigencia del Pacto y delegaba en Urquiza el manejo de las Relaciones Exteriores, al tiempo que le encomendaba una pronta reunión del Congreso Constituyente. En esa convocatoria, Urquiza había invitado a los gobernadores de todas las provincias al encuentro en San Nicolás de los Arroyos.

Las deliberaciones se habían iniciado tres días atrás, en la casa del juez de paz don Pedro Alurralde. El acto había sido abierto por don Vicente Fidel López, hijo del gobernador de Buenos Aires y ministro de Instrucción Pública.

—Lo bien que hace en seguir a un entusiasta, don Vicente. No crea que me he vuelto sordo y ciego. He visto y oído mucho más de lo que he querido, pero al fin y al cabo tenemos el documento firmado —y blandió el tratado que tenía en su poder.

López asintió y dejó que su mirada se perdiera a través de las cortinas de la ventanilla. No había sido fácil conciliar entre todos. Algunos puntos del Acuerdo de San Nicolás le ponían los pelos de punta a más de uno. El desembarco de Justo José de Urquiza luego de Caseros, en vez de aplacar algunas iras, había avivado el fuego de las desavenencias.

—¿Qué le pasa, don Vicente, que está tan callado?

—No puedo mentirle, don Justo José, me preocupan algunos puntos de lo pactado. Algunos no han podido disimular el rechazo que les provocó. Y usted sabe bien de lo que hablo.

—Claro que lo sé —Urquiza buscó con paciencia en el documento y se dispuso a leer con autoridad—. Los que se han revuelto en la silla con el punto 5, escuchen: «Siendo todas las provincias iguales en derechos como miembros de la Nación, queda establecido que el Congreso Constituyente se formará con dos diputados por cada provincia».

Urquiza rió con ganas y espió hacia afuera del carruaje. Los soldados cabalgaban erguidos y atentos a ambos lados. Las órdenes estaban para cumplirlas.

—Y sí, don Justo José, Buenos Aires no queda demasiado conforme con esta afirmación. No hace falta advertirlo.

—Tampoco les ha gustado que el sitio elegido para la convocatoria del Congreso haya sido Santa Fe —agregó Urquiza, provocador—. Pero lo que menos les ha agradado de todo es que se me haya nombrado Encargado de las Relaciones Exteriores para representar la Soberanía y conservar la indivisibilidad nacional, mantener la paz interior, asegurar las fronteras, defender la República de cualquier pretensión extranjera y velar sobre el exacto cumplimiento del presente acuerdo. Y, como si fuera poco, también Director Provisorio de la Confederación Argentina. Me han entregado el mando efectivo de todas las fuerzas militares de cada provincia. Les ha valido la confianza que tienen en mí.

López volvió a asentir, casi entregado al discurso efervescente de su compañero de viaje. El bamboleo del carro los transportaba a otro mundo, a otra realidad. En unos días llegarían a Buenos Aires y López sabía que la sensación de triunfo que

traían luego de la firma se desarmaría en el acto. En muy poco tiempo, tras la batalla de Caseros, se habían conformado dos bandos políticos muy nítidos. Como si fuera inevitable, volvía a confirmarse el mecanismo de los enemigos íntimos. En un principio, todos habían cinchado hacia el mismo lado pero, pasadas algunas semanas, el muro había empezado a agrietarse hasta partirse en dos. La Legislatura, a pesar de haberlo elegido como gobernador, pronto dio indicios de desprecio hacia la autoridad de López.

Sólo había transcurrido un día de la firma y Buenos Aires aún no conocía la novedad. En dos semanas llegarían a destino. Urquiza descendería en Palermo y López y Planes seguiría hasta la Casa de Gobierno.

## CAPÍTULO VI

A mediados de agosto, los Rosas se habían mudado a una amplia casa en Carlton Crescent. Rockstone House era un lindo edificio de estilo Regencia, de tres plantas con balcones, provisto de cochera, establo y jardines de paseo. El vecindario era tranquilo y los habitantes de las casas cercanas miraban al extranjero con curiosidad. La familia Lawe, que vivía en la casa de enfrente, saludaba a Rosas con diplomacia, creyéndolo un general español desterrado por asuntos de alta política. Otros, en cambio, habían averiguado hasta el último detalle de la historia del nuevo vecino. Algunos preferían verlo como un hombre pintoresco, pero también estaban aquellos que lo señalaban como el dueño de la «casa sangrienta». Rosas hacía oídos sordos a unos y a otros, y respondía a sus saludos con discretas reverencias.

Los domingos iban a misa a la capilla de St. Joseph. A medida que fueron pasando las semanas, empezaron a tomar confianza y avanzaron hasta ocupar los bancos de las primeras filas. El sacerdote los había recibido con entusiasmo y Rosas, de tanto en tanto, abonaba el cofre de la limosna. Los demás días de la semana transcurrían sin mayor sobresalto. Juan y Mercedes, que ya habían regresado de París, hacían sus cosas por su lado, y Juan Manuel y Manuelita, juntos o por separado, las suyas. Máximo visitaba a diario la casa e intentaba no provocar la ira del padre de su novia. Cada vez que podía, ella pasaba a buscarlo por el hotel y se perdían en caminatas interminables.

Una tarde, padre e hija se aprestaban a salir juntos. Manuelita debía hacer algunas compras para luego encontrarse con Máximo, y Juan Manuel haría una parada en el pub *Red Lion*, donde ya se había hecho de algunos amigos entre los parroquianos.

Un viento helado que llegaba del mar los obligó a cubrir sus cuellos y sus orejas. El frío era intenso pero eso no cancelaría la salida programada.

—Qué alegría, Tatita, que doña Pepita nos haya anunciado su idea de visitarnos pronto. Cuán nobles sentimientos demuestran algunos, ¿no es cierto? —dijo Manuelita, tomada del brazo de su padre.

—Siempre ha mostrado ser una mujer fuera de serie. Ojalá logre venir cuanto antes. Llevo papel y pluma al *Red Lion*, así le escribo una carta de invitación. —Juan Manuel se sentía de excelente humor.

—Gran idea, Tatita. Quiero que vea con sus propios ojos esta ciudad tan bonita y que pruebe la comida —Manuelita abrió los ojos enormes—. ¡No puede ser más exquisita!

—Me haces reír, niña. Tienes razón, debemos estar agradecidos por todo lo que hemos recibido. Al Gobierno de Su Majestad Británica, a la Compañía de Paquetes, a *sir Thomas Herbert*.

—Pero Tatita, ¿por qué trae al comodoro a la conversación? Hace siglos que no sabemos nada de él —dijo la joven. Se preguntaba con intriga cuál habría sido el

derrotero del responsable del levantamiento del bloqueo inglés de 1846.

—Un gran caballero, mi querida. Merece todos los honores.

—Es verdad. Cuántos amigos verdaderos hemos dejado en Buenos Aires, Tatita. Le respondí, los otros días, una extensa carta a Petronita. Me reclama un retrato de mi persona, que le enviaré apenas pueda hacérmelo. Gore me escribió que la visita a menudo, y me ha dado el placer de decirme lo buena y fiel que es conmigo.

—Algunos buenos quedan, niña, y es en los únicos que podemos confiar. El resto es mejor perderlos —aseveró Juan Manuel y frunció el ceño.

—Bueno, hemos llegado a su *pub*, Tata. No se preocupe de más, no deje que le vengan malos pensamientos a la cabeza. Aquí lo dejo, envíele mis saludos a Pepa y a Pepita. Yo luego vuelvo a casa y ahí lo esperamos para comer con Juan y Mercedes. —Manuelita besó a su padre, esperó a que entrara y siguió camino hasta el hotel a paso vivo, para llegar más rápido y de paso contrarrestar el aire frío.

En la salita, al calor del fuego de la chimenea, Máximo leía el diario mientras aguardaba que lo vinieran a buscar. Apenas vio a Manuelita apartó los papeles y se incorporó de un salto. Los jóvenes novios se estrecharon en un abrazo largo, como si hiciera tiempo que no se veían, y luego salieron y se perdieron por las callejuelas de Southampton. A veces improvisaban nuevos caminos y, de tanto en tanto, detenían la marcha y miraban alguna fachada que, por algún motivo inesperado, despertaba su interés. Sin proponérselo, llegaron hasta el puerto.

—Me gusta este sitio, Máximo. Aquí te vi cuando descendiste del barco. Además, me agrada perder la mirada en el horizonte —murmuró Manuelita mientras aferraba la mano de su amado.

—Por eso te he traído hasta aquí. Tengo algo para decirte, mi amor —Máximo la miró a los ojos.

—No me asustes, te lo ruego. No podría tolerar una mala noticia.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy el portador de malas nuevas?

—Te has puesto solemne, Máximo, y me vino a la memoria aquella tarde en Palermo cuando me anunciaste que partías a la batalla —La respiración de la joven se había agitado.

—No pienso hablarte de guerras, Manuelita. Te quiero preguntar si me aceptas como esposo. Quiero casarme contigo —dijo con semblante serio.

Manuelita ahogó un grito y una sonrisa ancha cubrió toda su cara. Sin decir una palabra, se le acercó, lo rodeó con sus brazos y apoyó la cara en el pecho de su prometido. Y ahí se quedó, entre risas y lágrimas.

—No quiero hacerte llorar, mujer. ¿Tan triste te pongo? —preguntó Máximo mientras le acariciaba los rizos negros.

La muchacha se despegó del cuerpo del hombre y se quedó mirándolo.

—Me haces más feliz que nadie en el mundo. Claro que me quiero casar contigo, Máximo.

—Pues vayamos ahora mismo a buscar a tu padre y le pido tu mano —dijo el novio con ansiedad repentina.

Una sombra cubrió el rostro de Manuelita. Tan sólo pensar que debía enfrentar a su padre, el estómago se le estrujó. Rosas le había pedido que ella permaneciera a su lado para siempre y Manuelita se lo había prometido, aunque todos sabían que su corazón tenía dueño.

—¿Qué pasa, Manuela? —preguntó Máximo, receloso.

—Es Tatita, Máximo, no quiero que sufra.

—Pero él te hace sufrir a ti, mi querida, ¿no entiendes? No puedes someter tu vida a los caprichos de tu padre.

—Entiendo, querido, pero Tatita está solo. Déjame que yo hable con él primero, lo convenceré.

—En octubre nos casamos, Manuelita. Con o sin su consentimiento.

Máximo habló con tal seguridad, que a Manuelita le resultó llamativo. Nunca lo había visto así, tan firme y decidido. Tomó aire y suspiró. No quería perder a ese hombre, era el amor de su vida. Pero nadie nunca podría tomar el lugar de su Tata.

\* \* \*

Hacía poco más de un mes que había nacido su bebé. El 13 de julio había empezado el trabajo de parto y, luego de varias horas, Marcelina había dado a luz al pequeño Hipólito. La habitación donde se había llevado a cabo el parto había oficiado casi de guarida. Adentro todo parecía en calma pero afuera no sucedía lo mismo. La ciudad volvía a estar convulsionada.

Marcelina había aseado al bebé y lo paseaba en brazos por el cuarto. Le susurraba cánticos al oído, acariciaba su espaldita mientras ensayaba una suerte de baile de paso corto, que calmaba cualquier posible berrinche. Un golpe suave sonó en la puerta y ella dio el visto bueno a la criada para que abriera. Era su padre, ansioso por ver a su nieto.

—¿Cómo anda ese gurí? —preguntó Alén, orgulloso de su abuelazgo—. Parece que éste se porta bien.

—Es buenito, tiene pocas rabietas, sólo cuando tiene hambre —Marcelina lo giró para mostrárselo mejor—. Además es precioso, ¿no es cierto?

Alén lo observó detenidamente mientras acercaba su mano arrugada a uno de los cachetes rosados y lo acariciaba con delicadeza.

—Claro, por algo es tu hijo. Habrase visto esos ojos claros como el cielo. Deben venir de algún ancestro del Yrigoyen perdido por ahí, ¿no? —preguntó Alén con ingenuidad.

El corazón de Marcelina se detuvo por unos segundos y hasta se olvidó de respirar. Miró hacia otro lado para esconder la ansiedad que dominaba su cuerpo y de inmediato recordó el instante en el que había visto la carita de su hijo por primera vez. Las cejas, los ojos, algo de su gesto le habían traído a la memoria la imagen de

Juan Manuel de Rosas. No vio el rostro de su marido; allí estaba, patente, el de Juan Manuel.

—Lo voy a acostar, está cansado —dijo para disimular su incomodidad y lo depositó en su cuna.

—Haces bien. Qué tranquilidad se respira en esta habitación, *m'hija*. Muy diferente de lo que sucede afuera de la casa —señaló Alén con aire preocupado.

—Salgo poco, gracias a Dios, y creo que mi marido prefiere no alarmarme, así que no estoy muy al tanto de lo que sucede.

—Pero *m'hija*, desde junio que andan como locos. El pueblo anda violentado y los señores de galera y bastón parecen aves de rapiña —La cara de Alén se desfiguró por el disgusto.

Con la noticia del Acuerdo de San Nicolás, las cosas en Buenos Aires se habían vuelto a poner tensas. La facción más encendida del unitarismo había expresado su rechazo terminante a varios puntos del documento. En la Sala de Representantes, el coronel Bartolomé Mitre había argumentado que el gobernador López y Planes no tenía la autorización pertinente para firmar el Acuerdo, y que las atribuciones asignadas a Urquiza como Director Provisorio eran, por empezar, dictatoriales. Sólo el diputado Francisco Pico y los ministros Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López —hijo del gobernador— habían defendido la firma y encendido la mecha para que la oposición alzara aún más la voz. Primero renunciaron los ministros y a las pocas horas lo hizo también el gobernador López y Planes. El anciano general Manuel Pinto fue nombrado para el puesto vacante. Urquiza, al enterarse en Palermo de los incidentes de Buenos Aires, había enviado una nota tajante a Pinto, en la que decía:

*Considero este estado de cosas completamente anárquico, y en esta persuasión me hallo completamente autorizado para llenar la primera de mis obligaciones, que es salvar a la Patria de la demagogia, después de haberla salvado de la tiranía.*

También había disuelto la Sala, asumido el Poder Ejecutivo, cerrado varios periódicos opositores y expulsado de su territorio a los dirigentes más enardecidos, entre ellos a Valentín Alsina —se la tenía jurada— y a Bartolomé Mitre, con quienes la tensión había sobrepasado los límites. También había repuesto a López en el gobierno, aunque sin plenos poderes. El Acuerdo se había aprobado al fin. El Gobernador había llamado a elecciones para elegir los dos diputados que concurrirían al Congreso de Santa Fe. Salvador María del Carril y Eduardo Lahitte habían sido los elegidos.

A fines de julio, Vicente López había renunciado definitivamente a la gobernación de Buenos Aires. Habían quedado en evidencia las fricciones entre él y

Urquiza luego de que éste diera la orden de que devolvieran los bienes confiscados a Rosas. Y no había quedado otra opción: Justo José de Urquiza asumía el gobierno.

—¿Y a ti qué te importa lo que digan esos caballeros? No te metas en líos, Tata. Te lo ruego, no compliques más las cosas —pidió Marcelina con ansiedad.

—No entiendes nada, *m'hijita*. O nos defendemos nosotros o morimos en la invisibilidad. Acá no le importamos a nadie. —Los ojos de Alén echaban chispas.

—Necesito que mis hijos crezcan a salvo, por favor.

—Y así crecerán, Marcelina. Para eso está tu marido, que no se mete en nada. De la casa al trabajo y del trabajo a casa —dijo Alén con un dejo de ironía en la voz.

La muchacha miró a su padre con lágrimas en los ojos. Le ganaba la impotencia. No sabía qué le ocurría, a veces no podía siquiera levantarse de la cama. Y cada vez que miraba al pequeño Hipólito era peor.

\* \* \*

Máximo aguardó un buen rato en la sala. Uno de los criados de Rockstone House lo había recibido en la puerta y pensó que rápidamente lo anunciaría. Pero los minutos pasaban y nadie venía a su encuentro. Había pasado un buen rato cuando Manuelita llegó de la calle y atravesó el vestíbulo con un suspiro como de tarea cumplida. Miró a su izquierda y allí, en la semipenumbra, vio a su prometido.

—Máximo, ¿qué haces aquí en soledad? ¿Hace mucho que esperas?

—Unos cuantos minutos, pero no importa. Esperaré lo que haga falta.

—No sabía que vendrías, por eso ocupé la mañana en otros asuntos —y se detuvo frente a la silla que ocupaba su prometido.

—Pues esta vez no vine a verte a ti, querida. He venido a ver a tu padre para pedirle tu mano —anunció el joven con una resolución serena.

Manuelita se quedó de una pieza. Le había prometido a Máximo que ella hablaría con su padre primero, pero no lo había hecho. Los días pasaban y nunca encontraba el momento ideal. En el fondo sabía que eran meras excusas, la verdad es que le resultaba muy difícil enfrentarlo. Y para peor, como si hubiera oído algo, su padre se había encargado de hacerle saber, una y otra vez, lo feliz que era con ella a su lado. Le parecía imposible anunciarle que lo dejaría por Máximo.

Un crujido de madera les anunció que alguien bajaba por la escalera. Manuelita entrecerró los ojos; no quería presenciar lo que vendría. Con paso lento se acercó Rosas y desde el umbral de la puerta miró a uno y a otro sin pestañear.

—Máximo, disculpa la demora, almorzaba alguna cosa —mintió y entró a la sala con las manos tomadas por detrás.

—No es nada, Juan Manuel. —Máximo esperó a que se sentara pero Rosas permaneció de pie, dando a entender que no disponía de mucho tiempo.

—Tatita, ¿quiere que le traiga algo para tomar?

—No hace falta, hija, escuchemos qué tiene el joven Terrero para decir —y sonrió como si disfrutara de la situación.

—Habría preferido que habláramos a solas, señor, como corresponde a las circunstancias. Pero visto y considerando que así lo prefiere, lo haré a su modo —replicó Máximo en el mismo tono firme que había usado en Palermo, cuando oficiaba de secretario personal del Gobernador.

Manuelita tomó una gran bocanada de aire. En silencio le pidió a Dios que le diera temple y se entregó a la suerte.

—Don Juan Manuel, es de su conocimiento que he venido hasta este país tras los pasos de Manuelita. Ahora vengo a pedirle la mano de su hija. Le prometo que voy a cuidar de ella como lo más precioso, nada le faltará. Estamos enamorados y esa es nuestra voluntad. —La cara de Máximo era una máscara incólume.

Manuelita sintió que se le aflojaban las rodillas y se dejó caer sobre el sillón.

—Pero miren ustedes, confabulando en mi contra sin que yo me enterara —dijo Rosas y los surcos de su frente se marcaron aún más.

—Tatita, nadie confabulaba contra usted, por favor no exagere —la voz de Manuelita era un hilo imperceptible.

Rosas clavó la mirada en su hija. La desconocía, jamás se había atrevido a tanto. ¿Contestarle así? Manuelita tenía treinta y cinco años, ya era una mujer. Tenía conciencia de eso, pero para él siempre sería su Niña. Se perdió en sus propias cavilaciones. Había arrastrado a su hija hasta allí, sabía que las comodidades no eran las mismas que habían disfrutado en Buenos Aires. Las arcas familiares se habían debilitado, los lujos eran imposibles de asegurar y él no estaba en condiciones de prometer ninguna mejora a corto plazo. No le pasaba lo mismo con su hijo Juan Bautista, que ya tenía su propia familia. De cualquier modo, su descendiente varón le importaba mucho menos. La luz de sus ojos era y siempre había sido su hija. Era su reina y ningún hombre la merecía. Ninguno estaba a su altura, ni siquiera Máximo, el hijo de su amigo querido. Pero las penurias económicas empezaban a preocuparlo. Tal vez no sería tan errado entregarla al joven Terrero... Era la única opción que le quedaba...

—¿Y bien? —lo apuró Juan Manuel.

La pareja lo miró si entender. Máximo ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—Me quiero casar con Máximo, Tatita —intervino Manuelita—. Lo quiero y él me quiere bien.

—Bien, pero pongo dos condiciones: la primera, que yo no asistiré a los desposorios. La segunda, que mi hija no seguirá viviendo en mi casa.

—Muchas gracias, Juan Manuel, me hace muy feliz. Empezaré a ocuparme ya mismo. Creo que llegaremos bien a octubre.

Rosas asintió imperceptiblemente con la cabeza a modo de despedida, dio media vuelta y se retiró de la sala. Máximo y Manuelita se miraron y permanecieron en silencio durante algunos segundos, sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

—¡Querido, lo hemos logrado! —susurró la joven y lo rodeó con sus brazos.

—Sí, pero las condiciones, Manuelita... —dijo inquieto, escudriñando el rostro de su amada.

—Es que no sería él si no estipulara sus cláusulas. Pues sí, me duele que no quiera verme en el día más feliz de mi vida, pero al menos ha prestado su consentimiento, Máximo. Lo de la vivienda lo resolveremos en cuanto podamos, lo importante es que estaremos juntos. ¿Crees que podremos casarnos en octubre? ¿Haremos a tiempo?

—Desde ya, déjalo en mis manos, yo me encargo de todo. —La sonrisa de Máximo ocupaba toda su cara—. Pero me habías dicho que te ocuparías de adelantarle algo a tu padre y por lo visto, nada. Lo tomó totalmente de sorpresa.

Rieron juntos y Manuela volvió a apretarse contra el cuerpo fuerte de su prometido. A pesar de los contratiempos, se sentía la mujer más feliz del mundo. Al fin se casaba, luego de tanta angustia y tanta incertidumbre, llegaba algo de paz a su vida. Los brazos de Máximo la protegerían de cualquier vacilación. Por primera vez en mucho tiempo las dudas desaparecían de su mente y veía un futuro promisorio.

\* \* \*

Una mañana otoñal, tocaron a la puerta de Rockstone House. Cuando el criado abrió, en el rellano había dos caballeros desconocidos cargados de valijas. Ante la duda, llamó a la hija de su patrón para que los recibiera. Manuelita lanzó un grito de júbilo al ver a su tío Lucio Norberto Mansilla y a su primo Lucio Victorio, ambos de punta en blanco.

—¡Pero qué alegría, mis queridos! Supe de ustedes por Máximo, me dijo que vendrían a visitarnos, pero nunca imaginé que sería tan pronto. Pasen, por favor —y los condujo al interior de la morada.

—Manuelita, se te ve estupenda, incluso mejor que en Buenos Aires, querida —dijo Lucio Norberto mientras la miraba de arriba abajo con aprobación. La joven lucía su habitual moño punzó sobre el vestido de seda color azul.

—¿Ya te has casado, primita? —preguntó Lucio Victorio con picardía.

—No todavía —dijo ella, y lanzó una carcajada—. Pero no falta demasiado. Podrían quedarse para la boda, ¿qué les parece?

—Nos vamos mañana, una pena. Las obligaciones nos reclaman en la Patria.

Manuelita corrió escaleras arriba en busca de su padre. Estaba exultante con la presencia de parte de su familia en casa. Pocos minutos después volvió a bajar, esta vez en compañía de Rosas, que lucía su chaleco colorado. Los caballeros se fundieron en un abrazo prolongado.

—¡Qué suerte tengo, dos de los Mansilla visitan mi casa! —dijo Juan Manuel y llamó al criado para que llevara el equipaje a una de las habitaciones de la primera planta.

—Qué gracioso verte con tu chaleco de siempre, Juan Manuel. Y tú, mi querida, mírate con el parche colorado. No hace falta tanto —dijo Lucio Norberto.

—No me lo sacaré hasta que no me lo manden, tío —respondió Manuelita—. Pero almorcemos todos juntos, le pediré a uno de los criados que le avise a Máximo que nos acompañe.

Juan y Mercedes bajaron al escuchar las voces de algarabía y los abrazos se repitieron. Conversaron amenamente y se pusieron al día con las novedades. Los Mansilla relataron su viaje por Lisboa y París; los Rosas dieron cuenta de su propia travesía. Al mediodía llegó Máximo y el intercambio de noticias volvió a comenzar. Pronto llamaron a sentarse a la mesa y la familia se reunió en torno de una olla humeante de sopa de pescado. Rosas terminó primero de comer y se retiró.

—Termina de una vez, primito, y ve a entretener a Tatita —le dijo Manuelita a Lucio Victorio.

El joven apuró el último bocado y salió en busca de su tío. Rosas estaba sentado en el sofá de una salita íntima con vista al jardín. Lucio se acomodó en una poltrona y permanecieron un instante en silencio.

—¿En qué piensa, sobrino? —preguntó Rosas de repente.

—En nada, señor.

—Eso no es cierto, estaba pensando en algo.

—¡No, señor; si no pensaba en nada!

—Bueno, si no pensaba en nada cuando le hablé, ahora ya está pensando.

—¡Pero tío!

—Si adivino, ¿me va a decir la verdad? —Rosas lo escrutó, como si leyera su rostro y el muchacho asintió—. ¿A que estaba pensando en aquellos platitos de arroz con leche que le hice comer en Palermo, pocos días antes de que el Loco llegara a Buenos Aires?

El Loco no era otro que Urquiza; así lo llamaban varios, además de «traidor salvaje unitario». Rosas continuó. El hijo de Mansilla no emitía sonido.

—¿A que cuando llegó a su casa a deshoras, su padre —y señaló hacia el comedor— le dijo a Agustinita: «¿No te digo que tu hermano está loco?»

—Es cierto, tío —respondió Lucio Victorio con una sonrisa.

Rosas largó una carcajada burlona. Su sobrino se quedó mirándolo con asombro. Le resultaba inconcebible la capacidad de Rosas para penetrar en el interior de las personas. Su tío era un misterio para él.

## CAPÍTULO VII

Un sol radiante atemperaba un poco el frío mediodía de ese 23 de octubre. Sin embargo, en el interior de la iglesia de Saint Joseph la gélida temperatura se hacía sentir. Manuela Rosas atravesó la nave central del brazo de Máximo Terrero, vestida de raso blanco, con un largo velo de encaje, sin tiara pero con los aretes cortos de perla y rubí que había heredado de su madre. El novio lucía elegante y austero, de saco y pantalón negros, camisa blanca de almidón, corbatín gris y faja morada.

Con el paso lento de las novias en el día de su boda, Manuela caminó hasta el atrio. Sin embargo, esta novia no sonreía. Era el día más feliz de su vida pero su padre no estaba allí con ella. Tampoco sus amigos de Buenos Aires con los que había compartido los buenos tiempos en Palermo de San Benito, ni la prolífera familia a la que tanto quería. Los únicos presentes en la celebración eran su hermano Juan Bautista y su cuñada Mercedes.

Atravesó la nave principal y con un movimiento de cabeza imperceptible miró a su hermano. Tantos años habían pasado pero el recuerdo permanecía vivo dentro de ella. Los juegos en Los Cerrillos, junto a Pedro Pablo, quien hasta pasados los veinte años había sido un hermano más. Trepar a los árboles como animales salvajes, vivir rodeados de pistolones en vez de juguetes propios de niños... El vínculo entre ellos se había hecho irrompible. Los tres de la mano, corriendo como locos por el parque de la quinta, sin una madre o un padre que detuviera la mirada en ellos siquiera por un instante. Aunque Manuelita no podía quejarse: ella había sido la única destinataria de los ojos de hielo de Juan Manuel de Rosas. Su padre, en un ritual completamente extraño, la había tomado como depósito de su amor más profundo, la había cuidado como no lo había hecho con nadie nunca. Con Encarnación, su madre, la relación había sido otra: puro fuego, complicidad y sangre. Durante treinta y seis años había cumplido al dedillo el mandato tácito de la hija perfecta. Ahora todo era diferente.

El párroco dio su largo sermón mientras Máximo escuchaba con detenimiento. Manuelita, en cambio, no podía prestarle atención. Los recuerdos llegaban en tropel y sin que se lo propusiera, interferían en su concentración. Que su padre no hubiera querido verla con el vestido de novia le partía el corazón. La decisión de su padre era un arma cargada contra ella. Así lo sentía.

Miró hacia arriba y se perdió en la cúpula neogótica deslumbrante de la parroquia. Pensó en su madre y se preguntó si hubiera aceptado al hombre que ella había elegido para desposarse. Suponía que sí, pero con Encarnación nunca se sabía. Era imprevisible. Había que ver si Terrero estaba en el grupo de los aceptados o de los siniestros. Habían pasado catorce años de su muerte horrenda y no había día en que no pensara en ella, a pesar de que nunca había sido una madre dedicada. Manuelita imploraba por su amor. Habría dado todo para que Encarnación la

abrazara, que la entendiera sin preguntar, que la consolara cuando ella soltaba unas lágrimas, que la previniera de todos los males.

El párroco terminó la ceremonia y los declaró solemnemente marido y mujer. Máximo y Manuela giraron sobre sus pasos y volvieron a recorrer el camino que los había traído hasta ahí. Ya en Bruge Street, Manuelita y su hermano se fundieron en un abrazo. La emoción del momento pero también los recuerdos y ese presente de desterrados los hicieron sentir más unidos que nunca.

—¡Que vivan los novios! —gritó Mercedes y felicitó con un beso a su flamante cuñado.

—Gracias, Mecha —respondió Máximo, discreto como siempre pero con una sonrisa de felicidad indisimulable.

Subieron los cuatro al carruaje que los aguardaba en la puerta y enfilaron hacia la casa. Allí los esperaban los criados con las copas listas para el brindis. Manuela descendió recogiendo la cola del vestido y subió la escalinata. Entraron y el salón estaba deshabitado, aunque no lucía como siempre. Sobre la mesa de arrimo descansaba un pergamino sujeto con una cinta punzó. Manuelita se acercó y lo tomó.

—Es el presente de su padre, *Mrs. Manuela* —dijo una de las criadas.

Desató la cinta y ante sus ojos se desplegó el árbol genealógico de la familia. Su padre le hacía un regalo al fin y al cabo, aunque un poco extraño...

—Vamos, Manuelita, ven a brindar —la llamó su hermano para sacarla del ensimismamiento.

Brindaron los cuatro y tras la orden, el criado dilecto de Rosas fue en búsqueda del equipaje de la señora. No pasó mucho tiempo antes de que la flamante pareja subiera al carruaje y se retirara rumbo al hotel donde residía Máximo.

—No estés triste, mi querida —le dijo éste y le tomó la mano.

—Juro que soy feliz, Máximo. Te prometo amor eterno, dedicación y entrega, mi vida —y la voz de Manuelita se quebró.

Subieron al primer piso, a la habitación. En silencio, cerraron la puerta detrás de ellos. Máximo la tomó de los hombros y se quedó mirándola a los ojos. Manuelita respiró con intranquilidad. Sentía miedo y desesperación ante el hombre adorado. Con cuidado, Máximo comenzó a desabrochar la interminable fila de botoncitos de nácar que adornaban la espalda del vestido de la novia. Manuelita no pudo aquietar el jadeo.

\* \* \*

Rosas recibía visitas con asiduidad. Por la sala de Rockstone House desfilaban hombres y mujeres que disfrutaban de su compañía y su conversación.

A fines de octubre, los hijos de Nicolás Anchorena, los jóvenes Nicolás Hugo y Juan Nepomuceno, llegaron a Southampton provenientes de Buenos Aires para encontrarse con el amigo de la juventud de su padre, además de primo, y también para llevarle noticias.

Era una tarde fría de otoño. Juan Manuel se calentaba con el poncho de los Colorados del Monte, su abrigo favorito a pesar de los años transcurridos desde aquellos tiempos de gresca constante. Los hermanos, sentados cada uno en su silloncito de terciopelo, flanqueaban el sitio del tío, quien de tanto en tanto vertía el té inglés en su taza de porcelana.

—Lo veo y no lo creo, Juan Manuel. ¡Usted abandonando el mate por este brebaje inglés! —dijo Nicolás con tono de chanza.

—Pues créalo, jovencito. Nos hemos adaptado de lo más bien a esta tierra. Ha sido mucho lo que he dejado de lado —respondió Rosas—. No les haría mal tomarse uno a ustedes también.

Los Anchorena aceptaron y disfrutaron de la combinación de hebras preparada especialmente para el patriarca.

—¿Y cómo está mi primo? —preguntó Rosas con la mirada perdida en la taza.

—Muy bien, pensando siempre en usted, como corresponde —respondió Nicolás, siempre rápido.

—¿Ah, sí? —Rosas levantó la vista del té y la clavó sobre el joven como una daga.

—Pues claro, de qué otro modo podría ser.

—Del que es.

El tono de Rosas empezó a inquietar a los dos hermanos. Como quien no quiere la cosa, Juan le pidió que le sirviera un poco más de té.

—A ver, acérqueme la taza para que se la llene —dijo Rosas y apoyó la tetera sobre la carpeta—. ¿Será que creen que me morí? ¿Que no me entero de los sucesos de vuestro continente? *M'hijos*, recibo correspondencia de por allá, además de los invitados a los que convidó. Y no sólo con té, por cierto. Como es sabido, el alcohol afloja las lenguas.

Los Anchorena empalidecieron aún más. No existía persona en Buenos Aires que desconociera las pocas pulgas del gobernador caído y su habitual humor burlón.

—Que yo no pise suelo porteño desde el 3 de febrero no quiere decir que no sepa quiénes me han traicionado y quiénes me han sido fieles. Tengo entendido que ese padre de ustedes dejó pasar unas horas y se fue derecho a rendirle pleitesía a Justo José —Los ojos de Juan Manuel eran dos piedras heladas—. Y no contento con la primera traición, me ha llegado la noticia de que anduvo apoyando a la revolución del 11 de septiembre. ¡Había sido traicionero Nicolás!

Desde el 26 de julio de 1852, Urquiza había asumido el mando tras la renuncia del gobernador López y Planes. Hasta el día del golpe, los meses habían transcurrido en una tensa calma. Mientras algunos exiliados pegaban la vuelta, otros miraban con mala cara la intervención del entrerriano. Llegó el mes de septiembre y Urquiza entregó el poder político al líder de las fuerzas entrerrianas y correntinas en la ciudad, el general José Miguel Galán, abonando la furia de los jefes de las tropas de Corrientes, los generales Juan Madariaga y José María Pirán, que resentían el

favoritismo de Urquiza hacia su provincia. En ese estado de cosas partió el entrerriano a Santa Fe para inaugurar las sesiones del tan esperado Congreso Constituyente.

En la madrugada del 11 de septiembre, las tropas correntinas de Galán y una gran parte de las fuerzas militares de la ciudad se presentaron en la Plaza de Mayo dirigidas por el general José María Pirán. Las campanadas del Cabildo anunciaron la revuelta. Cerca del mediodía se reunía nuevamente la Sala de Representantes — disuelta por Urquiza— y elegían al general Pinto como gobernador interino. A la velocidad del rayo nombraban ministro de Gobierno a Valentín Alsina, y de Guerra a José María Pirán. Los unitarios volvían al poder.

—Tiene que entenderlo a mi padre, don Juan Manuel. No es fácil subsistir en Buenos Aires. A veces la impostura es el único remedio —se excusó Nicolás.

Un criado interrumpió la conversación y avanzó hacia su patrón. Sobre una pequeña bandeja de plata traía una carta. Rosas la tomó y la leyó de un tirón. Esbozó una mueca parecida a una sonrisa y volvió a doblarla.

—¿Buenas nuevas, Juan Manuel? —preguntó Juan.

—Eso parece, mis amigos. Me escribe Juan Nepomuceno desde Buenos Aires; no usted, mi querido. Hablo de Terrero. Me cuenta que parece que me devuelven las propiedades confiscadas.

—Pero qué alegría, Juan Manuel. Se ha hecho justicia —exclamó Nicolás, entusiasmado de verdad.

—No sé si estoy contento con el desembargo de mis propiedades. Ya me había hecho la idea de ocuparme comozanjeador o en algún otro trabajo —dijo Rosas con desinterés.

Los Anchorena lo miraron azorados, les resultaba increíble imaginar a Juan Manuel en tareas tan alejadas a las que los tenía acostumbrados. Por otro lado, desconocían una buena parte de lo que había sucedido con lo que había quedado abandonado en Buenos Aires. Antes del levantamiento del 11 de septiembre, Juan Nepomuceno Terrero había alcanzado a cobrarle una buena suma por los arrendamientos de campos en el Rosario y en Chacabuco, y otros 20 mil pesos por la venta de cueros, hecha con anterioridad. Cada vez que su ex socio y ahora consuegro se hacía de sumas de dinero, se las enviaba a Inglaterra. A Rosas le gustaba jugar al desposeído, aunque las preocupaciones lo punzaban sin tregua. No le gustaba disponer de poco dinero, toda la vida había estado acostumbrado a manejarse sin fijarse en gastos.

—¿Y Manuelita? —preguntó Nicolás.

—Se ha casado con Máximo Terrero. Otra traición —respondió en un tono casi inaudible.

—Pero, ¿no es una buena noticia, Juan Manuel? —insistió Nicolás.

—Mi hija no debería haberse casado con Máximo, el cariño que le tiene es el de un hermano. Yo he girado todos mis intereses en ese sentido, esto me ha perjudicado

mucho. Me ha hecho un mal grande, y si yo he hecho el sacrificio de no casarme, ha sido por ella. Yo debería haberme casado hace doce años y no lo he hecho. Todo por ella, todo por Manuelita, que así me pagó —masculló con rencor.

\* \* \*

Manuelita abrió sus ojos más grandes que nunca. No daba crédito a lo que veía. Ella y su flamante esposo habían desembarcado en la ciudad de Londres. Se llevaban a cabo los funerales del duque de Wellington y Máximo le había pedido que lo acompañara a hacerle los honores. Además de estar ansiosa por participar de semejante acontecimiento, Manuelita estaba excitada por conocer, al fin, aquella ciudad imponente y, tal vez, lograr el reencuentro con algunos queridos amigos que hacía tanto que no veía.

La ciudad estaba revolucionada por los preparativos para el funeral. Arthur Wellesley, duque de Wellington y héroe nacional británico por haber derrotado a Napoleón Bonaparte en la Batalla de Waterloo, había muerto a los noventa y tres años. La corona inglesa lo despedía con todos los honores en un gran funeral sólo concedido a reyes y reinas.

Los Terrero atravesaron las calles de la ciudad entre el tumulto. Estaban atestadas por procesiones interminables de guardias de honor, curiosos ávidos por participar, madres con niños... Nadie quería quedar afuera del acontecimiento más importante en años.

—Mira, querido. ¡Esto es increíble! —dijo Manuelita mientras desplegabla el periódico *The Times*—. Hay ofertas de todo tipo; una dice que tiene un sitio con vistas de primera clase para quince personas, y también camas limpias y un cuarto de estar, a precios razonables.

—No es lo que nosotros necesitamos —sonrió Máximo—. Nuestro hospedaje está muy bien, ¿no es cierto?

Los avisos ocupaban la página entera del diario, donde se ofrecía desde el alquiler de sillas y ventanas en la parte mejor del Strand, a pocas puertas de la casa de Banca Coutts; ventanas de primer piso, 8 libras cada una; de tercer piso, 3 libras y 10 chelines cada una; dos escaparates de tienda, 7 libras cada uno. También ponían en oferta en Cockspur Street, en Charing Cross, «sin disputa el sitio mejor de todo el trayecto. Quedan algunos asientos libres, que se ofrecerán a precios razonables. Hay que darse prisa, porque se están vendiendo rápidamente. Hay también algunos lugares sobre el tejado. Vistas excelentes».

Manuelita se tomó con fuerza del brazo de su marido y se dejó llevar entre la marea humana. Caminaban rumbo a la catedral St. Paul, donde se llevaría a cabo el responso y se guardarían los restos del vencedor de Napoléon. Una infinidad de puestos callejeros que ofrecían toda clase de víveres y mercancías complicaban el trayecto. Manuelita no podía dejar de mirar a su alrededor y de tanto en tanto lograba detener la marcha de su marido para intercambiar unas palabras con los vendedores.

A pesar de las protestas de Máximo, la dama se había dejado tentar por unos bizcochos de limón y vino valuados en un chelín.

—¡Mira, querido! —exclamó por centésima vez—. Ahí hay un caballero que ofrece autógrafos y cartas del Duque. ¡Déjame ver!

—Manuela, sigamos, por favor. Llegaremos tarde al oficio. Nos han reservado dos sitios especiales, difícilísimos de conseguir, y tú prefieres dejarte distraer por un par de embaucadores de pacotilla. Vamos, mujer.

—Pero ¿por qué dices eso, Máximo? El hombre asegura que un sacerdote tiene en su poder dos cartas con sus sobres que le dirigió el difunto duque, que constituyen un testimonio del alcance de la caridad privada de su excelencia. Es palabra de párroco, querido —insistió Manuelita mientras tironeaba del brazo de su marido.

—No puedo entender cómo eres tan crédula. —Máximo empezaba a exasperarse.

A los pocos pasos, Manuelita volvió a ahogar un grito. Cerca del puesto de las cartas, circulaba un joven vestido de punta en blanco que decía ser el hijo del peluquero del duque y portador de la cabellera entera que su padre había tenido el honor de cortarle. Como en una feria gigante a cielo abierto, la oferta y la demanda se multiplicaban a medida que se acercaban al sitio del oficio religioso.

Por fin la joven pareja llegó a la catedral y ocupó los asientos que les habían destinado como representantes de un país amigo. Vestida íntegramente de negro, al igual que su marido y la mayoría de los presentes, Manuelita miraba a todos lados con asombro. Curiosa, la dama detuvo la mirada en cada una de las mujeres que llenaban la gran nave de la catedral. Las inglesas elegantes se vestían por los figurines franceses y la moda no se diferenciaba demasiado de la que traía Manuela desde Buenos Aires, salvo por la colilla de las faldas, que era redonda y un poco más corta.

Excepto por la Reina Victoria, quien no había asistido al oficio, Manuelita pudo conocer a todos los personajes más notables de la nobleza británica. La pareja saludó con reverencia a un sinnúmero de personalidades y con algunos trabaron una conversación un poco más extensa. A la mención de su origen, varios reconocían en ella una suerte de princesa exótica del Sur. El sonido de unas fanfarrias anunció el inicio del rito fúnebre. El féretro había viajado en una cureña<sup>[12]</sup> desde la estación de Waterloo hasta la Catedral y allí había sido subido por la escalinata por oficiales de la Guardia de Granaderos. Manuelita giró la cabeza hacia el inmenso portón de entrada, que se abrió de par en par para dar paso al féretro cubierto por la bandera y escoltado por los soldados de la Corona en sus coloridos uniformes. No pudo evitar la emoción. Buscó en el bolsillo de su falda y sacó el pañuelo que había puesto allí adrede, consciente de su facilidad para las lágrimas. Con suavidad se lo apoyó sobre el borde exterior de cada ojo y lo abandonó sobre el regazo. Máximo, distraído y luego de observar el ritual, detuvo la mirada en el pañuelo de su mujer y vio algo que le llamó la atención.

—¿Qué dice ese bordado, Manuela? —le susurró al oído.

Ella lo miró, como si no comprendiera a qué se refería. Entonces entendió todo. El pañuelo, de batista blanca con bordados de mínimas flores de ceibo y estrellas coloradas que se entrelazaban en forma de guirnalda, tenía, oculta a medias entre las flores, una inscripción en letras de hilo de oro que decía: «A doña Manuelita, hermana, amiga y dueña». La firma se escondía bajo una misteriosa «C».

—Ah, esto... Nada importante, es un regalo que me hizo Lord Howden hace varios años —respondió Manuelita con el rostro iluminado por una sonrisa.

—¿Dueña? ¿Te llama dueña?

—Ya sabes cómo era el inglés, querido.

John Caradoc, Lord Howden, barón de Irlanda y par de Inglaterra, había sido uno de los enviados de Su Majestad para mediar en los turbulentos tiempos del bloqueo anglo-francés en Buenos Aires. También había sido uno de los tantos habitués de las tertulias en lo de Rosas que había intentado seducir a la hija del Gobernador.

—No, la verdad es que no tengo la menor idea —respondió Máximo con fastidio.

Manuelita se echó un poco hacia atrás y miró a su marido, incrédula. Jamás lo había visto así de celoso. Siempre había sido discreto y contenido, la vehemencia era un atributo que no le conocía. Le tomó la mano y se la apretó.

—Te desconozco, mi amor. Jamás te has mostrado celoso, y menos de estos caballeros sin importancia —dijo en voz muy baja.

La ceremonia continuaba su marcha. La infinidad de invitados seguía cada movimiento del féretro sin perder detalle, como si fuera parte de un espectáculo imponente.

—¿Y quién dijo que son celos? —preguntó Máximo frunciendo el entrecejo.

—Esos ojos, ese tono de voz, esa impostura —respondió Manuela en tono de broma, para quitarle gravedad al desplante de su marido—. Como si no conocieras de memoria lo que sucedía en mi casa durante aquellos años. Como si descubrieras, en este momento, que recibí a decenas de caballeros en Palermo y con un tacto y una precisión únicos, me los quitaba de encima. ¡Sí, claro que he aceptado regalos! Pero que no ha sido más que eso.

Máximo se quedó mirándola. Esa mezcla de mujer decidida con niña en el más completo desamparo, lo desarmó de inmediato. Era más fuerte que él. Manuelita hacía con él lo que quería.

La pareja permaneció ocho días en Londres. A pesar de un clima frío y lluvioso, visitaron todos los sitios de interés que pudieron. Incluso tuvieron tiempo para hacer visitas sociales. Fueron invitados a las casas de algunos amigos ingleses del pasado, que los atendieron obsequiosamente y a quienes Manuelita agradeció con énfasis. El reencuentro con aquellas amistades la había retrotraído a otros tiempos, a otra realidad. Los convidaron a varias comidas junto a personalidades distinguidas de la sociedad inglesa, y disfrutaron de los museos de arte más notables de la ciudad. Manuelita estaba conmovida ante la variedad y la grandiosidad de aquella ciudad. La admiración la había tomado entera, pero por momentos había sentido un agujero en

las entrañas. Pensar en su querido Tatita, que no gozaba junto a ella, le provocaba una melancolía infinita.

## CAPÍTULO VIII

Petronita Villegas llegó puntual a la cita en casa de Josefa Gómez. Cada tanto se reunían para compartir las noticias que recibían desde Inglaterra. La primera traía nuevas de Manuelita y la dueña de casa sumaba novedades de Rosas, con quien se carteaba a menudo.

La joven criada le abrió la puerta y la condujo hasta la sala. Allí la esperaba doña Josefa, con una bandeja llena de pastelitos caseros y una pava con agua caliente para el mate.

—Mi querida amiga, cuánto tiempo ha pasado sin verte. No es bueno que nos desatendamos de ese modo, Petronita. Ven, ponte cómoda —la invitó Josefa.

—Gracias por el convite, Pepa, tienes razón. Parece como si hubieran pasado siglos —se acercó y la besó en las dos mejillas—. ¿Cómo se encuentra el señor Elortondo?

Josefa vivía en la calle Defensa, en la casa del presbítero. Hacía unos años que el hombre la había contratado para que ocupara el lugar de ama de llaves, pero el asunto había terminado en una relación bastante más íntima. Tampoco vivían solos. Josefa, o Pepa como la llamaban todos, se había hecho cargo de Pepita, una sobrina que había quedado huérfana y para la cual oficiaba de madre.

—Bien de salud, gracias a Dios. En este momento no se encuentra en la casa, así que disponemos de todo el tiempo que nos venga en gana —dijo Pepa satisfecha y le ofreció un pastelito de membrillo—. Han pasado siglos. La última vez que nos vimos fue el año pasado, muchachita.

Pepa era más de diez años mayor que Petronita, pero habían entablado una amistad que ignoraba esa diferencia. Y la partida de los Rosas al exilio la había afianzado aún más. Nada les gustaba tanto como intercambiar las novedades que les llegaban desde el otro lado del océano.

—Larguemos, entonces —anunció Petronita con algarabía—. Creo que no hemos comentado las dos últimas cartas que recibí, de noviembre y de diciembre últimos. Supongo que ya estarás enterada de algunas cosas.

—De la boda, desde ya. ¡Qué felicidad para nuestra querida Manuelita! Al fin se ha casado con ese hombre repleto de bondad. Se lo merecía.

—¿Y supiste que estuvo una semana en Londres? Qué afortunada. Me contó que recorrió la ciudad de cabo a rabo, que fue la reina de las fiestas y que se encontró con algunas viejas amistades.

—Sí, claro, supe de aquello. Lo que me tiene más que contenta es que el estado de salud de Juan Manuel es soberbio. También me ha contado Manuelita que está tranquilo. Sobre todo con el tema de la desconfiscación de sus bienes. Terrero me tiene al tanto de todo y yo les mando la información que recibo por correspondencia.

—Le he pedido a Manuelita que me mande un retrato suyo. Quiero tenerla cerca de alguna manera, ¿no te parece, Pepa? Me lo ha prometido, pero no encuentra quién se lo haga. Imagínate, tan acostumbrada aquí a que la retraten y en Inglaterra, no consigue uno. —Las mujeres rieron, cómplices.

—Ya lo concretaré. Manuelita siempre logra lo que quiere, a la corta o a la larga —sentenció Pepa.

—¿Sabes que hemos recibido algunas veces en casa al señor Gore? Siempre tan gentil, un auténtico caballero. Él también me ha confiado algunas cosas de por allá. Tiene contacto directo con el gobierno inglés, de más está decirlo —susurró Petronita, como si estuviera contándole un secreto que no debía escuchar nadie.

—Qué gran hombre Gore, realmente. Cómo ha colaborado con todos nosotros. Es un amigo fiel, de los que casi no quedan. Mándale mis recuerdos cuando lo vuelvas a ver. Y convídalo para la próxima —dijo Pepa y desplegó el abanico. Los calores del verano le resultaban insoportables—. Dime, niña, ¿cómo está tu familia, que no te he preguntado nada?

—Mis hermanas Carmen y Angelita están muy bien, gracias. Mamita, en cambio, está algo preocupada últimamente. Ya sabes, la salud de mi hermano Emilio, siempre tan endeble... Lo hemos enviado a Francia, a ver si el cambio de clima le resulta favorable. Esperemos que mejore, pero mamita sufre demasiado.

—¡Y como para no! Un hijo querido, tan lejos y enfermo... Pero ya verán, el muchacho se repondrá y regresará como nuevo —Pepa intentaba apaciguar la inquietud ostensible de su amiga.

El rostro de Petronita se había ensombrecido. Bebió de un trago el resto de té que le quedaba en la taza y perdió la mirada en la nada.

—¿Pasa algo, querida?

—Me ha sucedido algo feo en la calle, mientras venía hacia aquí. Lo recordé en este instante y no sé muy bien por qué —dijo—. Cruzaba la plaza para venir hasta la casa, cuando sentí un griterío. Una ronda de personas rodeaba a alguien. No entendía qué pasaba, entonces me acerqué un poco. En el medio, como un animal embravecido, estaba Juanita Sosa. ¿La recuerdas, no es cierto?

Pepa frunció el ceño mientras asentía. Por supuesto que la recordaba. No existía persona que no supiera quién había sido la Sosa, una de las amigas dilectas de Manuelita, la famosa Edecanita, la voluptuosidad hecha mujer de Buenos Aires.

—Estaba vestida con andrajos y con la melena revuelta, casi no la reconocí. Acostumbrada a verla tan arreglada, tan guapa. Te juro, Pepa, era otra. En un momento cruzamos miradas y ella giró, como si no me reconociera. Pero estoy segura de que supo perfectamente quién era. No la vi bien, parecía fuera de sí.

—Pobre muchacha, con lo deslumbrante que era, ¿te acuerdas, querida? ¿Qué le habrá pasado? Y claro, sin Manuelita, ha quedado muy sola. Nadie la protege ya —dijo Pepa, casi en un murmullo.

—Me da pena, no sé qué podríamos hacer por ella. ¿Sabes dónde vive? ¿Quién se hace cargo de ella?

—Para nada, pero puedo preguntar.

—Ten cuidado, Pepa. No creo que sea muy bien vista entre las nuevas autoridades. Le voy a escribir a Manuelita para contarle. Le gusta saber en qué andamos todos sus amigos y conocidos de Buenos Aires. No creo que le guste saber en qué se ha convertido su amiga del alma...

Pepa volvió a darle duro al abanico y Petronita se quitó los rizos de los hombros. El calor era agobiante.

\* \* \*

Los Yrigoyen cruzaban la Plaza 25 de Mayo<sup>[13]</sup> a paso muy lento. Martincito, que ya tenía dos años, quería caminar solo y lloraba cuando su padre pretendía tomarlo en brazos para apurar la marcha. El pequeño déspota manejaba a sus padres a su antojo. Hipólito, en cambio, de tan sólo siete meses, iba muy orondo en brazos de su madre. Marcelina confiaba en que su marido no perdiera de vista al niño. De cualquier modo, esa plaza no era la que había sido un tiempo atrás. No albergaba a la infinidad de personas que antes gustaban de recorrerla. Desde diciembre pasado, la ciudad estaba sitiada por las tropas de Urquiza y el temor que imponían las armas hacía que los vecinos prefirieran evitarla. Sin embargo, de vez en cuando todavía se cruzaban con algún amigo o conocidos.

Marcelina, además, precisaba hacer algunas compras y le había pedido a Martín que la acompañara hasta la Recova Nueva<sup>[14]</sup>. El hombre no había opuesto resistencia, que por otra parte era inútil.

—Pero cómo nos demora este niño, habrá que perseguirlo a las corridas — bromeó la madre y el pequeño salió disparado—. Ten cuidado, Martín, no vayan a llevárselo por delante.

Martincito iba como tromba, sin reparar en nada ni nadie y sus gritos inundaban la plaza. El padre salió detrás del niño, pidiendo disculpas a cuanto adulto se clavaba en el piso para no patearlo como bolsa vieja. Marcelina continuó con su derrotero, con el pequeño Hipólito en brazos. El pasaje de la Recova estaba atestado de señoras y jovencitas en plenas compras. Algunas iban detrás de comestibles pero tarde o temprano recalaban en un negocio de afeites y artículos femeninos. Cintas, adornos, medias venidas desde lejos eran atractivo irresistible para cualquier dama.

—Vamos por los huevos, los porotos y las habas —le decía Marcelina al bebé, como si entendiera.

Se acercaron al despacho de venta de comestibles y Marcelina aguardó su turno. Hipólito comenzó a moverse como si fuera en busca de la postura que pudiera calmarlo. Todo parecía en vano. El chiquitín empezó con la queja y terminó en un berrinche inusitado. Las clientas giraron sus cabezas para mirar quién era la dueña de semejante monstruo gritón. Marcelina se ruborizó e intentó una suerte de bailoteo

frenético con el bebé en brazos. Hipólito se calló en el acto y ella pudo continuar con la compra. Martincito, mientras tanto, jugaba a la cabalgata con una rama que le había facilitado su padre. Yrigoyen controlaba todo de cerca y rezaba para que el niño se cansara de una buena vez, para poder llevarlo junto a la madre.

Marcelina colocó las legumbres en la bolsa y encima los seis huevos, para evitar que se rompieran. Con el bebé aún a cuestas, recorrió el pasaje hasta llegar a la tienda de afeites femeninos. Varias mujeres se disputaban el lugar de privilegio con el encargado de las ventas. El hombre cruzaba la puerta del fondo, donde guardaba la mercadería, y volvía a salir con lo que se le pedía. Hasta que le llegó el turno a Marcelina y antes que nada, le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, qué alegría verla —la saludó don Estanislao, que la conocía de tiempo atrás, cuando era tan sólo la hija del mazorquero Alén.

—Lo mismo digo, don Estanislao. Vengo en busca de algunas varas de lino; preciso confeccionarme un delantal. Ha visto cómo es con los bebés, la ropa hay que cuidarla mucho más —dijo Marcelina y giró a Hipólito para mostrárselo mejor—. Esta criaturita, así como la ve, es un verdadero demonio.

—¿Qué se sabe de su padre? —murmuró don Estanislao, bien cerca de Marcelina para evitar que otros oídos captaran lo que se decían.

Marcelina hizo un movimiento imperceptible a izquierda y derecha con la cabeza, para controlar que no la oyeran.

—Usted lo conoce bien, don Estanislao. Cansado de aguantar las persecuciones unitarias, en diciembre desenterró sus pistolas y su querida divisa punzó, y se sumó a las huestes federales del coronel Hilario Lagos. —El gesto de Marcelina se ensombreció—. Nos hemos tenido que mudar de la casa de la calle Federación.

En noviembre, Valentín Alsina había asumido la gobernación de Buenos Aires. Sin embargo, el 1.º de diciembre de 1852, Lagos y otros antiguos jefes federales —incluido el padre de Marcelina— habían iniciado una revolución contra el gobierno porteño. A los pocos días, Lagos había atacado la Capital pero fue rechazado por las tropas de Mitre. Lagos había sitiado la ciudad, controlando varios barrios porteños. Los sitiados habían enviado al coronel Pedro Rosas y Belgrano —que había sido hermano de Manuelita y Juan Rosas durante poco más de veinte años para luego transformarse en su primo— a enfrentarlo, pero había sido derrotado en la batalla de San Gregorio, con lo que el sitio de Buenos Aires había quedado reforzado.

—Ay, Marcelina querida. Oremos para que nada le pase; qué ganas de meter el cuerpo, ese padre de usted —protestó el dueño de la tienda.

La muchacha eligió la vara de lino, algunos hilos y cintas de colores y poco más. Don Estanislao se dispuso a empaquetarlo todo con papel de seda. Unas señoras agolpadas detrás bufaban y revoleaban los ojos, hartas de esperar.

—Hasta la próxima, señorita Alén. Vuelva pronto con las novedades —la despidió Estanislao.

—Cómo le gusta olvidarse, caballero. Ya no soy señorita, soy la señora de Yrigoyen —respondió Marcelina con un guiño y cambió de lado al bebé, que empezaba a impacientarse.

Se colgó las bolsas de las compras en un brazo y con el otro sostuvo a su hijo. Como pudo, pasó por entre la fila de clientas en espera.

—Algunas se hacen las damas y están más próximas a los barrios bajos que otra cosa. ¡Habrás visto! —dijo una de las matronas entre dientes.

—Le meten el perro a los maridos y tienen hijos de otros —agregó otra.

—Es más que evidente que éste es hijo del tirano, mírale los ojos. Son calcados a los del cobarde ese, que escapó como un perro.

Marcelina no pudo evitar escuchar lo que decían. Nadie pudo disimular la incomodidad que se había originado en la tienda. Desesperado, don Estanislao las llamó a los gritos ofreciendo su mercadería, para ver si de ese modo se rompía el aire helado que se había instalado en el lugar.

La puerta del negocio estaba abierta. Marcelina salió como pudo, con el corazón batiendo en su pecho y un nudo en la garganta. Afuera, esperándola, estaban su marido y su otro hijo. La mujer apretó fuerte el cuerpito del bebé contra sí. Parecía un fantasma, tal la palidez de su rostro. Martín no dijo una palabra. Aguardó a que su mujer llegara hasta donde él esperaba, tomó a Martincito en brazos y acompañó a su esposa de vuelta a casa. Marcelina depositó la mirada sobre Hipólito y ya no la quitó de ahí.

\* \* \*

Marzo en Southampton era el paraíso para Manuelita. El frío helado había emprendido una lenta retirada y la primavera hacía sus anuncios en las flores y los días más largos. Lejos estaba del clima al que estaba acostumbrada de chica, pero de a poco se había ido adaptando al de esas latitudes.

Estaba más feliz que nunca. Esperaba un hijo de su querido Máximo. Apenas dos meses de gestación, el embarazo se le notaba poco y nada, pero ella sentía que la criatura crecía día a día dentro de sus entrañas. Conversaba en silencio con su bebé, a menudo se abstraía del mundo de tal forma que Máximo debía tocarle el hombro para traerla de nuevo a la realidad. Su marido estaba contento con la novedad, y sobre todo por ser testigo de la alegría de su esposa. Sabía que ella no había dado por hecho que sería madre. La perseguía el temor de no poder serlo nunca. A veces decía que ya era muy grande, y que eso podía jugarle en contra. Se sentía milenaria, como si hubiera vivido demasiado. Otras veces predominaba la idea de que tenía muchos años por delante, y la ansiedad por vivirlo todo la corroía. Máximo había logrado calmar la zozobra constante de Manuelita, pero nunca estaba todo dicho con ella. La maternidad inminente había traído aires nuevos a la casa y sobre todo al ánimo de su esposa. Ésta había recobrado la lozanía, sus formas se habían redondeado un poco y

parecía fuerte como un roble. La mirada le brillaba como nunca. Ella atribuía todos los cambios al embarazo; decía que había recibido un baldazo de vitalidad.

Su estado no le impedía visitar a su padre a diario. Solía elegir el mediodía para almorzar juntos, sin testigos ni intermediarios. Su hermano y su cuñada, que vivían en Rockstone House, siempre encontraban alguna excusa para salir a la calle y así dejar que padre e hija rearmaran su vínculo en paz.

Poco a poco, la distancia entre ellos había ido cediendo. Rosas volvió a confiarle todo a su querida Manuelita, pese a su nuevo estado civil: sus dudas, sus miedos y también sus alegrías. A menudo la esperaba con las notas que tomaba acerca de los movimientos de su economía. Antes de comer se sentaban con el libro entre ambos y él le señalaba número por número. Quería que ella estuviera al tanto de todo. Ella, de tanto en tanto, le hacía alguna pregunta, le confesaba una duda o simplemente aprobaba las decisiones de su padre. A pesar de lo que había sucedido en el pasado reciente, seguían siendo tan cómplices como el primer día.

Pero la última semana de marzo algo cambió. Manuelita percibió algo extraño en su cuerpo. No podía definirlo pero el malestar había ido en aumento poco a poco. Al principio no había querido compartirlo con nadie. Era tal el terror que sentía, que sentía que las palabras sólo iban a agravar las cosas. Se acariciaba la panza como si hubiera encontrado la fórmula para detener el ansia que carcomía sus entrañas.

Esa mañana se había levantado tarde. Se sentía sin fuerzas, el exceso de energía que la había acompañado los últimos tiempos la había abandonado de pronto. Su marido había salido temprano de la habitación, no lo había visto. Con mucho esfuerzo se levantó de la cama y con paso lento se dirigió hacia el espejo del tocador, que le devolvió una cara pálida con ojeras violetas y la melena desgreñada. Bajó la mirada y miró la panza cubierta por el camisón de lino blanco. La puerta de la habitación se abrió de par en par y del otro lado apareció Máximo con gesto de preocupación.

—¿Vas a decirme, Manuelita, qué es lo que te sucede? No sirve de nada que te lo guardes. Te miro y tu silencio habla —dijo Máximo acercándose hasta donde estaba su mujer.

—Tengo miedo, mi vida —susurró Manuela.

Máximo la tomó por los hombros y la giró. La tomó de la barbilla y le alzó la cara.

—Mírame, soy yo, Manuela. Confía en mí, ¿cómo es posible que tenga que pedírtelo? Quiero ayudarte, no te puedo ver sufrir.

—Siento cosas raras, Máximo. Tengo puntadas —y se señaló el bajo vientre—. No debería sucederme esto. Temo lo peor.

—Ven aquí, mi niña. Yo te cuidaré, nadie va a hacerte daño, yo estoy contigo. —La abrazó con fuerza y le acarició la melena suelta sobre la espalda.

Manuelita no pudo controlarse más y rompió en llanto. Así se quedaron durante un largo tiempo. Cuando la angustia menguó, la joven se dejó asear y vestir por su marido.

—Vamos, querida. ¿No debes almorzar con tu padre, como todos los días? —preguntó Máximo, intentando que cambiara de humor.

—Pero quiero que vengas conmigo esta vez. No quiero que me dejes —le suplicó Manuelita.

Caminaron juntos hasta Rockstone House. Ya era bien pasado el mediodía cuando tocaron la puerta. Juan Manuel, que ante la tardanza de su hija presentía que algo pasaba, aguardaba parado en la sala. Al ver a su yerno, su semblante se ensombreció.

—No me siento bien, Tatita. Máximo se queda conmigo —anunció Manuela.

—Si esa es tu voluntad, *m'hija* —respondió Rosas.

Los tres se sentaron a la mesa en silencio. Comieron una carne asada con papas. Manuelita no probó bocado y ninguno de los dos hombres le insistió. La miraban de reojo mientras ella respiraba con dificultad.

—Se acabó, Manuelita. Mando a *Míster* a que traiga un médico. Esto no puede seguir así —estalló Rosas.

—Pero no tengo nada, Tatita, ya se me va a pasar. ¿Qué le voy a decir al médico?

—Tú no tienes nada que decir. El que tiene que hablar es el médico.

—Raro en usted, Tata, que hable a favor de los doctores —dijo Manuelita con una sonrisa trabajosa.

Al atardecer llegó el médico a la casa y auscultó a la paciente, instalada en la que había sido su habitación hasta casarse. Fue taxativo: tenía síntomas de aborto y era irreversible. A la noche tuvo pérdidas, ya no había nada más que hacer. Manuelita estaba devastada, como muerta en vida. El médico conminó a la familia a que la obligaran a guardar cama por varios días. La había visto demasiado débil, había perdido mucha sangre.

Máximo estaba a su lado, tomándola de la mano. Al salir el médico, Rosas entró como tromba en la recámara.

—Se van todos de aquí. Me quedo yo con mi hija —gritó.

Era imposible enfrentarlo. Su expresión furiosa metía miedo, como hacía mucho que no lo hacía. Máximo miró a Manuelita, que asintió apenas, y salió de la habitación. En el silencio, Rosas acercó una silla al lado de la cama donde yacía su hija. La tomó de la mano y se la acarició una y otra vez.

—Te quedas conmigo, mi niña. Todo esto es culpa de ese hombre, ¿no ves lo que yo decía? Ese hijo podría haberte matado. No voy a permitir que nadie te asesine, Manuelita, nadie podrá alejarte de mi lado. —La voz de Juan Manuel se quebraba.

—Pero Tatita, no me diga eso. Yo quería a ese hijo, yo quiero ser madre. No me haga mal, permítame ser feliz —dijo entre sollozos.

—¡Pero si es lo único que quiero! Eres sangre de mi sangre, más que nadie en el mundo. Pero ese hijo hizo que tu vida corriera peligro.

—La vida de mi hijo corrió peligro, Tata, y ya está. Él murió, no yo. Venga, abráceme, por favor. He perdido las fuerzas, ya no tengo ganas de discutir —imploró.

Rosas se sentó al costado del lecho de su hija y le pasó el brazo por los hombros. Así, fundidos cuerpo a cuerpo, se dejaron llevar y Manuelita pudo llorar durante horas.

## CAPÍTULO IX

Petronita recorrió las calles con urgencia. Debía cumplir el pedido que le había hecho Manuela. Apenas le había ido con el cuento de lo mal que había visto a Juanita Sosa, la amiga, magnánima como siempre, le había reclamado que la hospedara en su casa, que no la abandonaran a esa suerte paupérrima. Ella se haría cargo.

Petronita le había perdido el rastro por completo y tampoco sabía a quién preguntarle por ella. Recurrir a cualquiera de las personas que la habían frecuentado hacía unos años en Palermo, le parecía una idea temeraria. Los aliados de aquellos tiempos ya no lo eran. Y los amigos preferían guardar el silencio y las formas, no fuera cosa que se los señalara.

Volvió a la plaza pero Juanita brillaba allí por su ausencia. Ni rastros de la endemoniada Sosa. Tomó fuerzas y se acercó a uno de los soldados que sitiaban el lugar para preguntarle si conocía a una joven dama que había recalado allí tiempo atrás. El intercambio con el hombre duró poco. No tenía idea de lo que le hablaba. Petronita recorrió varias veces la plaza y sus alrededores, con la esperanza de hallarla. Pero no hubo caso.

Por fin, el cansancio la ganó. Se sentía ingrata y desleal con la amiga que le pedía un favor desde tan lejos. Debía satisfacer el reclamo de Manuela como fuera. Se le ocurrió que tal vez podía encontrar información en Palermo de San Benito. Pagó unas monedas al conductor de un coche y le ordenó que la llevara hasta allí. Era extraño volver a recorrer esos mismos caminos, observar los mismos panoramas, oler esos olores olvidados, aunque con una realidad completamente distinta. Petronita viajó en el tiempo y recordó las tertulias espléndidas, las risas entre amigas, las complicidades, la figura omnipresente del Restaurador de las Leyes. Ya no quedaba nada de todo eso, como si nunca hubiera existido.

El camino comenzó a afinarse, se anunciaba la cercanía del caserón. Y de pronto, en una arboleda que flanqueaba la ruta, la vio venir como si fuera una aparición. Sucia y desgredada, allí estaba Juana Sosa. Petronita le pidió al cochero que se detuviera y, con el corazón en la boca, descendió.

—¡Juanita! Te estaba buscando hace días y no te podía encontrar. Ay, querida, ven —le dijo, y la abrazó.

Helada, inmovible, Juana dejó los brazos laxos a ambos costados del cuerpo. Petronita se soltó de a poco y se alejó para mirarla.

—¿Qué te sucede, Juana? Soy yo, ¿no me conoces?

—Claro que te reconozco, Petrona.

—Qué alivio. ¿Pero dónde has estado, qué ha sido de ti?

—Por aquí y por allá. ¿Y por qué te preocupa lo que ha sido de mí? Si el mundo entero desapareció de mi vista; sólo hay un páramo enfrente de mí. Tierra arrasada, Petronita, eso soy.

—No digas así, Juanita. No te trates con ese desprecio.

—Son los demás los que me han despreciado. ¿Cómo crees que se vive luego de eso? Un día eras la más bonita, la más deseada, y al día siguiente no eres nada. Soy nada.

Petronita le acarició el brazo, completamente conmovida. No podía creer lo que veía.

—Hemos pasado una guerra, Juana. Todos hemos salido con alguna herida, de una u otra manera. Y no fue la primera, querida. Estamos acostumbradas a la sangre, vivimos en medio de ella desde chicas. —Intentó abrazarla pero Juana se apartó.

—Yo estoy en guerra, Petrona, pero conmigo. Y no existe peor enemigo que yo. Necesito paz, regresar a un ánimo más pacífico, pero no creo que ya sea posible para mí.

—Pues es a eso a lo que vengo, para eso necesitaba encontrarte, querida. Manuelita está preocupada por ti.

La cara de Juana se transformó por completo. Tan sólo escuchar el nombre de su amiga, sintió un vacío infinito en el estómago.

—¿Qué sabes de ella? ¿Cómo está Manuelita? —preguntó sin darse cuenta de que sus ojos dejaban correr un sinfín de lágrimas.

—Se ha casado y ha perdido un embarazo, pero es inmensamente feliz con su amado Máximo —respondió Petronita.

Juana se llevó las manos a la boca y un llanto, mezcla de felicidad y de angustia, sacudió todo su cuerpo.

—Manuelita se merece todo. Me alegro por ella —susurró la Sosa.

—Vine a buscarte porque ella me lo pidió. Te llevo a casa, Juana. Allí te cuidaremos, no puedes seguir en la calle.

La muchacha se acomodó el pelo en un acto reflejo de femineidad. Miró hacia abajo, como si recién se diera cuenta de su aspecto andrajoso.

—Tranquila, vamos a casa. Te preparo un baño caliente, te cambias esas ropas y ya verás como todo andará mucho mejor.

Juana intentó negarse pero no pudo. Se dejó llevar. Se sentó al lado de Petronita con la mirada perdida en el paisaje familiar. No podía pensar, estaba cansada de que sus pensamientos repiquetearan en su cabeza. Necesitaba hacer un poco de silencio, volver el tiempo atrás, respirar ese aire de bonhomía y protección, tan alejado del que la había rodeado en los últimos tiempos.

\* \* \*

Una tarde Rosas recibió una visita especial. El poeta Ventura de la Vega había anunciado por carta su próximo arribo y sus especiales ganas de visitarlo, y Rosas había aceptado con mucho gusto. Las familias de ambos habían estado vinculadas en Buenos Aires y, a pesar de que De la Vega había partido a estudiar a España a los

once años, la reciprocidad se había mantenido en el tiempo. Aceptada la tarjeta, Rosas abrió su residencia para el poeta.

—Dichosos los ojos que lo ven, mi amigo, después de tantos años —lo saludó Juan Manuel tendiéndole la mano.

—Más dicha tienen los míos. Qué alegría verlo, Juan Manuel. Y debo decirle que lo veo estupendo.

—¿Y por qué debería ser de otro modo? —preguntó con la ceja levantada.

—Ha visto cómo es la chusma, a veces gusta de hablar.

—Con lo bien que hace el silencio, ¿no es cierto, mi querido De la Vega? Últimamente prefiero las palabras escritas que las dichas. Son mucho más agradables —dijo Rosas con una sonrisa.

—Acuerdo con usted, Juan Manuel, aunque más no sea por deformación profesional.

Rosas tomó una libreta de tapas moradas que descansaba sobre una mesa lateral. La había puesto allí a propósito, esperando el momento para hablar de ella.

—Podemos conversar de poesía, entonces. Qué mejor interlocutor que usted. Aquí tomo mis apuntes, los últimos, por supuesto, ya que vengo escribiendo de hace rato, como bien sabrá —dijo Rosas hojeando la libreta.

Con oreja atenta, Ventura de la Vega escuchó todo lo que le leyó. Quedó pasmado con su erudición y su dominio del idioma. Como quien no quiere la cosa, Rosas arrojaba citas y le recitó de memoria muchos versos de los poetas clásicos españoles. Le nombró a Quevedo —cuyas obras tenía en su poder— y le confesó, orgulloso, que él también había compuesto algunos versos. Con gesto solemne dio vuelta algunas páginas hasta que llegó a la que buscaba. Puso su mejor tono de voz y leyó un soneto titulado *No me mueve mi Dios para quererte*, sin explicar si era de su autoría o de otro. De la Vega prefirió hacer silencio y continuó a la escucha.

—De cualquier modo, tengo muchas más notas que en alguna oportunidad verán la luz. Publicaré mi autobiografía, ¿qué le parece, Ventura?

—Ha tenido una vida soberbia, mi querido Juan Manuel. Yo creo que todo el mundo estará ansioso por leerla —respondió el poeta a la velocidad del rayo.

—¿Usted cree? En Buenos Aires pareciera que sólo quedan traidores y tibios. No creo que les interese la lectura como a nosotros.

De la Vega estaba asombrado. Siempre había escuchado que Rosas era puro instinto y talento natural, sin cultura ni preparación. Ahora, escuchándolo, las cosas eran completamente diferentes. Descubría que era un hombre muy instruido. Pronto la conversación viró hacia el lado de la política, tópico dilecto para Rosas.

Con paso silencioso, Manuelita entró a la sala. No quería interrumpir, sabía que su padre disfrutaba mucho de las visitas.

—Buenas tardes, caballero. ¿Lo trata bien mi padre? —bromeó Manuelita.

—Qué alegría verla, doña Manuela. Pero claro, su padre es un gran señor.

—De eso no tengo ninguna duda —la joven se sentó al lado de su Tata y le palmeó la mano—. ¿Usted sabe lo que lo quieren ya en esta tierra? Lo adoran, don De la Vega.

—Eres una exagerada, mi niña —intervino Rosas, zalamero.

—De ninguna manera, Tatita —y continuó—: ¿Sabe lo que hizo mi padre, Ventura? Le regaló la palangana de plata al barbero que lo atiende desde que llegó, la misma que lo acompañó en todas sus campañas en la Argentina. Vaya a visitarlo cuando pueda y le pide que se la muestre. Tatita le ha hecho grabar la siguiente leyenda: «Obsequiada por su Excelencia General de Rosas a F. W. Nives en testimonio de su consideración». Tiene el local en Bernard Street, por si le interesa acicalarse.

—¿No ve? Ya decía yo, afuera son injustos con usted —sentenció De la Vega.

—Hay que hacer oídos sordos, mi querido amigo, pero no perder la memoria. Eso nunca —acotó Rosas en el medio de sus cavilaciones.

—Y perdón el atrevimiento, pero qué guapa se la ve a usted, doña Manuela. —El poeta la miró de arriba abajo y admiró en silencio su altura, su pelo negro, sus expresivos ojos pardos, su boca y nariz pequeñas.

—Pero qué va, estoy china<sup>[15]</sup> y fea. No sea lisonjero.

—De ninguna manera —y volvió a reparar en su bonito cuerpo, de aire distinguido y elegante.

—Mi hija no le dice que estuvo mal de salud y que se ha recuperado gracias a los cuidados que ha recibido en esta casa. —Rosas la tomó de la mano.

—He perdido un embarazo, Ventura. Ya estoy bien pero los médicos y los dos hombres de mi vida me conminaron a que guardara cama durante todo el mes de abril. ¿Se da cuenta? He engordado como un cerdo de cría. Me embuchaban a lo loco. Pero ya estoy bien.

Manuelita se incorporó del asiento y salió de la sala. No dijo palabra pero al rato regresó con su marido.

—Le presento a mi esposo, Máximo Terrero.

El joven se acercó y saludó al invitado con una sonrisa amplia. Dieron rienda suelta a una conversación diplomática pero agradable. De la Vega miró el reloj: daban las seis y media. Se levantó.

—Debo irme, Juan Manuel. Mi convoy parte a las siete y no quiero perderlo. Será hasta pronto, entonces.

—Lo acompaño hasta la puerta, Tatita —dijo Manuela.

Rosas le dio un abrazo y Manuelita esperó a que terminaran. Le pidió que lo siguiera. Pero la voz de su padre hizo que se detuvieran. Llamó a Ventura de la Vega y le pidió que se le acercara.

—Éste es por su madre —y le dio otro abrazo.

Manuelita sonrió con conmisericordia. Adoraba a su padre. Cruzaron el vestíbulo y abrió la puerta. Allí, en el descanso, sin moros en la costa, aprovechó para comentarle

al visitante:

—Mi querido Ventura, debe saber que Tatita no ha estado bien de salud. No quiere decir nada, y menos delante de mí. ¡Como si yo no supiera! Cree que tengo diez años todavía... —dijo con ternura—. Mi padre ha contraído una penosa enfermedad.

Lo miró fijo, esperando que el hombre entendiera de qué estaba hablando. Ventura abrió los ojos como dos monedas y permaneció en silencio.

—Se trata del mal gálico<sup>[16]</sup>, señor. Tatita se ha juntado con un médico y un fondero, dos pillos de plaza, desacreditados hasta el extremo. Le chupan las libras a montones y concluirán por dejarlo en la calle. Mi hermano y yo estamos muy preocupados. Nos hemos instalado en esta casa con mi esposo para controlarlo de cerca pero no es fácil, es un hombre grande.

—Ay, señora, no sé cómo ayudarla, qué decirle.

—No diga nada, mi amigo, sólo quería que lo supiera. Esperemos que mi padre se reponga y encamine su vida de una buena vez.

\* \* \*

Petronita insistió varias veces. Quería que Juana tomara un poco de aire. Hacía semanas que no salía de la casa ni de la recámara que le habían armado con María Salomé, su madre. La señora Cascallares Blanco de Villegas no había hecho la más mínima objeción cuando su hija le trajo a la amiga dilecta de Manuela Rosas a vivir a su casa. «Es sólo por un tiempo, mamita», le había prometido. En poco tiempo, Juanita Sosa había pasado a formar parte de la familia.

—Te va a hacer mal tanto encierro, Juanita —repetía Petrona, una y otra vez.

—¿Y qué hay allá afuera para que salga? —respondía la otra como una autómata.

El diálogo era siempre el mismo, día tras día. Pero aquella mañana algo imperceptible se había modificado y Juanita aceptó la invitación. Montaron sus caballos y partieron rumbo al campo. Una larga travesía por los caminos las llevó hasta la campiña, el sitio elegido por Petronita.

—¿Y adónde iremos? —preguntó Juanita.

—No te preocupes, querida. Haremos una bonita cabalgata por este monte. Respiremos tranquilas, tenemos todo el sitio para nosotras dos. ¿Qué te parece?

—Te hago caso, Petrona. En todo.

Petronita miró de reojo a la amiga mientras apretaba la panza de su yegua con los estribos. Juanita era la misma, pero distinta. Parecía eternamente triste, como si una sombra la cubriera; ya no era aquella muchacha parecida a un cascabel. Petrona intentaba divertirla en todo momento. Le iba con cuentos, le traía chismes, muchas veces se los inventaba, pero los ojos de Juana se habían apagado. Ya no eran aquellos luceros que iluminaban la noche.

—¿Qué quieres comer cuando regresemos a casa, Juana?

—Lo que quieras darme estará bien.

—¿Quieres que preparemos ese postre que siempre te ha gustado? ¿La natilla con muchos huevos y azúcar?

—Como tú quieras, Petrona.

—¿Qué tienes, mi Juanita? No me asustes —preguntó la amiga sin poder disimular más. El impulso vital que la había llevado a salir parecía haberse desvanecido por completo.

Juana detuvo la mirada en su amiga y suspiró largo. Quería que el aire no terminara nunca de salir. Tenía miedo.

—Ya te he dicho lo que me pasa, Petronita. Te vas a aburrir de escucharme.

—No me aburriré jamás.

—Cuidado, no prometas tanto que puede ser peligroso. Yo sé por qué lo digo.

—Conmigo estás a salvo, Juana, no hay peligros cerca.

—¿Pero no te das cuenta de que el peligro soy yo? ¿Que todo lo que toco, lo destruyo?

—No digas eso, mi querida. —Petronita estiró el brazo derecho con afán de tocarla. El desvalimiento de su amiga le inspiraba un deseo de protección.

Juanita miró hacia adelante, presa de un inmenso desasosiego. Nadie la entendía, ni sus vínculos más cercanos, los que quedaban, que sobraban con los dedos de una mano. Estaba sola y así se sentía. A veces se sentía como muerta, y pensaba que tal vez eso fuera mejor. No sabía cómo vivir sin el estímulo constante de unos ojos de varón posados sobre su cuerpo. Ya nadie la miraba, ni siquiera para cuchichear con ferocidad a sus espaldas. Nadie reparaba en aquella Edecanita de otros tiempos. Habían pasado algunos años pero no tantos como para que las carnes se hubieran convertido en un rejunte mustio. Aún era joven y su piel era tersa y lozana, pero la falta de caricias la habían entristecido para siempre.

—Qué bonito paseo, Petrona. Me trae a la mente las cabalgatas que hacíamos con Manuelita —señaló la Sosa.

Juanita se perdió en los recuerdos de aquellas carreras infatigables, en las que siempre había una ganadora: la amazona federal. Era imposible ganarle a Manuelita. Pero a ella no le importaba perder. Veneraba a su amiga, siempre tan ecuánime y benévola. Y a veces también melancólica y perdida en sus pensamientos, de donde Juana siempre intentaba sacarla. Y lo lograba. Manuela la tristonera, y Juanita la entusiasta por naturaleza. Qué extraño era todo. La taca había girado y la suerte estaba echada. Y no había caído de su lado.

—¿Quieres que lo hagamos todos los días?

—Es que me canso un poco, Petrona.

Petronita estaba desesperada. Sentía que se equivocaba una y otra vez. Sólo quería lo mejor para su amiga, pero no parecía dar nunca en el clavo.

*El Restaurador, mi Restaurador, mire qué bien queda su chaqueta sobre este cuerpo caliente. Porque estoy viva, ¿ve, me ve? Ponga su mano grande y fuerte sobre mi piel blanca. ¿Le quema? Porque a mí me incendia la carne, siento un fuego*

*adentro que nada puede calmar. ¿Cómo hacemos para enfriar esta calentura, mi General? ¿Usted no sabe? Qué no va a saber, usted sabe todo y tiene de todo para todas, hijo de mala madre. Usted salió embrujado de madre, luego de esposa. Y así inoculó su veneno a cuanta china se le cruzó, mal parido. Conmigo quiso cabalgar pero lo domé yo, Restaurador. ¿Así que se quería casar conmigo? ¿Y por qué me dejó acá tirada, como a tanta otra hembra? Ya va a ver, cobarde eunuco, se va a pudrir en su sangre corrupta y yo saldré redimida de semejante sacrilegio, mal vivido... ¿Usted creía que le haría caso? Pues no, mi señor, yo no le confío a nadie, no obedezco. Soy desobediente, muy desobediente...*, rumiaba Juana para sí con la mirada perdida en el horizonte.

\* \* \*

Apenas terminado el verano, Máximo volvió a sugerirle a su esposa que salieran de viaje. Manuelita ya estaba mejor de salud, el reposo había terminado hacía meses y la distancia, suponía, le traería tranquilidad, algo tan necesario para todos. Manuelita al principio había dudado un poco, pero luego se dejó convencer.

El periplo comenzó en Dublín, la capital de Irlanda, donde se ofrecía una exhibición de arte, excusa más que suficiente para convocarlos. Manuelita deambuló durante horas por las distintas salas, apabullada por la belleza de las pinturas. Pasaron unos agradables días en esa ciudad, en la que pudieron dedicarse a disfrutar sin las interrupciones propias de la rutina familiar y laboral. Jugaban a la vida sin responsabilidades, sin tiempo, sin espacio.

El viaje continuó con la visita a diversas ciudades manufactureras. Allí Manuelita volvió a sentir el impacto de estar en otro mundo que le había producido su visita a Londres. Sólo que ahora predominaba en ella una sensación contradictoria, mezcla de sorpresa y desasosiego. El hollín y el humo parecían haber uniformado las calles de un gris renegrido, en marcado contraste con las coloridas campiñas que habían atravesado para llegar a esos centros urbanos del interior de Inglaterra. Se maravilló del poderío de la industria en las recorridas que hicieron por las fábricas donde se confeccionaban telas de todo tipo. Interesada y curiosa, se informaba sobre la confección de las más ricas tramas y colores, imaginándolas convertidas en bonitos vestidos de fiesta. El ruido de las máquinas era ensordecedor. Tras un pedido especial, le permitieron observar el trabajo de las máquinas de vapor y sintió que la humedad sofocante que llegaba de las calderas iba a provocarle un desmayo. Con los ojos abiertos de par en par, Manuelita admiraba el ingenio exquisito de los trabajadores. También visitaron una fábrica de cristales y nuevamente quedó azorada con la actividad frenética. En silencio y para no desconcentrar a nadie —pero sobre todo a ella misma— observó cómo se soplaba la pieza para que quedara hueca y delgada. Pero la sorpresa la embargó al ver que los vasos, floreros y demás artículos de cristal fino eran formados a fuerza de martillazos. Manuelita aplaudió como una niña, le parecía prodigioso. Entre el ruido de los golpes, le susurró a Máximo al oído:

—Ahora comprendo el origen de nuestro refrán, «Soplar y hacer limetas». Ambos rieron, cómplices, felices.

De Inglaterra pasaron a París, donde permanecieron unos veinte días. Allí se encontraron con Juan Manuel Terrero, uno de los hermanos de Máximo, que había viajado desde Buenos Aires. Los hermanos estaban exultantes por el reencuentro. También visitaron aquí una fábrica de espejos y otra de tapices. El resto del tiempo, Manuelita lo ocupó en recorrer la diversidad de monumentos y sitios de arte. Las horas del día no le parecían suficientes para satisfacer sus ganas de conocer más y más. Llegó a la conclusión de que París era verdaderamente el centro de todo lo más encantador y atrayente para las imaginaciones dispuestas a gozar y divertirse.

Al fin encontró a la persona indicada para que la retratara junto a Máximo, y así poder cumplir con los pedidos de Buenos Aires. El trabajo quedó terminado y aprobado por Manuela. Máximo objetó que el talle de su esposa no se le parecía, pues había quedado un tanto chato y eso lo hacía aparecer un poco grueso. Manuelita no pudo evitar una carcajada al ver a su esposo tan preocupado en aquellas frivolidades. El autor de los retratos les dio una explicación: los retratos de ese género eran diferentes al daguerrotipo y podían causar ese achatamiento de las figuras; la nueva forma de reproducción se llamaba fotografía. Manuelita miró con detenimiento su retrato. El vestido se veía de color blanco y en realidad era rosa, y ciertamente su marido tenía razón, ambos parecían más gruesos de lo que eran. Pero así fueron hechas varias copias y enviadas a algunos de sus amigos más queridos del otro lado del océano, en especial Petronita, que insistía con el pedido cada vez que podía.

Una tarde de octubre, Manuelita recibió un paquete que llegaba de Buenos Aires. Lo abrió y adentro encontró un pañuelo de seda con una tarjeta de Petronita. A la distancia, su amiga la saludaba por su cumpleaños, que había tenido lugar el pasado 24 de mayo. Manuelita se llevó el pañuelo a la cara. No pudo evitar la emoción y dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas. Petronita la había acompañado desde el primer día del destierro. Siempre estaba presente por medio de sus cartas. La sentía cerca a pesar de la lejanía y el consuelo que le brindaba aplacaba un poco el desasosiego y la soledad.

Luego de poco más de un mes, el viaje llegó a su fin y la pareja abordó el barco que los llevaría de regreso a Inglaterra. El hermano de Máximo se quedó en París para continuar con sus estudios. Se despidieron con pesar y con la promesa de volverse a ver en cuanto les fuera posible.

En cubierta, la pareja se acomodó uno al lado del otro. El viaje había sido tan intenso que habían tenido poco tiempo para dedicarle uno al otro. Los paseos, las recorridas, las salidas nocturnas, habían sido siempre en compañía. Ahora podían mirarse sin intermediarios ni testigos. Manuela apoyó la cabeza en el hombro de su marido y cerró los ojos. Así permaneció durante un buen rato.

—¿Estás bien, mi vida? ¿De nuevo el dolor? —preguntó Máximo en un susurro.

—Sí, otra vez. Esta cabeza mía no me da respiro.

—Deberíamos habernos quedado más tiempo.

—Qué sé yo, Máximo. Los doctores dicen que el cambio de clima es bueno para mis jaquecas. Por eso acepté venir, para ver si era efectivamente así. Y la verdad es que casi no me ha dolido en todos estos días. Pero basta con que suba al barco para que la presión me perfora las sienes —dijo Manuela y apoyó sus dedos a los costados de su cabeza.

—No sé qué hacer, mi querida. Vamos a hacer una consulta con el mejor doctor de Londres. No puedo verte así.

—Estoy cansada de los médicos, Máximo. Dicen cualquier cosa.

—No digas eso, te pareces a tu padre.

Manuelita abrió los ojos y se quedó mirando a su marido con una mezcla de asombro y furia. No le gustaba que nadie hablara mal de su padre, ni siquiera su marido, y menos ahora que estaba enfermo. Ella podía decir o pensar lo que le diera la gana, pero el resto no debía ni osar pensar mal de Rosas.

—Sabes que por lo único que me separé de mi padre, este mes, fue por la bendita cabeza mía. Si no, no lo hubiera dejado. Y agradece que él no quiso venir. Porque yo lo había invitado.

—Pero ¿cómo? ¿De verdad le pediste que viniera con nosotros? —preguntó Máximo azorado.

—Por supuesto, le hubiera hecho muy bien salir un poco.

Máximo suspiró con un enojo contenido. Ansiaba tener menos gente alrededor, menos familia, menos opiniones. Pero tampoco era posible meter a su esposa en un barco mes por medio para lograr un poco de intimidad. Esperó unos minutos en silencio, precisaba que su malestar se fuera disipando. Manuelita, en cambio, se perdió en la espiral descendente de su ánimo. Su gesto ya no era de dolor sino de pena.

—Por favor, Manuela, vuelve conmigo. No te pierdas por ahí —le imploró Máximo. Pero el rictus de su mujer se había petrificado—. Te pido disculpas si te he enojado por los dichos hacia tu padre —intentó Máximo.

—Nada tiene que ver Tatita en todo esto. O todo, ya no sé. Siento un vacío adentro, Máximo, a veces imposible de calmar. Tengo de más y parezco una desagradecida. Pero me falta todo, el agujero se agiganta a pasos acelerados. Quiero ser madre y no puedo; quiero darte un hijo y estoy en falta.

—Calla, mujer, nada me hace falta si estás conmigo. Yo sólo quiero que estés a mi lado, el resto del mundo puede hundirse hasta el día del juicio final.

—No blasfemes, querido. No soy una buena mujer. Una mujer hecha y derecha le da descendencia a su esposo. Yo he venido fallada —y las lágrimas mojaron sus mejillas.

El corazón de Máximo se estrujó, no soportaba ver llorar a su mujer. Sentía un filo en el medio del pecho. Le pasó el brazo sobre el hombro y la atrajo hacía sí. La abrazó en silencio y le ofreció su pecho para que llorara todo lo que necesitara.

—Quiéreme igual, Máximo.

—Qué pavadas dices, mi cielo. Te he querido siempre, y a pesar de todo y de todos. Me peleo contra miles de regimientos si es necesario. Nadie me quita el amor que tengo por ti desde que tenemos memoria.

Manuelita se alejó un poco de su pecho para mirarlo durante unos largos segundos. Veía todo nublado por las lágrimas, pero ese hombre de pocas palabras pero siempre acertadas estaba allí para calmarla. Aunque ella lo peleara, aunque le fuera con evasivas, aunque se pusiera del lado de su padre, él permanecía firme a su lado.

## CAPÍTULO X

En septiembre, Rosas decidió tomar unos días de descanso en Plymouth. Anunció que le vendría muy bien un cambio de aire antes del invierno. Sin embargo, no era ese el único motivo de su viaje: ya no tenía mucho sentido quedarse en su casa, sin su hija. Manuelita se había mudado a una casa de campo en Upper Norwood, a poca distancia de Londres, para ocuparse de su salud. El 6 de mayo había sido madre de un hermosísimo bebé, pero la fortuna le había jugado una terrible mala pasada: el niño murió a poco de nacer. La debilidad física y anímica había sido de tal envergadura, que los médicos la habían instado a que se fuera lejos de allí, a reponerse en la más absoluta tranquilidad. Máximo no la había abandonado un instante, se había adherido a ella como si fuera parte de su carne.

A Rosas le había disgustado ver a su hija en ese estado. El ánimo de su hija se había derrumbado. Lloraba sin cesar y ya ni siquiera se escondía para hacerlo. Una mañana se la había encontrado en la cocina, sola, con el camisón cubierto por una de las cobijas de la cama, sentada al lado del fuego. «Tengo tanto frío, Tata», le había susurrado, con la mirada enajenada. «Parece que Dios Nuestro Señor me ha elegido para hacerme presentes, y aunque todo lo que viene de Él es grande y justo, le aseguro que esta vez estoy muy débil y que toda la fuerza moral que me ha sostenido en otras desgracias de mi vida, me ha fallado en esta», había agregado con la voz quebrada. El estado de Manuelita había hecho que no sólo Máximo recurriera a los doctores, sino también el padre. Manuela no se encontraba nada bien. La decisión se había tomado en el acto: debían mudarla cuanto antes para que restableciera el ánimo y el cuerpo. El diagnóstico era delicado.

Con su niña lejos —habían pasado años y para Rosas su hija seguía siendo una niña—, había decidido aceptar uno de los tantos convites que recibía. Necesitaba paliar su soledad. Juan, sin embargo, se lo había cuestionado.

—¿Pero le parece, Tata? ¿En su estado, no sería mejor que se quedara en la casa? —dijo con precaución: nunca sería fácil oponerse a los deseos de su padre.

—Pero *m'hijo*, ya estoy casi restablecido de esa molestia —Rosas prefería no nombrar la enfermedad—. Así me ha costado: treinta libras mensuales para el médico y ya he perdido el cálculo durante cuánto tiempo. Si con esa suma no estoy curado, más vale que empiece con las oraciones cerca de Dios.

Juan se resignó: nada lograba retener a su padre cuando se le metía una idea en la cabeza. Rosas subió al coche y emprendió el largo camino hacia el sudoeste de Southampton. Allí lo esperaban algunos amigos aficionados a las carreras, a la caza del zorro y otras diversiones.

A la noche llegó al poblado y en el *pub* lo aguardaba la que sería su compañía de aquellos días. Luego de una comida pantagruélica pidió una habitación en la hostería. Necesitaba descansar, a la mañana siguiente bien temprano partirían a la cacería del

zorro. Rosas era la atracción de la jornada. Y como era de prever, fue quien demostró mayor destreza a la hora de la persecución y la caza del animal. No en vano se había criado en el campo. Ninguno montaba como él a caballo, y a pesar de los años que llevaba encima, rejuvenecía como por arte de magia cuando cabalgaba. Volvía a ser aquel centauro que recorría Rincón de López en tiempos menos desconsiderados. Ahora atravesaba la campiña inglesa con el mismo brío de antaño.

También disfrutó de las carreras, donde corrieron apuestas más que fuertes. A pesar de las quejas constantes que hacía a Buenos Aires por la falta de dinero, la alforja había llegado llena a Plymouth. No regresaría del mismo modo, eso era seguro. Rosas se quejaba de la boca para afuera, pero siempre disponía de alguna moneda para gastar en placeres no tan santos.

—Cuéntenos de su tropilla, *Mr. Rosas*. Confíese el secreto: cómo dominaba a sus animales —preguntaban los ingleses con curiosidad.

—Todo dominé, a la animalada sin seso y a la otra. Queda para ustedes decidir cuál era cuál —Rosas largó una risotada.

—Hay que ser valiente para atreverse a tanto.

—Allá en mi país se atrevían poco. Mucho cobarde... Pero en mi familia eso no existe. Somos todos descendientes de reyes —y volvió a reír, recordando las palabras que solía usar su madre cuando quería acallar a su padre.

—¿En serio tiene linaje?

—¿Y para qué habría de mentirles? Aquí no necesito impostar. La impostura es un traje que le queda grande a casi todos. Cae mal, como la leche podrida.

Rosas miró a su alrededor, le gustaba ver cómo mantenía en vilo a su auditorio. Todos hacían silencio de tumba cuando el argentino hablaba. Sabía decir, conocía el modo de fascinar. No perdía sus artes. A pesar de la distancia y el tiempo, Rosas era un encantador de serpientes. El mejor, el único. Y si podía desplegar sus dotes ante públicos desconocidos, tanto mejor.

Por la noche, la reunión de amigos se fue transformando en otra cosa. La fiesta continuó en la taberna y allí Juan Manuel conoció a varias damas alegres y hermosas. Rápido, eligió a la más jovencita, una belleza de melena oscura y ojos azules, parecidos a los suyos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Mary es mi nombre, señor —respondió la muchachita con una gracia inusitada.

—Pero *Lady Mary*, qué alegría conocerte —dijo Juan Manuel y se acomodó mejor en el sillón de un cuarto reservado—. Ahora me conocerás mejor a mí.

Le ordenó que se quitara la falda y el *corset*, y con una mano la instó a que caminara desnuda delante de él. Le gustaba mirar el cuerpo joven de mujer. A la cuarta vez que la hizo ir y venir, la tomó del brazo y la arrastró hacia sí. Sin la más mínima caricia la poseyó con furia.

Fueron tres días de descontrol y juerga. Las mujeres iban y venían de la cama de Rosas a la taberna como en un sueño. El ímpetu de Juan Manuel parecía haber vuelto.

Los años que sumaba parecían bien escondidos y el mal que lo había postrado durante meses había quedado agazapado. Rosas volvía a la carga.

\* \* \*

—¡Mamita, mamita! ¡Carta del Tata! ¡Recibimos carta de Inglaterra! Una para usted y otra para mí —gritaba desesperada Angelita.

La segunda hija de la prole bastarda de Rosas buscaba a su madre por la casa y no la hallaba. Blandía las dos cartas como un espadachín listo para la defensa. No en vano era la «soldadito» de su padre. Ya no le entraba aquella chaqueta de charreteras, igualita a la de Rosas, con la que la habían vestido de pequeña, pero la veneración que sentía por aquel hombre había permanecido intacta a pesar de la distancia.

Ángela salió a los jardines de la casa a ver si allí encontraba a su madre. Como era de esperar, María Eugenia estaba apostada debajo de un árbol de copa ancha fregando las sábanas de sus hijos. La jovencita corrió a la velocidad del rayo hasta la tinaja y sin mediar palabra, le entregó ambas cartas.

—¿Qué es esto, niña? —preguntó la madre mientras se secaba las manos con el delantal.

—Son del Tata, mamita. ¡Nos escribió! —dijo Ángela con lágrimas en los ojos.

A María Eugenia le costaba para respirar. No encontraba el aire, como si se lo hubiesen robado. El corazón era una tromba, no podía creer que al fin tendría noticias de Juan Manuel, luego de tres años y medio de silencio cruel. Tenía ganas de gritar, de echar veneno por la boca de la ira que había acumulado en ese tiempo. Pero no, ella no era así. Debía agradecer eternamente al hombre que le había dado a esos hijos tan queridos. Ella le debía la vida, había vuelto a nacer junto a él. No podía ser tan ingrata, algo le habría sucedido para demorarse tanto en dar señales de vida. Él sabría.

—Qué alegría, hijita querida. ¿Y a ti qué te dice? —Llevada por el temor y la ansiedad que le provocaba el contenido de esas cartas, María Eugenia dilataba el momento de la lectura.

—Me agradece el pañuelo que le regalé, me dice que lo sigue usando en mi nombre —dijo Ángela, mientras releía una vez más la carta que a esa altura se sabía casi de memoria—. «No me he casado porque no tengo con qué mantener a una mujer, y yo con mujer con plata no quiero casarme. Por eso verás que en lo que te dicen te han engañado.»

Angelita se ruborizó. No quería lastimar a su madre. No se había dado cuenta que aquello podía incomodarla.

—Ay, niña. Vamos, continúa con la lectura, ¿o crees que no conozco de memoria a ese hombre que es tu padre? —dijo Eugenia impostando unas formas despreocupadas que nada tenían que ver con lo que sentía internamente.

—No dice mucho más, mamita. Dice que la abraza a usted y a mis hermanos en su nombre —y le dedicó una sonrisa—. Que le dé sus recuerdos a la ingrata y desleal

de Juanita Sosa, y que reciba el constante cariño de «tu afectísimo paisano».

La sonrisa se convirtió en una mueca de angustia y desilusión. Eugenia le acarició el brazo, nada le dolía más que el desasosiego de sus hijos. A ella aquel hombre podía hacerle cualquier cosa, pero ver la tristeza en los ojos de su hija era demasiado.

—Seguro que está muy ocupado, Angelita. Sabes lo importante que es tu padre, las responsabilidades lo llaman a toda hora. Algo muy urgente debe haberlo obligado a este silencio interminable y a la brevedad de su carta. Pero has visto, nos ha escrito —dijo, y le costó tragar.

—¿Y qué dice en la tuya, mamita? —preguntó Ángela casi en un susurro.

—De todo un poco, niña, pero nada muy bueno —Eugenia leía con voracidad—. Me responsabiliza de lo que nos ocurre por no haberlo acompañado. —No daba crédito a lo que leía. Incluso sentía un poco de pudor de hacerlo frente a su hija—. Dice que soy una desgraciada por culpa de mi maldita ingratitud —agregó con un hilo de voz.

De un salto, Angelita abrazó a su madre. La rebelaba verla en ese estado. Nadie tenía derecho a lastimarla, ni siquiera su padre.

—Y termina la carta diciéndome: «Si como debo esperar de la justicia del gobierno, me son devueltos mis bienes, entonces podría disponer tu venida con todos tus hijos y la de Juanita Sosa, si no se ha casado, ni piensa en eso» —y continuó con alguna dificultad—. Me agradece el escapulario de Nuestra Señora de las Mercedes pero me reclama el apero que le saqué de Palermo, porque dice que es una cuarta más largo que los comunes, de una cabezada a la otra. Dice que es un recado muy bueno, difícil de encontrar, ni aunque se haga uno igual. Me agradece el que le mandé junto a aquella cincha, pero que aquel recado no le sirve porque es muy corto y le lastima. Y también, como a ti, se despide el afectísimo paisano.

Eugenia perdió la mirada en el horizonte y suspiró. Tomó fuerzas de donde pudo y decidió que le respondería de inmediato. Se acomodó la falda, tomó la tinaja con las sábanas mojadas, las retorció y las colgó al sol. Angelita la seguía detrás como un perrito.

—¿Qué hacemos, mamita?

—Vamos a responder la carta, hija. Estoy en vena. Veremos cuándo podemos enviarla.

Entraron a la casa y fueron directo a la recámara. Eugenia tomó aire despacio, como si buscara el temple que se le había perdido. Se sentó a la mesa, tomó la pluma y un papel y dio rienda suelta a sus emociones. Angelita fiscalizaba todo a su lado.

*Mi querido padre y señor,*

*Con cuánto gusto tomo la pluma para saludarlo y saber de su importante salud y al mismo tiempo contestar su carta fecha 5 de junio de 1855, que no ha sido por falta de voluntad, si no que he estado no sé si media falta con el pleito que todavía estoy pleiteando y sin poder acabar. Señor, verme que me echaban de la casa y que tendría que salir a rodar con mis hijos y yo le confieso, la verdad, que no acostumbrada a lidiar con esta gente de cabildo, que es la gente más ladrona y más pícaro que hay debajo de las estrellas, es el motivo de haberme olvidado de usted. Aunque yo jamás me he olvidado ni me olvidaré de usted.*

*Todos los meses le estaba por escribir. Cuando me acordaba, ya se había ido el paquete<sup>[17]</sup> y lo dejaba para el otro y así se ha ido pasando de día en día, que me ha dicho la señora doña Ignacia que estaba bastante quejoso conmigo. No tiene motivos pues usted no sabe las circunstancias ni los motivos ni cómo lo ha pasado una después de su ausencia; es verdad que como yo no iba a la casa de nadie, ni he incomodado a nadie, yo me he desenvuelto como he podido, sin que digan nadie de las familias de usted que los he incomodado en nada, porque cuando he ido a casa de alguno de ellos, no por pedirles sino por saber de usted y tener el gusto de saber porqué no les había escrito, me mostraban mal modo; hasta ahora no he vuelto a casa de ninguno, excepto la casa de la señora de Ezcurra, que a esa no he incomodado y siempre soy bien recibida, que ella puede informarle de mi conducta, si me había olvidado de usted, pues prueba tiene de que en todas las cartas le he mandado decir que mande buscar, si no lo quisiera no lo hubiera hecho, verá si en algo he faltado le suplico encarecidamente, por la señora doña Encarnación, que me lo haga saber. De doña Juanita Sosa no sé nada de ella, pues ella jamás me ha visto.*

*Reciba mil recuerdos de las muchachas, que no se olvide de ellas y de mi parte, le deseo mil felicidades, y que no se olvide de esta pobre desgraciada.*

*Sin más molestia, soy de usted como siempre su humilde criada,*

*Eugenia Castro*

Soltó la pluma y permaneció con la mirada perdida en las letras de tinta negra. No pudo evitar las lágrimas. Y Angelita volvió a abrazar a su mamá.

\* \* \*

Despuntaba el alba fría y húmeda de invierno. La escarcha aún no se evaporaba pero seguramente lo haría en unas horas. Petrona tenía todo preparado desde el día anterior. El coche aguardaba en la puerta, el cochero había puesto sobre aviso a la familia Villegas.

La muchacha tocó la puerta de las habitaciones de Juanita esperando que aún estuviera recostada. No era así. Juana estaba sentada en una de las sillas, bien erguida, con las ropas del día anterior y la cara arrasada por el malestar inconmensurable que la abatía hacía tiempo.

—¿Ya te cambiaste, Juanita? Qué bien, nos aguardan afuera.

—Esta es la ropa de ayer. No he dormido, Petronita. Como ayer, como hace días. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez —respondió Juana con dificultad.

Petrona estaba desesperada. El ánimo de Juanita había caído como en barranco y ya nada podían hacer ella y los suyos. A veces temía por la vida de su amiga, no sabía cómo contenerla. Había hecho todo lo humanamente posible, había cumplido con Manuelita y su pedido, pero ya no podía más.

—Vamos, Juana. El equipaje te lo lleva un criado.

—Apenas hay unas pocas cosas —respondió Juana, con la mirada dura.

Petrona la rodeó con el brazo y salieron. El cuerpo de Juana parecía de piedra. Subieron al coche, se acomodaron y el caballo arrancó por la calle repleta de silencio y soledad.

—Pero no has traído abrigo, Juanita. Hace frío, te vas a enfermar —dijo Petrona con preocupación.

—No siento nada, amiga mía. Además, adonde me llevan, si me enfermo podrán curarme, ¿no es cierto? —preguntó Juana inocentemente.

Petrona miró hacia afuera, no quería cruzar miradas con Juana. No podría explicarle hacia dónde iban. No tenía el valor suficiente para decirle que se dirigían al Hospital de Mujeres Dementes, donde Juana Sosa quedaría internada. En marzo de 1854 y luego de dos años de negociaciones con los gobiernos de turno, las integrantes de la Sociedad de Beneficencia habían logrado que la institución abriera sus puertas en los terrenos de la antigua Convalecencia<sup>[18]</sup>.

Petrona había intentado de todo para evitar ese trance de su amiga. Pero nada había logrado. Lo había consultado con algunas personas de su más absoluta confianza y todas habían acordado que una internación en el nuevo hospital era la única alternativa. Juana pasaba del ostracismo y el encierro hermético a la voluptuosidad extrema, sin solución de continuidad. Varias veces Petrona la había encontrado deambulando casi desnuda por las calles de Buenos Aires. La joven había aducido calores extremos. Oscilaba de las ansias de muerte al frenesí en cuestión de horas. Reía y lloraba alternadamente, y no sabía muy bien por qué. A veces podía explicar algo de lo que penaba, pero eran las menos.

El camino se hacía largo y lento. El traqueteo del coche hacía que a Petrona se le entrecerraran los ojos. Juana, por su parte, permanecía con la mirada clavada en un punto fijo, impertérrita. Una fila de tunas anunció el final del recorrido. De pronto Juana comenzó a moverse presa de una ansiedad repentina, como si entendiera a la perfección su próximo destino.

La tranquera estaba abierta, como sucedía cada vez que esperaban a alguien. La huella en el camino empezó a ampliarse y el coche avanzó con comodidad. Al fin llegaron, ya con la luz de la mañana iluminando el caserío de tipo español, de líneas rectas, gruesos muros y ventanas de doble postigo, cuyas paredes exteriores habían sido blanqueadas hacía poco.

Las mujeres bajaron del coche y se acercaron a la entrada. Antes de llegar, la puerta se abrió. Allí las recibió la comisaria del establecimiento.

—Buenos días, señoras. Qué bien que han llegado a horario, soy Mercedes Rocha de Castellanos —dijo con una leve inclinación.

—Vengo a dejar a la señorita Sosa. Pero pensé que veríamos a otra dama —señaló Petrona, algo inquieta.

—Entremos, alguna de las ayudantas llevará a la nueva interna a sus aposentos. Nosotras podemos conversar en mi despacho, si le parece bien.

Petrona abrazó a Juana y la emoción la embargó. Se separó y le prometió que la vendría a visitar pronto, que le traería las delicias que a ella tanto le gustaban y también noticias de Inglaterra. Impávida, Juana no dijo una palabra. Se dio media vuelta y siguió el camino que le indicaba la ayudanta sin ofrecer la menor oposición.

—Acérquese, doña Petrona. Hablemos un poco —dijo Mercedes al tiempo que le señalaba una silla.

—Discúlpeme la confusión de nombres.

—No, usted tiene razón. Hasta hace unas semanas estaba al mando la señora Rosa Clenano pero la han alejado de sus funciones por algunos malentendidos —explicó la señora de Castellanos, sin decir que había sido despedida por malos tratos y golpes a las internas—. Quiero que se quede tranquila, la señorita Sosa estará muy bien aquí. Y la enfermedad que sufre sólo puede ser tratada en el Hospital de Mujeres Dementes.

—Eso creo, pero de cualquier modo, nos sentimos en falta, mi familia y yo. Hemos hecho todo lo posible por cuidar de Juana pero se nos ha vuelto imposible, señora, esa es la pura verdad.

—Desde ya siéntase comprendida. Por eso aquí estará en buenas manos. Los médicos, los auxiliares, las cuidadoras, todos estamos en estado de disponibilidad constante. En ningún lado estará mejor cuidada que aquí. Puede volver tranquila a su casa —dijo la comisaria, a modo de cierre.

Petrona regresó al coche sin mirar hacia atrás. No estaba en condiciones de volver a ver a Juana todavía. Ahora debería comunicarle a Manuela la nueva situación de su gran amiga.

## CAPÍTULO XI

La decisión estaba tomada. Ya no había vuelta atrás, a pesar del silencio reinante. Nadie había intentado que cambiara de parecer. Juan Bautista y su mujer partían de Southampton. Regresaban a América. Ya no le encontraban demasiado sentido a seguir viviendo allí. Con su hijo Juan Manuel establecido en París para continuar con sus estudios, la vida en Inglaterra ya no tenía razón de ser para ellos.

Juan Bautista no la había pasado bien en Southampton. Los problemas económicos habían regido sus días. Lo que había heredado tras la muerte de su madre se había esfumado pronto. De aquello ya no quedaba casi nada y de su padre podía esperar poco. La situación de éste no era la mejor, pero tampoco había recibido alguna atención especial de su parte. Juan Bautista estaba acostumbrado a no reclamarle nada aunque el dolor lo atravesara. Los años habían pasado, tenía una esposa y un hijo, aunque por momentos aún se sentía como aquel niño desamparado que había sido alguna vez.

Había intentado diversos caminos para subsistir pero ninguno había resultado demasiado. Cándido Pizarro, un amigo de toda la vida, le había enviado ayuda económica a través de la firma Bunge, desde Londres. Incluso, algunas veces, tan sólo pedirlo, le habían entregado fondos antes del arribo de los giros correspondientes. Pizarro no sólo había socorrido a su amigo, sino que había cumplido con el envío de algunos encargos de Rosas: un lazo, un maneador, una cincha y un bozal. Don Juan Manuel elogiaba la amistad que había mantenido su hijo con Cándido. «Nada es comparable como contar con el corazón sano de un verdadero amigo; uno de los pocos consuelos de la amarga vida», le había dicho alguna vez.

También había viajado a París con su primo Lucio Victorio Mansilla, en busca de posibles negocios. «Veremos si hay algo que nos convenga por esos pagos», había dicho. Alguien les había comentado que las lanas estaban a muy buen precio tanto en Francia como en Inglaterra, pero todo había quedado interrumpido tras la decisión del regreso.

Manuelita había sido la primera en enterarse de la noticia. A pesar de la tristeza que le daba separarse de su hermano, entendía que aquello era lo mejor para él.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué tan lejos, Juan? ¿Acaso quieres escapar de Tatita? —le preguntó.

—Porque si no lo hago ahora no lo haré nunca. No puedo armar una vida a la sombra de mi padre, Manuela. Su figura es inmensa, de más está decirlo y nada de lo que yo haga estará bien a sus ojos. Necesito alejarme —intentó explicarle.

—¿Y adónde irán?

—A Santa Catalina, en Brasil.

—Claro, Buenos Aires es un peligro todavía. En Brasil estarán a salvo de los arrebatados de siempre.

Mercedes tomó de la mano a su marido. A pesar de todas las contingencias que habían pasado, ella seguía confiando en él.

—¿Y ustedes, Manuelita, seguirán aquí? —preguntó con mirada amorosa.

—Ahora más que nunca, mis queridos. Aún no lo sabe nadie pero estoy encinta otra vez. Y otra vez me muero de miedo.

Mercedes ahogó un grito y la abrazó. A los pocos segundos la soltó con cuidado, como si pudiera romperla en mil pedazos.

—Esta vez será la buena, ya verás, mi querida —dijo Mercedes tomando la mano de su cuñada—. No pienses cosas feas, Manuelita. Dios te dará un hijo hermoso, ya lo verás.

Manuelita no pudo evitar la emoción. Su hermano le palmeó el hombro y le sonrió. Estaba feliz por ella pero quería ser prudente. Ya habían pasado por la misma euforia y el desencanto había sido tremendo.

—¿Y Máximo que dice? —preguntó Mercedes.

—Aún no le he dicho nada, son los primeros en enterarse. Por favor, guarden el secreto. No quiero ilusionarlo todavía. Tengo terror.

—No te confundas, no menosprecies a tu esposo. Es inteligente y te adora. Ningún hombre te cuidará como él. Tienes que confiar.

Manuelita asintió con cautela. Ya se lo diría, ya llegaría el momento. No quería atosigarlo con sus problemas ni crearle ansiedad inútilmente.

—Bueno, mis amores, ¿cuándo parten, entonces? —dijo Manuelita, cambiando abruptamente de tema.

—En tres o cuatro días. Dependemos de la llegada del barco, pero no será más que eso —confirmó Juan Bautista.

—¿Y Tatita ya lo sabe?

—¿Para qué decírselo con antelación?

Manuelita tomó las manos de Juan. Igual que cuando eran chicos. Ella era menor que su hermano pero siempre había cuidado de él como una madrecita. Y él la había dejado hacer. Ellos dos y Pedro Pablo, su hermano devenido en primo, habían jugado a la familia compacta, sin padres. Y así seguía siendo, aun sin Pedro cerca.

A los tres días, Juan Bautista y Mercedes embarcaron rumbo a Brasil. Manuela y Máximo se despidieron con pena. Sin ellos, estarían más solos. Rosas no se movió de la casa, evitó despedirse en persona y se negó a recibirlos. Se excusó por no tener «el valor necesario para un personal adiós, ni para asumir el pesar de las despedidas».

\* \* \*

El 20 de mayo de 1856, en las afueras de Londres, nació el primer hijo de Manuelita Rosas y Máximo Terrero. La alegría de la flamante madre era inmensa. A los seis días lo bautizaron con los nombres Manuel Máximo Juan Nepomuceno, pero sólo se dirigían a él bajo el nombre de Manuel. Rosas, al enterarse, mandó una esquila de

felicitación escueta, anunciando que prefería llamarlo Nepomuceno José en recuerdo de su «primer amigo».

Como fuera, nada podía opacar la felicidad de los padres. Mientras Manuelita se dedicaba a las interminables obligaciones de madre, Máximo se había encargado de poner la correspondencia de su mujer al día. Había enviado por carta la noticia a las familias de ambos en Buenos Aires; allí les contaba que estaban asombrados con el tamaño del muchachito y enviaba un mensaje muy especial de parte de la madre a la querida Pituquita —como Manuelita llamaba a veces a Petrona—, que estaba muy ansiosa con el devenir del embarazo de su amiga. Y le pedía de su parte:

*Cuando tenga usted ocasión, dará la nueva a Juanita Sosa, abrazándola por nosotros que siempre la recordamos. ¿Se habrá ella olvidado, cuando se reía como una loca a la idea de verme con un Terrerito a cuestas? ¡Así es la vida! ¡Cuánto ha cambiado todo! Y por qué concurrencia de circunstancias nuestro niño vino a nacer en tierra extranjera. A cuánta consideración lleva esto...*

A toda hora, Manuela se desvelaba por su niño. Pero no era la única. Junto a su marido no tenían otro pensamiento ni anhelo que no tuviera que ver con su «tesorito», como le decían en la intimidad. Día a día, la madre anotaba en un cuaderno todos los adelantos del bebé: que pocos días luego de que cumpliera los cinco meses les había obsequiado dos dientes, y que no creía que llegaría a los siete sin otros dos más, ya que las encías así lo aseguraban. Como toda madre primeriza mostraba a su bebé como si fuera la criatura más hermosa del mundo y, en cada oportunidad que tenía, aseguraba que era tan pícaro y avispado que ya empezaba a entender todo lo que se le decía. En español y en inglés, por supuesto.

Pero antes de que el niño cumpliera nueve meses, un suceso vino a alterar la alegría familiar y los padres novatos vivieron un momento aterrador. El primero de febrero, Manuel se despertó con un llanto desmesurado. Manchas rojas cubrían todo su pequeño cuerpo.

—¿Qué tiene mi niño? Haz algo, Máximo, por favor —gritó Manuelita con desesperación apenas lo vio.

Máximo miraba a su mujer sin saber qué hacer ni qué decir. Manuelita parecía una fiera enjaulada. Al ver que el hombre estaba paralizado, le pidió que se quedara al lado de la cuna del niño y le dijo que volvería pronto. Su marido no atinó a detenerla. Manuelita montó su caballo así como estaba, sin abrigo ni sombrero, con los pelos revueltos y la cara desencajada y empapada en llanto, y salió al camino en busca de ayuda. Los gritos del bebé retumbaban en su cabeza como una ráfaga de tiros. El trayecto hasta la casa del médico se le hizo eterno, como una vida entera.

Como era de prever, no lo encontró. Su mujer le dijo que el doctor estaba haciendo la recorrida por lo de sus pacientes. Manuelita empezó implorando pero su voz se convirtió en un rugido. Que dónde estaba su marido, que más valía que la llevara con él o no respondía por sus actos. La mujer comprendió que algo grave sucedía y que mejor sería que le diera una respuesta eficaz. Luego de meditar unos

instantes, le pasó una dirección donde estimaba que su marido estaría en ese momento. Sin decir gracias, Manuela volvió a montar, clavó sus tacos en las verijas del animal y salió al galope. Cuando por fin dio con el médico, lo arrancó de la consulta con sus súplicas para que se fuera con ella.

En casa de los Terrero, el panorama había empeorado. Las ronchas en el cuerpiño del niño se habían extendido y lloraba como si lo estuvieran apaleando. Verlo y perder la conciencia fue todo uno para Manuelita. El doctor debió asistir a la madre antes que al niño. El diagnóstico no ofrecía duda: el pequeño Manuel sufría de fiebre escarlatina y la gravedad de su estado era considerable.

—No puede ser cierto, Dios mío, no puede ser —imploraba Manuela al doctor—. Dígame que todo esto es un mal sueño.

—Señora, le ruego que se calme. Le daré medicación fuerte, y debemos orar para que se salve. Pero tenga fe, *Mrs. Terrero* —El médico intentaba sin éxito apaciguar la desesperación que dominaba a la mujer.

Máximo abrazó a su esposa y ella se rindió ante él. Era una mujer rota.

Siguieron días aciagos de incertidumbre y desolación. Por momentos, Manuelita creyó que se volvería loca. No podía contener los malos pensamientos, a pesar de que la evolución del niño era positiva, aunque lenta. La idea de que pudiera morir la asaltaba sin cesar. No podía imaginar cómo sería la vida sin su hijo, y tampoco podía evitar pensarlo.

Como el médico les había advertido que sucedería, el pequeño terminó contagiando a sus padres. Máximo y Manuelita sufrieron la enfermedad con gran virulencia. El médico ordenó que guardaran cama cada uno en sus habitaciones, y el niño debió ser atendido por los criados de la casa hasta que el peligro hubiera pasado. El estado físico y moral de Manuelita era catastrófico. Y con su marido lejos de ella, todo era mucho peor. La única persona que siempre había logrado calmarla y consolarla era Máximo. Y eso, en aquellas condiciones, era imposible. La fiebre tenía postrado a su marido. Durante varias semanas, en la casa de los Terrero sólo hubo angustia.

Pero el niño salvó su vida y poco a poco, sus padres también fueron mejorando. Desde ese episodio, Manuelita velaría por su hijo día y noche, como si fuera un ángel caído del cielo.

Al año siguiente, el 22 de septiembre de 1858, con cuarenta años cumplidos, Manuelita tuvo a su segundo hijo, Rodrigo Tomás, a quien su abuelo apodaría «Clímaco Baldomero». A Rosas, su rol de abuelo de los hijos de su querida Manuelita le importaba poco. Lo único que desvelaba a don Juan Manuel era el bienestar de su hija. Cuantos menos intermediarios hubiera entre ellos dos, tanto mejor.

\* \* \*

En 1857, Rosas decidió pasar unos meses en Londres. Había aceptado la invitación de uno de sus tantos amigos ingleses a participar de varias reuniones con personalidades encumbradas. Pero hubo una, sobre todo, que le produjo una inquietud especial. Federico Dickson, el cónsul de la Confederación en Londres, había organizado un convite en su casa y Rosas había sido uno de los invitados especiales.

El gran salón estaba ocupado por damas y caballeros elegantes y ávidos de conversación. Algunas señoras intentaron acercarse al americano menos conocido pero más cautivante de la velada. Algunas lo hacían discretamente, con el juego del abanico y las miradas; otras, menos pudorosas, elegían la vía directa de las preguntas. Rosas parecía divertido; nunca daba un paso atrás cuando de mujeres se trataba. Les conversó en inglés, a pesar de sus dificultades con el idioma. Su mala pronunciación no lo detenía a la hora de seducir. El embeleso que causaba en el sexo opuesto era evidente. Sin embargo había allí alguien que le generaba más interés que cualquier belleza europea.

En la otra punta del salón, un caballero conversaba con el cónsul. A la distancia, Rosas observó con detalle al hombre de baja estatura y melena imponente, aunque con entrada grande en un lado y onda del otro. La palidez de su rostro de facciones finas llamaba la atención, así como sus mejillas hundidas, apenas ocultas por las patillas y el bigote. Ambos hombres se miraron desde lejos y continuaron cada uno con lo suyo.

—Permítame, *Lady Georgina*, no me eche de menos; estaré de regreso cuando usted menos lo espere —dijo Rosas a su circunstancial interlocutora, mientras tomaba la frágil mano que no sostenía el abanico y se la besaba.

Se acomodó la casaca, elevó el mentón y caminó hasta donde estaban el dueño de casa y el misterioso hombre, que no era otro que el ministro de la Confederación, Juan Bautista Alberdi, el enemigo implacable que desde Valparaíso y Montevideo lo había combatido durante años, el autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853 y de tanto más.

—Don Juan Manuel, venga, acérquese. ¿Conoce al doctor Alberdi, no es cierto? —preguntó Dickson con diplomacia.

—Cómo no conocerlo, don Federico. Sabemos muy bien uno del otro —dijo Rosas y les dedicó la sonrisa más seductora de la ciudad.

—Me place verlo tan bien, señor. Lo digo en serio —saludó Alberdi con su voz delgada y modos clericales. Estaba sorprendido: Rosas no aparentaba los sesenta y cuatro años que tenía.

Se dieron la mano sin rencor, con palabras corteses, como dos caballeros que hubieran perdido la memoria, y buscaron un lugar menos concurrido para poder conversar sin testigos inoportunos.

—¿Cómo lo trata Londres, doctor?

—Muy bien, gracias a Dios. Pero no esperaba que fuera de otro modo.

—¿Y las cosas en el Sur? Me entero de todo pero siempre es bueno escuchar otras opiniones, ¿no le parece? —preguntó Rosas con picardía.

—Sabrá entonces que el Presidente me ofreció el Ministerio de Hacienda pero no lo acepté —empezó Alberdi con cautela—. Preferí las funciones diplomáticas y aquí me tiene.

—Lo comprendo a la perfección. Le rogaría que en cuanto tenga oportunidad le diga al general Urquiza que le estoy intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia mí. Si algo poseo hoy para vivir, a él se lo debo. Prefiero, sin embargo, guardarme mis opiniones políticas, sin perjuicio de mi respeto por la autoridad de mi Nación.

Alberdi permaneció un buen rato observando a su interlocutor. Había esperado tener enfrente a aquella persona intempestiva y ávida de combate que conocía de otros tiempos. Pero el Rosas que se le presentaba parecía más calmo, menos iracundo, con ánimo de conciliar. Nunca lo había considerado un buen hombre, y sin embargo ahora empezaba a cambiar de criterio.

—¿No están bien sus cosas, señor? —preguntó Alberdi.

—Vivo una difícil situación económica, pero eso ya es sabido. No he traído dinero desde allá, aunque sí todos mis papeles históricos, en cuya autoridad descanso. Nos han quitado todo, doctor, a mí y a mis hijos —confesó Juan Manuel, con tono medido, lejos de la iracundia de siempre.

—Le diré la verdad: me parece odioso lo que han hecho con usted. Mi pasado político me condiciona un poco pero eso no me impide ver la realidad. Cuánta injusticia, cuánta inmoralidad.

Rosas se quedó mirándolo. Le asombraba escuchar esas palabras en boca de Alberdi. El antiguo contrincante parecía lejos de serlo.

—Incluso me ha parecido un escándalo ese juicio promovido por Alsina... —comenzó a decir Alberdi, pero Rosas lo detuvo con un gesto de su mano.

Un año antes, la Comisión de Negocios Constitucionales del Senado de Buenos Aires había formalizado la presentación del «Caso Rosas», a quien había declarado «reo de lesa patria por la tiranía sangrienta que ejerció sobre el pueblo y por haber hecho traición a la independencia de la patria». Lo habían acusado, además, del robo de dinero público.

—Permítame hacerle una recomendación. Debe defenderse hasta por patriotismo, por decoro de su país. Callar sería dar la razón al que habla, aunque no la tenga —sentenció Alberdi, serio.

—Puede que tenga razón, doctor —Rosas se abandonó en sus pensamientos—. Y, en ese caso, tal vez usted pueda ayudarme.

—En lo que pueda, será un gusto.

Rosas meditó en silencio la posibilidad de romper el silencio. Presentaría tres protestas por escrito en tres idiomas, descalificando la legitimidad de los funcionarios

que habían pretendido juzgarlo, y las entregaría a gobiernos europeos y a distintas personalidades del país. Una se la enviaría a Urquiza; la otra, al propio Alberdi...

—Y déjeme agregarle, señor. A raíz del proceso contra usted, se ha visto aquí una prueba de que Alsina es incorregible y que nada bueno se puede esperar de él.

—Le agradezco sus palabras. Atemperan mi ánimo y confirman los pasos que he tomado. Pero cambiemos de tema, ocupémonos de asuntos menos solemnes —dijo Rosas, con expresión jovial.

—Cuénteme cómo está su hija, la inolvidable doña Manuelita —dijo Alberdi, y notó una leve tensión en los carrillos apretados de Rosas.

—Se ha casado y tiene dos hijos. Viven todos aquí, en Londres.

—¿Y su vida en Southampton, cómo es?

—Tengo una gran simpatía por esta tierra. Con los ingleses nos hemos sabido entender de maravillas. Y estoy contento con los animales de estos campos. Por supuesto, no pueden compararse con los nuestros, pero los caballos ingleses han sabido cautivarlos. ¡Y los perros! Me ha llamado la atención el cuidado extremo que les profesan por aquí. Usted sabe de mi devoción por ellos.

Las horas pasaron como si nada y la charla entre los caballeros continuó sin que nadie los interrumpiera. Cada tanto se hacía un silencio incómodo, como si eligieran las palabras, pero rápidamente retomaban el flujo de la conversación. El encuentro anunciaba el inicio de una amistad inesperada entre dos viejos enemigos con mucho en común.

\* \* \*

Con Manuelita y su prole viviendo en Londres, y su hijo y su nuera de nuevo en América, la vida de Rosas en Southampton era casi monacal. De a poco fue transformándose en un ser huraño y hosco, que apenas recibía la visita ocasional del reverendo Robert Mount, párroco de St. Joseph, y de su vecino, el doctor John Wibbling. Este último era un cirujano que había tenido una actuación destacada durante la epidemia de cólera que había azotado a la ciudad en 1850, cuando aún los Rosas disfrutaban de las mieles de la bonanza política en Buenos Aires.

El encierro fue en aumento. La vida social, de la que tanto había disfrutado tiempo atrás, ya no parecía interesarle. Pero el gran motivo de su angustia y su reclusión era la falta de dinero. Había llegado el momento en que los recursos habían alcanzado prácticamente su fin y su situación económica empezaba a tornarse demasiado precaria.

A Rosas no le gustaba pedir. Era demasiado orgulloso para eso. Pretendía que todos supieran de antemano cuáles eran sus necesidades y cómo colmarlas, y si eso no sucedía se llenaba de ira. A veces parecía una criatura caprichosa, pero lo cierto es que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Los pedidos no eran moneda corriente para él, sin embargo, la situación por la que pasaba lo urgía demasiado. Por primera vez en su vida sentía una auténtica inestabilidad, al punto que se había visto obligado

a confiárselo a su hija. No precisó más que eso. De inmediato, Manuelita envió una carta a Pepa Gómez advirtiéndole las novedades. Rosas, por su parte, hizo lo propio con su amiga. Le confió que ya no podía participar de los convites que recibía y que le era imposible frecuentar a importantes personalidades, a través de las cuales hubiera podido hacer:

*... mucho a favor de esas naciones de Sud América si hubiera tenido los recursos necesarios para visitar y asistir a las comidas de las personas eminentes. Pero en estos países eso no puede hacerse sin el dinero necesario, que es mucho más de lo que parece cuando no se conoce por no haberlo practicado. Ahora mismo recibí, hace pocos días, una carta de Francia avisándome lo bien que había hablado de mí el señor Ministro de Relaciones Exteriores de S.M. el Emperador, y sus deseos por que fuera a París, para el mismo señor Ministro personalmente presentarme a una bien distinguida sociedad, a la que concurría frecuentemente S.M. el Emperador, como uno de sus miembros. Pero mi absoluta falta de recursos no me ha permitido acceder. Hoy repito asegurándole a usted que nada tengo.*

Pero no se quedó ahí. Hizo de tripas corazón y se atrevió a enviarle correspondencia a Urquiza, a quien le reclamó que intentara destrabar la desconfiscación de sus bienes y los de su hija. La amiga dilecta de Rosas, doña Pepa Gómez, hizo lo suyo y le escribió al Presidente. Junto a su misiva, le hizo llegar:

*... dos cartas, una de puño y letra de Manuelita y la otra, una tarjeta del general Rosas, de esos personajes mis amigos desterrados en Patria Extranjera —para que V.E. se penetre de la gratitud e intereses con que lo recuerdan, las que impondrán a V.E. de lo que ha motivado esos recuerdos agradecidos...*

Desde Paraná, Urquiza le envió una carta al general caído, donde manifestaba una buena disposición «hacia su persona e intereses. Y creo que usted no debe perder las esperanzas de que sus conciudadanos vuelvan sobre esos actos que son la expresión de la venganza y de los odios mezquinos». Sin embargo, Rosas estaba completamente desmoralizado. Ni las palabras del Presidente de aquella que había sido su Confederación querida, lograron apaciguarlo. El remate de sus posesiones se había consumado: la estancia La Blanqueada se había dividido en lotes para ponerlos a la venta y los campos de Palermo seguían expropiados por esos ingratos porteños.

Por si fuera poco, le había llegado la noticia de que su hermano Prudencio había muerto el año anterior en Sevilla. A pesar de la lejanía y a pesar del tiempo que había transcurrido sin ver a su familia directa, los lazos de sangre se anudaban tan fuerte como siempre. Incluso a pesar de él. Rosas había jugado al hombre distante toda la vida, sólo unido a su esposa y a su hija. Sin embargo, bastaba sacudir apenas el polvo con el que se cubría para encontrar sus emociones enterradas.

Rosas estaba solo. Se sentía solo y pobre. Por primera vez, todo lo que veía hacia adelante era oscuridad.

## CAPÍTULO XII

*Ya llega mi esposo, mi hombre, el hombre de todas pero más mío que de ninguna. Porque conmigo se quiso desposar, con el resto, nada. Yo soy su mujer, la elegida, la favorita, la única. Quien supo domarlo, más que la otra esposa, la Encarnación esa que lo acompañó hasta que abandonó el respiro, agobiada de tanto perdonar. Es que ninguna supo atarlo, salvo yo, su Edecanita, su monta lasciva...*

Día y noche, la cabeza de Juanita Sosa trabajaba frenéticamente. Las palabras se le amontonaban una sobre otra, sin orden alguno, y la atrapaban en su laberinto imposible. Hacía tiempo que no hablaba. A lo sumo a veces escribía, pero cada vez lo hacía con menos asiduidad. Lo último que había tenido su firma había sido una carta dirigida a Manuelita Rosas.

La habían sentado en su silla, frente a la ventana, como todas las mañanas. Allí parecía encontrar algo de paz, sus gestos se calmaban. O eso preferían creer las ayudantas del hospicio. Porque con Juana nunca se sabía, un día amanecía suave como una seda y al siguiente podía transformarse en una fiera incontrolable.

Todas las mañanas comenzaban con el mismo ritual. Se levantaba con las primeras luces del día, desayunaba y luego la acomodaban cerca de alguna ventana. Ella no cumplía con las tareas que llevaba a cabo el resto de las internas. Estaba dentro del grupo de violentas o agitadas, separadas de las demás, que participaban del cuidado del establecimiento: barrían los pisos, arreglaban las habitaciones, se aseaban a sí mismas. El personal de limpieza era escaso y se encargaba sobre todo de las que no podían valerse solas. Juanita Sosa no estaba con unas ni con otras. A ella la levantaban, la limpiaban —cuando lo permitía— y la dejaban que se perdiera en su catatonia. Las otras, en las cuales la demencia se presentaba con formas más benignas, estaban sujetas a un régimen preestablecido: luego del aseo se reunían en el comedor para tomar mate; después algunas se dirigían a trabajar al campo o a la lavandería, y otras iban al taller de costura donde cosían camisas y calzoncillos hasta la hora del almuerzo. Enseguida retomaban las tareas hasta las 5 de la tarde, cuando comían y rezaban hasta que la luz del día se apagara.

Entre las recluidas había de todo: mujeres con inestabilidad emocional y también algunas pobres desgraciadas que, antes de la apertura del Hospital de Mujeres Dementes, habían estado amontonadas en la cárcel o vagando por las orillas de la ciudad. Aunque también podían caer en la reclusión algunas señoras viudas y sin lazos familiares que las pudieran ayudar o sostener. Era el caso de Tomasa, la hermana de Bernardino Rivadavia, quien había sido recibida en el hospital poco tiempo antes por expreso pedido de Urquiza, que había considerado que estaba al borde de la mendicidad. Con ochenta años, ciega y sin nadie que pudiese hacerse cargo de ella, Doña Tomasa había desembarcado en la institución junto a dos criadas para su cuidado personal.

Al mediodía era la hora de la consulta médica. Con una de las asistentes como mascarón de proa, los dos médicos de la Convalecencia, los doctores Ventura Bosch y Osvaldo Eguía, entraron al cuarto de Juana Sosa. Bosch era un miembro respetado dentro de los ambientes decentes de Buenos Aires y con una carrera política en ascenso luego de Caseros. Eguía, en cambio, era un joven sin vínculos directos con la sociedad porteña, cuya carrera profesional, a diferencia de su colega, estaba signada por la pobre relación con la cúspide médica. Guiado por Bosch, el joven doctor se había recibido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en el '52 y era quien trataba a las dementes con una medicación especial, la camisa de fuerza y los baños, siguiendo las corrientes psiquiátricas francesas de Esquirol y Pinel, en cuyo honor se había nombrado a dos de los patios internos del hospital.

—Buen día, Juana. ¿Cómo te sientes hoy? —preguntó el doctor Bosch conociendo de antemano la respuesta.

La enferma apenas movió la cabeza pero continuó en su letanía. Sólo con eso demostraba que algo interrumpía su estado. Los médicos hacían uso de la típica variedad de formalismos pero conocían muy bien a sus pacientes.

—No escucha, no entiende, Ventura —intervino Eguía—. La paciente vive en su mundo, que no es precisamente el nuestro. Hemos intentado todo. Incluso las monjas han probado con su rutina de rosarios y plegarias, pero nada. Alguna vez han logrado que Juana repita las oraciones pero no hemos podido confirmar si entiende lo que dice o es un puro balbuceo.

Los médicos se acercaron a la silla y la giraron para que Juana los mirara. El cuerpo y la cara de la Sosa enfrentaban a los caballeros pero su mirada parecía insondable. El brillo, que en otros tiempos había teñido aquellos ojos con una intensidad fulgurante, había desaparecido. Estaban muertos.

—Difícil traer a la realidad a esta señorita que ha vivido en aquellos tiempos virulentos, Osvaldo. Esta institución promete apoyo y sostén de la moral. Algunas, como Juana, eligieron el camino salvaje. Una pobre desvalida que no ha tenido quién la encamine.

—Los baños algo la han aplacado, pero parece más lejos de la vida que otra cosa —el doctor Eguía la observaba con atención.

—Bueno, el sitio donde está emplazado nuestro hospital es perfecto. El aire lo ventila por todos lados y la vista se extiende sin interrupciones, cosa muy importante para calmar la excitación de las dementes. Yo guardo esperanzas de que pueda curarse —señaló Bosch.

Eguía la tomó de las manos y le giró los brazos. Tenía marcas, rayones casi en carne viva. Controló sus uñas, estaban cortadas al ras. Había dado la orden de que así estuvieran luego de confirmar que la paciente podía llegar a flagelarse hasta el extremo. Juanita parecía no reparar en lo que hacían con ella. El doctor volvió a mirarla a los ojos y ella le respondió con los suyos totalmente vacíos. Eguía y Bosch

intercambiaron algunas palabras más y salieron de la habitación; debían continuar con la recorrida.

Juanita permaneció impasible durante varios segundos, igual a como la habían dejado, con la vista perdida hacia la puerta que estaba herméticamente cerrada. Luego, con un gesto automático, empezó a rascarse un antebrazo y a su turno el otro. Las uñas romas casi no dejaban marcas en su piel blanca, pero la insistencia por hundir sus dedos en la carne persistía.

*Hombres que hablan de mí, que dicen de mí; qué sabrán ustedes, bazofia pestilente. Mi cuerpo ha sido mi cárcel y ahora vivo en otra jaula, gracias a los cielos... El terror de salir, la pavora de existir... Tengo que contener la sangre, se me quiere escapar, va a inundar la ciudad, esta ciudad que se ha anegado con la sangre de todos... Lazos sanguíneos, uniones sanguinolentas, corazones sanguinarios, cuerpos sangrantes... Eso es lo que hay y nada más. Los cuerpos, el mío y el suyo, mi General. Su pecho pegado a mi espalda desnuda... ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me ha dejado aquí abandonada? ¿Tendrían la verdad de su lado quienes lo llamaban "tirano"? Conmigo no ha sido tal, mi General. Quien ejercía la tiranía era yo; la tiranía del cuerpo animal. Mi carne despierta ansiedad de penetrar. Orates. Todos orates, que han creído que me poseían. ¿Habrán sabido lo que hacía falta para tenerme a su merced? Idiotas, no han tenido ni la más remota idea. La dueña de mí misma siempre he sido yo. Y lo seré hasta el final de mis días. Y tú, Juan Manuel de todas las desgracias, más temprano que tarde devendrás en el monstruo impotente que has escondido siempre. Te maldigo, Juan Manuel. La reina soy yo y me mirarás de bien lejos...*

Con la espalda bien erguida y el mentón hacia adelante, Juana miraba hacia la pared. La mirada hueca, los ojos llenos de lágrimas.

\* \* \*

Juan Manuel había hecho cuentas y el resultado no lo conformaba. En momentos como este extrañaba a Encarnación. Ella se había encargado de los libros mientras vivía y había manejado los números de la casa con una lucidez única. También lo había hecho con la economía de su familia y con las arcas del ya fallecido Facundo Quiroga, que había gustado demasiado de la apuesta fuerte. A pedido del caudillo, Encarnación había aplicado su mano de hierro y le había prohibido sacar una moneda de su propia bolsa, salvándolo de la ruina.

Pero su esposa hacía años que había muerto y él ya casi no la recordaba. Cuando olvidó su cara, su voz, cuando sintió que era imposible traerla de vuelta, ni siquiera a través de sus pensamientos, se sintió muy mal. Hablaba de Encarnación como si no la hubiera conocido. La culpa lo horadaba y el olvido había hecho lo suyo. Sin embargo, cuando se enfrentaba a situaciones que su esposa hubiera resuelto con una calidad excelsa, miraba al cielo y la llamaba en silencio.

Rosas recibía a su yerno que le traía noticias de Manuelita, que se había quedado en Londres con los niños. Máximo había llegado con algunos presentes de la ciudad, que su suegro apreciaba mucho.

—¿Y cómo están esos sabandijas? —preguntó, fingiendo un interés que no sentía.

—Muy bien de salud, por suerte. La madre se ríe mucho con sus inglesitos. Viera cómo hablan esos niños, los dos idiomas a la perfección —respondió Máximo con orgullo de padre.

—Gracias por los quesos y las jaleas que me traes. Sabes que son muy apreciados en este momento.

—No tiene nada que decir, Juan Manuel. Y en cuanto pueda, me ha dicho Manuelita que se viene con Manuelito y Rodrigo a pasar unos días con usted.

—Tengo que hacerte una confesión, Máximo, las cosas no están bien.

—Eso ya lo sé, Juan Manuel. Su hija me cuenta lo que sucede en esta casa —Máximo intentó ser prudente y no provocar la ira de su suegro; para su asombro, Rosas permaneció tranquilo—. Pero también me comentó que aguardaban buenas noticias de Buenos Aires.

—Aun cuando Urquiza lograra desconfiscar mis bienes y pudiera venderlos a todos ellos, no sería mucho lo que me quedaría. No hay que olvidarse de que he estado recibiendo, cada año, tres mil libras esterlinas, a condición de pagar nada de ellas mientras que no me fueran devueltos mis bienes. Pero en algún momento tendré que cubrir esa deuda. Agradezco la ayuda que me ofrecen ustedes, Máximo, además de la que recibo desde Buenos Aires de mi amigo José María Roxas y Patrón, pero estoy preocupado.

—Lo entiendo, Juan Manuel.

—¿Conoces la última noticia de los Anchorena, sangre de mi sangre? Me cuenta Roxas que ha intentado, por medio de distintos contactos, que los Anchorena me abonasen los sueldos y comisiones adeudadas de cuando administré sus estancias. Imagina el tiempo que ha pasado. ¿Sabes la respuesta? Le han dicho que quien está en deuda con ellos soy yo. ¡Qué desgracia tener que asistir a una traición detrás de la otra!

—Es indignante, realmente. Pero usted ya debería estar acostumbrado, Juan Manuel.

—Nadie se acostumbra a la deslealtad, Máximo. Y es mejor que así sea. Sólo con la pérdida de la memoria podría sucederme algo así. Yo no olvido. Pero déjame decirte que estuve pensando y se me ha venido a la mente una buena alternativa para sobreponerme al mal trago. Podría alquilar una casa en el campo para cultivar la tierra, criar ganado y vivir de eso. Es algo que sé hacer bien. ¿Qué te parece? —Los ojos de Rosas recuperaron algo del fulgor de otros tiempos, como si hubiera vuelto el tiempo hacia atrás.

—Me parece una gran idea. Por favor, permítame ayudarlo a buscar la tierra adecuada.

Los días subsiguientes, suegro y yerno rastrillaron juntos la zona en busca de un terreno apto para la cría y el cultivo. Por fin dieron con uno que les pareció ideal: la granja Burgess Street Farm, a las afueras de Southampton. Se decidieron sin demora y la transacción se realizó con el propietario, John Willis Fleming, de North Stoneham, con quien Rosas construiría una gran amistad. Y como era su costumbre, también le puso un sobrenombre: Lordland.

El entusiasmo pareció volver al cuerpo de Rosas. Decidió mantener las dos residencias, la de Carlton Crescent y su nueva residencia campestre. La situación le recordaba otra época, tiempos de bonanza que entonces parecían eternos. Como cuando vivía en Buenos Aires y habitaba, alternativamente su vasto caserón de la calle Biblioteca<sup>[19]</sup> entre Perú y Universidad<sup>[20]</sup>, comprado a su suegra y ensanchado con las casas linderas, y su residencia en Palermo de San Benito.

Establecerse en la granja fue un cambio de aire que le sentó de maravillas. La casa contaba con nueve habitaciones y un jardín, más algunas construcciones auxiliares cercanas a la principal. Al poco tiempo se instalaría en la casa una criada de nombre Mary Ann Mills, que pronto se transformaría en su mano derecha y sería la encargada de excusarlo cuando así lo prefería. También se instaló en la granja un peón de confianza al que le pagaba cuatro chelines diarios, además del carbón, para que hiciera la ronda todas las noches para evitar que sus enemigos le quemasen los ranchos. Poco a poco, Rosas empezó a sentirse a salvo sólo puertas adentro. Cada vez le costaba más salir y desconfiaba de todo y de todos.

El estado desastroso en el que encontró las tierras no lo amedrentó, sino que se le volvió un desafío. «Eran pantanos, bañados, tierra árida, bosques de malezas y con muchísimos troncos de árboles, que habiendo sido secos o cortados hacía muchos años, no habían sido sacados porque ni la leña daría el valor del trabajo, ni las tierras su renta, sin el gasto de 50 o más libras por acre», escribía Rosas sobre su flamante residencia. Con trabajo y organización, la transformó en una granja de tierras perfectas para el cultivo y el pastoreo, y con un bosque en el que podía perderse y cazar. Lo mismo que había hecho en su Palermo de San Benito, volvía a lograrlo en el destierro.

Comenzó por comprar algunos caballos, vacas, toros, ovejas y cerdos, además de gallinas, patos y pavos. También se dedicó a cultivar la tierra con sus propias manos. Era habitual verlo desde temprano con la camisa arremangada, la cabeza cana cubierta por un sombrero de paja y una energía insólita a sus setenta y tres años, trabajando la tierra como un peón más. Cuando bajaba el sol, Mary Ann lo esperaba con té y algunas masas o un budín casero, sus dulces preferidos. Se sentaba a su escritorio y dedicaba el resto del día a escribir sus cartas y sus recuerdos. Leía, releía, corregía. También se tomaba su tiempo en la lectura de diarios y periódicos que le

enviaban sus amigos desde Buenos Aires. Así transcurrían los días del general en el destierro.

\* \* \*

—Cálmate mujer, por Dios. Te va a hacer daño tanto enojo —le rogó Máximo a su esposa.

—No estoy enojada, es peor que eso, querido. Me siento desahuciada, no puedo creer lo que le hacen a mi padre y yo aquí, tan lejos —dijo Manuelita y soltó un suspiro interminable.

—Me parece que exageras un poco —Máximo levantó las cejas—. Estamos aquí nomás. Puedes tomarte un coche y llegarte hasta allí en un periquete.

—Mi pobre y amado Tatita privado de sus bienes, único recurso con que contaba para sostenerse y poder concluir tranquilo sus días. Deberías entender, Máximo, hasta qué punto llega el disgusto que sufre mi corazón al conocer su situación amarga.

Manuelita soltó el bordado que la había tenido ocupada durante un largo rato. Con los niños en sus habitaciones, concentrados cada uno en sus asuntos, la madre podía disponer de un tiempo para otra cosa. Desde que nacieron, su vida se había centrado en la crianza de sus hijos. Las fiestas de otros tiempos, aquella vida social tan intensa, ya no era tal. Prefería quedarse en casa, y si salía era para visitar a su padre en la granja, donde tenía varias habitaciones reservadas para ella y su familia.

Su marido la había puesto al tanto de la situación descrita por su padre y el relato la había angustiada. Hacía días que se encontraba destemplada y había llegado a un límite. Máximo sabía que era mejor dejarla hablar, desahogarse. Cuando su esposa decidía expresar su sentir, lo mejor era intervenir poco y nada, y esperar a que terminara.

—Tú sabes que la gota lo ataca con frecuencia, y si una de esas veces le llega al corazón, ¡Dios mío, tú conoces bien cuál será la consecuencia! —Manuelita se cubrió el rostro con las manos. A los pocos segundos continuó con afligida dulzura—. Entretanto, sigue ocupándose de dirigir los trabajos de la chacra, que alquila contra nuestra voluntad. Por más que dicha ocupación es una prueba de la nobleza de sus sentimientos, así sacrifica su salud. ¡No tiene edad para esos trotes!

—Pero yo no lo vi mal, Manuelita —intentó Máximo.

—Ay, querido, nosotros sabemos que a sus años ya debería estar quieto en su salita de invierno, al lado de un buen fuego, y en el verano dando paseos para tomar aire fresco con tranquilidad.

—Él me ha dicho que mientras tenga fuerza no abandonará el trabajo. —Máximo conocía de memoria la terquedad de su suegro, que su esposa había heredado.

—¡Ese es el motivo de mi doble angustia y agitación! Además de la distancia... Pero nadie me comprende en esta casa —sentenció Manuela.

Máximo se acercó a su mujer. Se sentó a su lado y la tomó de las manos. Bastó que Manuela sintiera el calor y la protección de su marido para que todo pareciera

volver a su orden habitual. Muchas cosas la preocupaban, no sólo la salud de su padre. Que le hubieran iniciado un proceso criminal en Buenos Aires, cuya sentencia lo había condenado a la «pena ordinaria de muerte con calidad de aleve, entendiéndose que la indemnización de los daños y perjuicios se ha de cumplir con otros bienes que posea y que no hayan sido comprendidos en la ley de confiscación», había sido demasiado. También ella había sido damnificada por las sanciones que sus compatriotas habían aplicado contra su padre.

—Me resulta insoportable, Máximo, que se vea reducido a vivir del trabajo de sus manos, pasados ya los setenta años, víctima de la expoliación más cruel y de las ofensas incesantes con que lo siguen persiguiendo sus enemigos, mientras su país así lo permite. ¡Por quien todo lo sacrificó por ese país! —Manuelita no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas—. Si Tatita hubiera necesitado todavía justificación, su corona de gloria estaría completa. ¡Arrojado de su Patria, sometido sin chistar a su destino, fiel a sus principios, sin faltar un ápice de respeto a la autoridad, sea quien sea el que la represente, privado de su legítima fortuna, injuriado sin cesar, y entretanto, viviendo en la necesidad! Es para mí el espectáculo más indecente y flagrante en un hombre que ha tenido su estatura.

—Me gustaría ayudar más, querida. Juro que no sé cómo hacer para calmar tu pena —dijo Máximo.

—No tienes poco a tu cargo con nosotros, mi amor. Haces todo y más, no te reclamo, sólo te digo lo injusto que me parece lo que nos ha tocado vivir los últimos tiempos. Es que cada vez que pienso en la posición de Tatita sufro, y mi dolor es tanto más cruel cuanto que, despojada yo misma de cuanto es mío, no puedo serle de auxilio.

Manuelita se hundía en la desesperanza más absoluta. Pero más la indignaba que los caballeros que la habían visitado noche tras noche en su salón de Palermo, se hubieran convertido ahora en sus verdugos y en los de su padre.

—¿Cómo es posible, mi vida, que a muchos de los personajes aquellos no les cause horror las mutilaciones de las víctimas cuya piel desollada, cuyas orejas curtidas, cuyas cabezas sangrientas servían de adorno en los salones del reo? Dios sabe cómo mi corazón, sin embargo de estar tan ofendido, los perdona —Manuelita se enardecía a medida que hablaba—. ¿Cómo se atreven a juzgarme? Fuera de los primeros momentos cuando llegué, jamás he vuelto a un teatro lírico o dramático, ni asistido a lugar de entretenimiento público, ni aceptado una sola invitación. Hemos tenido la resolución de no salir de nuestro retiro y la hemos cumplido.

—Nadie tiene el derecho de fustigar a nuestra familia; hablan por hablar. Déjalos, Manuela, que la vida ya se encargará de ellos. Ruines de una mezquindad superior, sus palabras dicen más de sus almas que de nosotros. Son unos pobres diablos.

Ella asintió. Su marido sabía calmarla, como siempre. Detuvo su mirada en él y agradeció en silencio estar a su lado. Desde los inicios, el amor que había sentido por ese hombre había sido de una fortaleza inusitada. Todo había atentado contra esa

pasión pero que hubiera seguido adelante la hacía sentir reconfortada. Sabía que había hecho bien. A pesar de todo, a pesar de todos.

## CAPÍTULO XIII

Eugenia y sus hijos se habían instalado en la casa que su padre, al morir, les había dejado a ella y a su hermano Vicente. Había recuperado al pequeño Adrián y todos habían logrado ocupar lo que era de ellos: una modesta casita que Rosas había agrandado, comprándole el terreno contiguo. No era gran cosa, era imposible compararla con la fastuosidad que había conocido junto al padre de sus hijos, pero era suya. Ya no dependía de la caridad de los allegados. De cualquier modo, su vida aún estaba regida por la generosidad —en mayor o menor medida— que recibía desde Southampton. De tanto en tanto y cuando le era posible, Rosas le giraba algunos dividendos que le servían para subsistir y para pagar La Merced, la escuela a la que concurría la menor de sus hijas, Justina. Sin embargo, Eugenia, que ya había pasado los treinta años y que ya no tenía hijos tan pequeños, estaba en condiciones de realizar algunas labores, y lo hacía como sirvienta en algunas casas de gente pudiente.

El tiempo había transcurrido y la correspondencia entre Eugenia y Rosas no era frecuente. Muy cada tanto él le escribía alguna extensa carta, que entusiasmaba y generaba esperanzas en ella, pero después solían pasar largos meses sin tener noticias desde el otro continente. Empezó a acostumbrarse a ese silencio, que venía acompañado de una sensación de aislamiento extremo. Se sentía sola de hombre. Rosas había ocupado todos los espacios posibles desde sus trece años y no había sido fácil para ella luchar contra la huella que había dejado al irse. Tampoco lo había intentado. Pero sin darse cuenta, los gestos, la mano áspera de Rosas sobre su piel suave, las tomadas tensas contra el barral de hierro de la cama de su dueño habían comenzado a desvaírse en su memoria, hasta el borrón completo. Ya ni recordaba la sensación de totalidad que sentía cuando lo escuchaba decir «mi mancebita es agraciada, morena, vivaz y sensual; es una odalisca criolla». ¿Habría muerto y no se daba por enterada? Rosas había sido como un padre para ella. Le debía la vida, había aprendido todo a su lado, pero aquella pleitesía eterna, ese temor reconcentrado y la gratitud servil ya no dirigían sus pasos.

Su cuerpo había vuelto a vibrar. Estaba más vivo que nunca. Había conocido a un hombre y se había atrevido a abrir todos los cerrojos que la habían mantenido alejada de los placeres de la carne. Oliverio, un cochero, había insistido, esperado, avanzado cuando lo había considerado pertinente, y la había ganado. Eugenia le había encontrado el gusto a sus requiebros y se había dejado acompañar. Ahora tenía alguien con quien hablar, alguien a quien confesarle sus miedos, alguien que podía escoltar sus silencios, que eran muchos.

Una tarde de sábado, Eugenia había salido a pasear con su festejante. Oliverio la había convidado a dar una vuelta en coche y ella había aceptado gustosa. Con el crepúsculo mordiéndoles los talones, emprendieron el regreso. El joven detuvo el carro, descendió de un salto y la ayudó a descender como un caballero. Ella sonrió

feliz, se dejó cortejar y se despidió con una timidez fingida. Abrió la puerta de su casa y desde allí lo saludó con la mano. Pero al entrar, sintió de inmediato que algo andaba mal. Mercedes, Angelita y Nicanora la esperaban sentadas, Joaquín, de pie. La recién llegada percibió que algo pasaba, había un aire denso en la sala.

—Buenas tardes, hijos. ¿Sucedió algo en mi ausencia? —preguntó Eugenia, preocupada.

—Eso, precisamente. Tu ausencia, mamita —respondió Ángela—. La casa quedó a la buena de Dios durante horas y Adriancito volaba de temperatura.

Eugenia se quitó el abrigo en un santiamén y se dirigió hacia la habitación de los varones, pero sus hijos la interceptaron y la regresaron a la pequeña sala.

—Ya está bien, nos ocupamos cuando lo necesitaba. Ahora queremos hablarte de algo —dijo Mercedes, la mayor.

—¿Qué pasa, hijos?

—Sabemos que andas con ese cochero, mamita. ¿Por qué le haces eso a nuestro padre? —interrumpió Nicanora con un dejo de indignación.

—Pero ¿cómo se atreven a juzgarme? Manga de desagradecidos. Claro que le debo todo a Rosas, ¿pero alguno de ustedes tiene la más remota idea de lo que es no saber si ese hombre era el amor de mi vida, mi patrón o mi verdugo? ¿Sabe alguno de ustedes, por casualidad, lo que es ser tomada por la fuerza y tener que ocultar la carne herida, y al segundo siguiente perderme en su abrazo de amante paternal? La boca se les haga a un lado, atrevidos. ¿Tienen idea lo que fue mi vida, lo que asesiné adentro mío para cuidar de ustedes en su ausencia? —El tono de voz de Eugenia iba creciendo.

—No queremos hacerte enojar, mamá. Pero aún recibimos ayuda desde Southampton, Rosas aún te quiere —dijo Mercedes, conmovida por los dichos de su madre.

—Oliverio me quiere, no Rosas. Nos dejó aquí tirados, en la indigencia, solos y desamparados. Y tampoco los quiere a ustedes, no se hagan ilusiones. ¿O se olvidan que nunca les permitió que le dijeran Tata, como sí lo hacían sus verdaderos hijos? Ustedes son sus matungos y nada más. ¿No se reía cuando iban, chiquitos, y le gritaban «viejo de porquería? Así le importaba: nada de nada.

Eugenia abandonó su cuerpo sobre una silla, exhausta, con la respiración agitada. No se reconocía. No entendía de dónde había sacado la fuerza para soltar todas esas verdades contenidas frente a sus hijos. Las manos le temblaban, las sienes le latían sin cesar. Joaquín se acercó a su madre y le apoyó la mano en el hombro.

—Mi chileno, ¿cómo me tratan así? ¿Acaso me acusan de puta? ¿Eso creen de su madre? —y lo miró con ojos inquisidores. Era tan parecido a Rosas que le impresionaba.

—No, mamita, no es eso. Pero no queremos que te hagan sufrir. ¿Estás segura de que ese hombre te quiere bien?

—¿Quién puede asegurar nada en esta vida, m'hijo? Pero es la primera vez que un hombre me trata bien, como a una igual. ¡Qué sé yo lo que le pasa dentro de su corazón!

—Por suerte Emilio se fue a la guerra. Ese es el más celoso, hubiera puesto el grito en el cielo —dijo Joaquín con una sonrisa, buscando romper la tensión.

Emilio, el tercero de los hijos de Eugenia, había partido rumbo a la Guerra del Paraguay. La madre había llorado ese nuevo abandono, pero sabía que su hijo emulaba al padre y sentía que marchar al campo de batalla era algo que le debía.

—Soldadito, tú no me vas a juzgar, ¿o sí? —le preguntó a Ángela.

Ésta miró hacia abajo, igual que cuando tenía seis años, aunque ya pasaba los veinticinco.

—No, mamita. Pero tú sabes que yo lo quiero al Tata, y él me quiere a mí —murmuró Angelita.

—Sí, mi querida —Eugenia estiró el brazo y le reclamó la mano a su hija. Angelita se la dio y así permanecieron durante un buen rato. A pesar de sus palabras, la culpa torturaba a Eugenia. Sentía que algo estaba haciendo mal al traicionar a Rosas, pero la soledad era una compañera ponzoñosa. La había ido carcomiendo hasta que un día sintió la podredumbre adentro. Como cualquier mujer, merecía las caricias de un hombre, una mano fuerte que la contuviera, alguien que la entendiera de una buena vez.

\* \* \*

Junto a sus hijos, Manuela subió al carruaje que le había enviado su padre desde Swaythling. Había decidido que celebrarían el cumpleaños de Manuelito primero y luego el suyo propio en la chacra de Rosas. El niño cumplía diez años el 20 de mayo y ella, cuarenta y nueve. Su marido llegaría recién para la celebración, una vez que se desocupara de sus quehaceres.

Llegaron al mediodía a la chacra. Apenas cruzaron la tranquera, Rosas supo que su hija estaba al llegar. El caserón estaba algo alejado de la entrada pero su oído de hombre de campo seguía tan ejercitado como cuando era joven. Parecía un animal de caza, como si oliera a su hija en el aire. Manuelita y los críos descendieron del coche y en la puerta aguardaban Rosas y Mary Ann.

—¡Hijita mía! Por fin, ya me estaba preocupando —dijo Juan Manuel y abrió los brazos para recibirla.

—Mi Tatita, cómo lo extrañaba —Manuela besó a su padre en ambas mejillas y lo miró de arriba abajo—. Pero qué bien lo veo, parece un mozo de cuadra. Saluden a su abuelo, niños.

Manuelito y Rodrigo se acercaron a Rosas con paso corto. Admiraban a su abuelo, aunque lo conocían más por los dichos de su madre que por compartir tiempo con él. También les inspiraba algo de miedo. Esa mirada azul penetrante, el carácter

recio, los ataques de furia. El hombre no era fácil y le gustaba abonar el mito frente a sus nietos.

—A ver, Joseph y Baldomero, han crecido estos inglesitos —dijo, y les revolvió las cabezas.

—Me han torturado durante todo el viaje con las ganas que tenían de verte. Y se venían peleando a ver quién montaría a *poor*<sup>[21]</sup> Peggy primero.

—Vamos adentro, que la pobre Mary Ann se ha pasado toda la mañana entre ollas y cucharones, cocinando para ustedes. Háganle los honores —dijo Rosas y mandó al peón a que se hiciera cargo del equipaje.

Almorzaron los cuatro juntos y los pequeños dominaron la mesa con sus picardías. Manuelito, que sería agasajado al día siguiente, hablaba hasta por los codos, mientras su hermano asentía. Rodrigo lo veneraba e intentaba copiarlo en todo lo que hacía.

Rosas había ordenado que les prepararan los caballos para después del almuerzo. Peggy estaba lista para ser compartida por los Terrero y dos de las mejores yeguas habían sido preparadas para Manuelita y para él. Los más pequeños quedaron bajo el cuidado de Mary Ann, y Juan Manuel y Manuelita montaron sus cabalgaduras con la habilidad de siempre. Como si los años no hubieran pasado, apretaron las panzas con los estribos y salieron a galope vivo, igual de aguerridos que tres décadas atrás. Manuelita se reía como loca, parecía aquella jovencita que disfrutaba de los paseos junto a su padre en los tiempos de bonanza. Rosas la seguía de cerca. Pese a la edad de ambos, mantenía el mismo afán por controlar el estilo de su hija al montar. Lo había heredado de su madre y él se lo había pasado a la hija. El linaje ecuestre se mantenía en la sangre de los Rosas.

Aminoraron la marcha y se pusieron uno al lado del otro. Siempre les había gustado perderse en charlas interminables montados a caballo, lejos de testigos impertinentes.

—Qué lástima que no pude venir a celebrar el aniversario de su nacimiento, Tatita. Había decidido venirme a pasar el día a su lado con los inglesitos, pero después, Máximo no creyó prudente que viajara en Viernes Santo. Es un día de tumulto en los trenes y podía sobrevenir algún accidente, como tantas veces ha sucedido ese día. Y como él no podía viajar, no se animó a dejarme venir —explicó Manuelita con pesar.

—Puedo entender los motivos de Máximo. Pero me hubiera gustado celebrar junto a mi hija querida.

—Te he traído unas limas dulces para que me perdones. Es la primera vez que las veo en Inglaterra y recordé lo que te gustaban en Buenos Aires.

Rosas le sonrió. Le encantaba que su hija le trajera delicias desde Londres.

—¿Y Máximo cuándo viene? —le preguntó.

—El mismo 24, Tata. Está ocupado todo el tiempo.

—Está muy bien que trabaje y que gane dinero para cuidarte como corresponde —La mirada de Juan Manuel se enturbió. Secretamente, su hija y él seguían esperando que algún día les devolvieran lo que consideraban que les pertenecía.

—Estuvo triste, mi Máximo. La pérdida de su padre lo ha tumbado fiero, Tatita.

—Mi amigo fiel, mi leal Juan Nepomuceno... Tanto intentó y tan poco pudo lograr. Tal vez murió de pena, pobre Juan, en ese país arrumbado e intermitente. Me hubiera gustado tanto despedirme de él, hijita.

—Lo entiendo tanto, Tata. Estamos tan lejos de todos, pero la tenemos a la querida Pepa allá. Qué mujer valiente, ¿no es cierto? Hace años que insiste y nada ni nadie la amedrenta.

—Parece una de las nuestras —Rosas largó una carcajada—. Dios quiera que esa guerra en la que andan envueltos no la doblegue.

Hacia dos años que la Argentina había entrado en guerra contra el Paraguay. El 12 de octubre de 1862, Bartolomé Mitre había asumido la presidencia de la Nación, pero poco antes de la asunción, una ley sancionada por el Congreso había dispuesto la federalización de la provincia de Buenos Aires, que había sido rechazada por la Legislatura porteña. La cuestión de la capital —un asunto que regresaba una y otra vez— había causado la división del partido gobernante en dos: el Partido Nacional liderado por Mitre y el Partido Autonomista comandado por Adolfo Alsina. En 1865, Alsina había sido elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Y así como Mitre creía que debía exportar el liberalismo al resto de las provincias, también creyó fundamental hacerlo en los países vecinos. El Ejército Argentino no estaba preparado para la guerra; sin embargo, eso no amedrentó a Mitre, que emprendió batalla.

—A quien sí ha atravesado esa contienda es a María Eugenia, Tata. Lo último que supe es que Emilio ha partido a la guerra.

Rosas se quedó mudo. Sabía muy bien lo que sucedía en Buenos Aires. El intercambio epistolar con Pepa Gómez era continuo. Entre sus hijos, con la única que se escribía de tanto en tanto era con Soldadito, que le daba las novedades. Desde hacía bastante que no tenía ninguna noticia y Rosas presentía lo peor.

Continuaron la marcha al paso hasta llegar a la casa. La tarde transcurrió sin sobresaltos, entre juegos de mesa y lectura. Como cada vez que iban de visita, dos habitaciones habían sido preparadas especialmente para Manuelita y sus hijos. Luego de la comida hubo que obligar a Manuelito y a Rodrigo a que fueran a acostarse; la excitación de la visita era enorme y los chicos querían seguir de juerga. A la mañana siguiente, al alba, saltaron de la cama. El festejo por el décimo cumpleaños de Manuel empezó temprano y duró todo el día. El abuelo le regaló uno de sus rebenques y eso fue suficiente como para que el niño no lo soltara más.

El 24 a la noche llegó Máximo. Manuelita lo esperaba con ansiedad para celebrar su cumpleaños. Apenas franqueó la puerta y se quitó el sombrero y la casaca, los niños lo llevaron hasta la mesa, preparada con la vajilla y las exquisiteces para el

festejo. Del bolsillo del chaleco sacó una pequeña caja y se la dio a su mujer, que ya ocupaba la cabecera. Manuelita la abrió con ansiedad y dio un alarido de alegría al ver, sobre el almohadoncito de raso, un par de aretes de plata y piedras.

A la mañana siguiente todos se levantaron temprano. Manuelita, cada vez que visitaba a su padre, aprovechaba los días de campo con un gran entusiasmo. Su vida en Londres la obligaba a una rutina más sedentaria, aunque cada vez que podía salía a caminar por las calles. Era capaz de hacerlo durante horas. Los domingos siempre iba a pie hasta la iglesia donde se ofrecía misa. Pero el tiempo que pasaba en la chacra lo aprovechaba al máximo para realizar toda clase de actividades al aire libre. Su favorita, sin duda, era la cabalgata diaria junto a su padre.

Pero, con la llegada de Máximo, su pasatiempo se había complicado. Su marido no la dejaba montar cualquier caballo, sobre todo porque los elegidos por ella a su juicio siempre eran los más mañeros. Máximo temía que sufriera una rodada. Así empezaba una guerra sorda entre suegro y yerno, uno intentando cuidar la integridad de su mujer y el otro avivando el gen temerario familiar.

Los Terrero permanecieron una semana en la granja, hasta que llegó el momento de tomar el tren de regreso. Ya a bordo, Manuelita sintió nostalgia. Le pareció que la estadía junto a su padre había sido demasiado corta, un suspiro. Necesitaba aún más de la compañía de su Tata.

\* \* \*

En septiembre de 1866, Rosas le envió una carta a Pepa Gómez anunciándole la decisión que había tomado: quería hacer unos pedidos de dinero a algunos allegados suyos. Su amiga lo aprobaba e incluso lo alentaba a que los hiciera. Rosas le escribió a la viuda del general Quiroga, a los Ezcurra y algunos otros para comunicarles que precisaba mil libras anuales para vivir. Pero no las quería de regalo sino como un préstamo a interés, que fijó en un tres por ciento. Las cartas impresionaron bastante en Buenos Aires, sobre todo a los Ezcurra, su familia política. Una de las hermanas de Encarnación había leído con sumo pesar las palabras de Rosas sobre el «penoso malestar en un país extranjero, sin amigos, en la soledad de su destino ingrato y prisión del pensamiento»; sobre su trabajo de jornalero «en un clima severamente destemplado, variable y frío»; sobre «su amistad con los padres de ella, el recuerdo de Encarnación, los servicios que hizo a la familia Ezcurra y lo triste que sería para ella y para él, que no figurase en la lista de los que lo auxilian».

La correspondencia surtió efecto y Rosas no tardó en recibir respuestas y fondos. Sin embargo, fuera de la viuda de Quiroga y los Ezcurra, fueron pocos los contribuyentes. Aunque no emitiera palabra, Rosas se preguntaba dónde estaban Felipe Arana, Eduardo Lahitte, los generales Pinedo y Pacheco, los Anchorena y la larga lista de los beneficiados durante sus gobiernos.

Pero algo se agregaba al malestar de Rosas. Desde hacía un tiempo, la gota había empezado a perturbarlo de forma constante. En agosto de ese año, el dolor se volvió

tan intenso que Manuelita debió viajar a cuidarlo. Sin embargo, su padre le hacía frente a la enfermedad con estoicismo y cuando ésta no se hacía demasiado evidente, montaba a caballo como si tal cosa.

Sin motivo aparente, de un día para el otro Urquiza dejó de enviarle la anualidad. ¿Sería porque se había enterado de que recibía dinero de otras personas? Rosas no supo las razones, pero debió restar un monto considerable a la suma que necesitaba para vivir.

Al año siguiente fue aún peor. Más pobreza y más soledad para Juan Manuel de Rosas. Manuelita lo ayudaba como podía, pero ella también sufría necesidades. Por si fuera poco, llegaron malas noticias de Buenos Aires: su hermana Andrea había fallecido el 27 de febrero de 1868. Como si un sino tenebroso se cerniera sobre ellos, las muertes se sucedieron en tropel: primero fue uno de sus cuñados, luego el que había sido jefe de policía de su gobierno y, en abril de 1870, el asesinato de Justo José de Urquiza. Pero lo peor estaba por llegar: el 3 de julio de ese año falleció su hijo Juan Bautista. Manuelita viajó en cuanto pudo a acompañar a su padre, con las dificultades del caso: aparte de las carencias económicas de las que era víctima hacía un tiempo, debía cuidar de su marido, que también se encontraba mal de salud.

Debilitado por la enfermedad y entristecido por la muerte de su hijo, Rosas hablaba poco. Pero la compañía de su Niña calmaba su desazón. Se sentaban juntos en la sala y se acompañaban en silencio. «Mi viejito está bueno, a pesar de la maldita gota que ataca sus dedos», rumiaba mientras miraba con ternura esas manos que tanta rienda habían sujetado, que tanta fuerza y poder habían tenido.

## SEGUNDA PARTE

### La caída

## CAPÍTULO I

Corría 1873 y, a pesar de sus ochenta años, Rosas todavía gustaba de recibir visitas en su chacra. Entre todas, prefería las que venían desde el otro lado del océano. Podían ser familiares que ansiaban verlo, admiradores o algún que otro enemigo de otros tiempos. Nada lo intimidaba; es más, disfrutaba de los intercambios con sus antiguos adversarios. Estaba más allá del bien y del mal.

Una tarde fría de invierno, mientras Rosas aprovechaba el calor del brasero de la sala, Mary Ann se le acercó para consultarle si estaba de humor para recibir a un hombre recién llegado con un muchacho adolescente. El anciano se incorporó un poco y preguntó el nombre: en la puerta lo esperaban Vicente Gregorio Quesada y su hijo Ernesto. A Rosas no le costó recordar a uno de sus viejos adversarios, quien había tomado relevancia luego de la batalla de Caseros debido a sus vinculaciones con Justo José de Urquiza. Rosas asintió con la cabeza y acomodó su cuerpo contra el respaldo. Mary Ann condujo a padre e hijo hasta la sala, donde ambos saludaron al dueño de casa con entusiasmo.

—Qué alegría que nos pueda recibir, don Juan Manuel —dijo Quesada y le extendió la mano—. Mi hijo Ernesto está muy contento con este viaje.

—Bienvenidos a mi casa, caballeros. Siéntense aquí, cerca del fuego. Hoy es un día helado —los atrajo Rosas con un gesto grandilocuente.

—Pero qué bien se lo ve, don Juan Manuel. Parece como si hubiera hecho un pacto con el diablo —lanzó Vicente con una sonrisa.

—¿Le han ido con mentiras allá en su país? Así me encuentro, todavía derecho, delgado y más ágil que nunca. No me cambio por el hombre más fuerte para el trabajo. Hago sobre el caballo lo que no pueden hacer ni aún los mozos —Rosas se acarició la cabeza y continuó—. No estoy completamente calvo, ni aún calvo. Me falta un poco de pelo al frente y las patillas que uso, blancas, son las mismas casi con las que vine en el 52. Me afeito cada ocho días, no fumo, ni tomo vino, ni licor de clase alguna.

El joven Ernesto escuchaba todo al detalle. Aquel hombre del que tanto se había hablado en su casa, estaba delante suyo con su aspecto imponente, con la agudeza irónica de siempre. Seguía siendo ese gran señor, a pesar de estar en un ambiente bastante más modesto que el de sus orígenes. Observó que vestía a la usanza de campo: la camisa blanca, el poncho sobre los hombros y sus infaltables botas.

Rosas quiso que le contaran cómo andaban las cosas en Buenos Aires y escuchó con atención lo que Quesada tenía para decir. Tras ponerse al día con las novedades, Rosas meneó la cabeza, llena de recuerdos.

—Difícil esa tierra... Díscola... Pasa el tiempo y pareciera que no escarmienta. Mi amigo, cuando asumí el poder, encontré al país en la anarquía, sin organización nacional, sin tesoro ni finanzas. En un día no podían modificarse los hábitos

anárquicos. Era preciso, primero, gobernar con mano fuerte para garantizar la seguridad y establecer un régimen de orden.

—Tal vez no se lo ha sabido reconocer como merece, don Juan Manuel. Pero con el tiempo transcurrido, los acontecimientos se ven de otro modo.

Rosas abrió los ojos y lo miró con asombro. No era el primer contrincante de otros tiempos que le reconocía méritos.

—Espero que hayan comprendido que le dediqué mi vida al servicio del país. Los que suponen que gozaba de los sensualismos del poder son mezquinos y malvados. Y si he cometido errores, me hago responsable. El reproche que se me hace de no haberle dado al país una constitución me parece fútil. Era preciso, antes, preparar al pueblo para ello, creando hábitos de orden y de gobierno.

Un peón pidió permiso para entrar. Traía un recipiente repleto de leña para agregar al brasero.

—Adelante, hombre. No necesita pedir permiso, usted entra y hace —le dijo Rosas y se dirigió a las visitas—. Este es mi peón favorito, Henry Coward. Vieran lo solícito que es. Me sigue el tren, y eso ya es mucho decir.

Rosas largó una carcajada y observó cómo el peón avivaba el fuego para que no se apagara. Al instante, la llama creció prometiendo otro buen rato de calor. Como si no lo hubieran interrumpido, Juan Manuel continuó con el alegato.

—Y quiero decirles, sobre todo a usted, Ernesto, que es joven e inocente todavía, que si no acabé de constituir al país fue porque los unitarios no me dejaron ni respirar. Y con todo, a mi descenso del poder, el país se encontraba quizás parcialmente preparado para un ensayo constitucional. Sin mi sacrificio, aún duraría la anarquía, como todavía se puede observar en otros lugares de América.

—¿Y cuál habría sido el modo idóneo de gobernar, señor?

—Mi ideal de gobierno es autócrata: paternal, inteligente, desinteresado e infatigable, enérgico y resuelto a lograr la felicidad de su pueblo, sin favoritos ni favoritas —expuso con serenidad—. Yo busqué ese ideal en la época de transición que me tocó gobernar. La constitución era asunto secundario. Lo principal era preparar al país para ello, ¡y esto es lo que creo haber hecho!

Continuaron un rato más de charla hasta que Rosas palmeó sus piernas en señal de que el encuentro tenía que ir terminando. Dio pocas explicaciones, sólo dijo que debía ocuparse de algunas labores en la tierra. Se puso el abrigo, se envolvió el cuello con una larga bufanda de lana y lideró la marcha hacia la puerta. Vicente y su hijo lo siguieron de cerca y ya afuera, lo vieron enlazar y ensillar con apero a un caballo oscuro, saltarlo sin usar estribo, llevando lazo, espuelas y boleadoras. A su lado, montado en otro caballo, lo siguió un negrito con el mate, que seguramente iría cebándole en el trayecto.

Algunos meses después de aquella visita, Alejandro Baldés Ortiz de Rozas, hijo de su querida hermana María Dominga, también pasó a ver a su tío. El ama de llaves lo hizo entrar a la sala, donde aguardó sin sentarse. Los minutos pasaban y no había noticias de Rosas. Ortiz de Rozas empezó a deambular por la habitación con impaciencia y pasó al lado de una puerta entornada. De un sopetón, Rosas se lanzó sobre él para darle una sorpresa. Alejandro pegó un grito de susto y todo terminó en un abrazo.

—¡Tengo un tío enloquecido! —lo saludó Alejandro, todavía sobresaltado, y volvieron a abrazarse.

—Vamos a mi escritorio, que tengo que terminar de hacer orden en unos papeles —lo instó Rosas—. Luego podremos charlar.

El escritorio estaba atestado de papeles y de tablas llenas de libros. La mesa también estaba cubierta de papeles, y en uno de sus extremos descansaba un plato con restos de comida.

—A veces me sirven aquí el almuerzo. No puedo interrumpir el trabajo, tú me entiendes —dijo Rosas y llamó al ama de llaves—. Mary Ann, este caballero manda aquí más que yo, así que dale todo lo que te pida.

El sobrino estuvo un buen rato en la chacra poniéndose al día con su anciano tío, y se retiró temprano porque éste le dijo que madrugaba. Se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana para empezar la jornada laboral. Regresó al día siguiente y Rosas lo recibió de poncho, espuelas y rebenque.

—Vengo de cabalgar —le explicó.

—¿No vendrá de hacer un salto de maroma, no? —preguntó Alejandro con tono jocoso.

—Te crees que no estoy para esos trotes, insolente, pero no tienes idea —le retrucó Rosas.

El salto de la maroma era una costumbre que solían tener en algunas estancias. Consistía en reunir unos cuantos potros sin domar en un corral. Un peón se ponía, abierto de piernas, sobre una barra colocada en la entrada del corral y se dejaba caer perpendicularmente sobre el lomo de uno de los potros que pasaban al galope por debajo. Se sostenía en pelo, sin silla ni brida, asegurando sus espuelas contra la barriga del animal, que empezaba a hacer corcovos, a dar coces, brincos, levantarse de manos y todo cuanto podía para tirar al jinete, hasta que, rendido, se dejaba manejar a la perfección. La menor falla en el cálculo podía convertir el juego en un salto hacia la muerte y Rosas no usaba a sus peones para esas prácticas. Él personalmente se encaramaba sobre la tranquera para sentársele al bagual y dominarlo.

Durante esa jornada, Rosas llenó de preguntas a su sobrino. Quería saber cómo estaban los integrantes de su vasta familia y Alejandro intentó ponerlo al día. Rosas, por su lado, le indicó la dirección de Manuelita —a quien llamaba «la duquesa»— en

Londres, y además le contó que su hija había alquilado una propiedad no muy lejos de la chacra para el verano, a la que se llegaba en tren.

Alejandro regresó a los tres días para despedirse de su tío. Rosas le respondió con brusquedad que no le gustaban las despedidas y que, al marcharse, lo hiciera lo más pronto que pudiera. Jamás le habían gustado las partidas, sentía que algo se iba para no volver. Las visitas le habían hecho buena compañía. Pero el fin inevitable lo llenaba de desolación. Como si llegaran para anunciar algo que no quería oír.

\* \* \*

Eugenia había debido mudarse al pueblo de San Justo, a varias leguas de Buenos Aires. Las cosas no le habían ido demasiado bien. La vida en la casita del barrio de Concepción se había tornado inviable. Mantenerla había sido una tarea imposible para sus escasos recursos. Sus trabajos esporádicos en el cuidado de personas o como lavandera empezaron a faltarle a medida que agregaba años a su vida. La pobreza había ido en aumento; sus hijos mayores habían comenzado vidas independientes y tampoco les sobraba el dinero como para asistirlos.

Pero no todo era desasosiego en la vida de Eugenia Castro. El vínculo con Oliverio, el cochero, había continuado e incluso le había dado dos nuevos vástagos. Era una madre prolífica. Ya había pasado los cuarenta años y seguía trayendo hijos al mundo.

Se había mudado a un rancho de la periferia sin el padre de las criaturas pero con sus hijos menores. Al principio todo funcionó de maravillas, aunque de tanto en tanto, los mayores seguían echándole en cara que le hubiera sido infiel a Rosas. Hasta 1870, el intercambio de correspondencia había continuado. Incluso con la última encomienda él le había enviado tres pañuelos: uno para ella, los otros para Soldadito y Canora, como llamaba a Nicanora. Y le advertía que no le mandaba algo bueno porque seguía pobre. Como siempre, al despedirse lo hacía con su «afectísimo patrón» de rigor, como si no quisiera dejar testimonio por escrito de lo que había sido aquella relación, como si prefiriera dejar por sentado el vínculo del amo y su esclava.

La que más la enfrentaba de sus hijos era Mercedes, la mayor. Sin embargo, a veces se sumaban los demás y todo se transformaba en un griterío. No amedrentaban, seguían echándole la culpa de los hechos del pasado y los del presente, cualquier excusa era buena para llenarla de reproches.

Una tarde, agotada, Eugenia tomó coraje y, sabiendo que traspasaría un límite, intentó detener a su prole.

—¡Ustedes no saben la diferencia entre tener hijos por la fuerza e hijos por amor! —gritó desencajada, en franca alusión a la diferencia entre unos y otros.

A fines de 1875 empezó a sentir que el cuerpo se le debilitaba, ya no le respondía como hasta hacía poco. Intentó continuar con los quehaceres como siempre, pero la debilidad la traicionaba. Debió recurrir al reposo obligado, la fatiga se había convertido en su compañera permanente. No era extraño verla sumida en delirios

recurrentes. Los hijos que vivían junto a ella intuyeron el fin y le reclamaron al resto que se acercaran a despedirla. Angelita y Canora no se apartaron del lado del lecho de la enferma. Antuca —como llamaba Rosas a Mercedes— iba y venía con los pedidos que le hacía el médico. Justina y los varones hacían lo que podían por aliviar a su madre.

Eugenia se fue despidiendo de a poco pero sin resistirse. Como si el tiempo no hubiera transcurrido, las imágenes se le amontonaron una detrás de otra. Apenas movió la cabeza y vio a Nicanora, que ocupaba una silla pegada a su cama. Era la más parecida a su padre, con ese aire de persona bien nacida y el carácter retobado. Y recordó los modos que usaba Rosas con sus bastardos; a los gritos llamaba a dos soldados y les ordenaba: «Lleven a esa gallega salvaje unitaria a que le den 500 azotes». Y así ligaba una paliza su Canorita: ponían dos cartones sobre el trasero de la niña y simulaban la azotaina. O cuando los salvaba de ir a la escuela. Los niños recibían lecciones del capellán de Palermo. No les gustaba pero Eugenia los obligaba a ir. Entonces, corrían a implorarle al padre que los salvara. «Bueno, vuélvanse; hoy es el día de San Vacanuto», les decía Rosas risueño. Así se inventaba un santo de la rabona y se ponían a jugar todos juntos. Entre la pavura y la gracia oscilaban sus bastardos queridos.

Al lado de Nicanora hacía guardia Ángela, su Soldadito, la dilecta de Rosas, la que alimentaba el vínculo con su padre desterrado. Apenas le contaba a Eugenia, pero ella sabía bien que Angelita se escribía con el padre y con su hija, la verdadera.

Eugenia no quería molestar. Menos pedir. Le dolía el cuerpo pero más la acuciaba el alma. Se arrepentía de mucho pero lo único que le importaba defender era a sus hijos. Había dado la vida por ellos, se había relegado hasta el final, y de eso estaba orgullosa. Sabía que sus niñas tenían novio y eso la tranquilizaba un poco. Nicanora y Ángela hablaban poco y nada de esos asuntos, pero ella sabía que un tal Galíndez y otro de apellido Gaetán cortejaban a sus hijas. Se podía ir tranquila.

Miró a los dos varones que estaban allí. Emilio ya no estaba junto a ella. Había muerto en la Guerra del Paraguay con el grado de capitán bajo las órdenes del gran enemigo de su padre, Bartolomé Mitre. Al pensar en él, el corazón le falló por unos segundos. Su hijito querido, muerto antes que ella. Adrián, aquel que Rosas no había conocido, la miraba desde la puerta, con sus brazos fuertes cruzados sobre el pecho. Era tan parecido a Juan Manuel que pensó que estaba frente al hombre con el que había compartido parte de su existencia. Los mismos ojos azules de hielo, alto, buen mozo. El vivo retrato de Rosas, pero analfabeto.

El hombre de su vida no la acompañaba. Estaba lejos, en aquel país europeo al que ella jamás hubiera pensado en conocer. Pero la distancia entre ellos había estado presente desde el primer día. Ese hombre que había afectado su existencia tan profundamente, que la rondaba cuando él así lo decidía, había construido un muro imposible de derribar. La había hecho mujer a su medida pero de proporciones que ella no sabía manejar. Ya con él a leguas de distancia, habían aprendido a escucharse.

Pero había sido tarde. El pobre Oliverio le había entregado un poco de amor pero no había sido suficiente para restañar las heridas. El surco que había labrado Rosas en su alma era tan profundo que era imposible de llenar.

A instantes del último respiro, Eugenia no podía afirmar si el odio o el amor habían marcado su tiempo. Con los ojos cerrados intentó quitar de su mente la figura erguida hasta el paroxismo de aquel hombre inolvidable. Su estela la dominaba aun en el lecho de muerte.

Eugenia Castro falleció en su cama, sin muestras aparentes de dolor. La noticia fue comunicada a Manuelita y a Rosas a través de Angelita. En cuanto lo supo, Manuela le escribió una esquela a su media hermana:

*A Tatita le remito tu carta y estoy cierta que le habrá causado gran pesar. Siempre se acuerda del «Soldadito» y lo mismo Máximo te recuerda como si te estuviera viendo.*

*Concluyendo tu siempre afectísima patrona,*

*Manuela Rosas de Terrero*

A su turno, también Rosas envió unas palabras de pésame a su bastarda dilecta.

\* \* \*

Era el día de la recorrida en la Convalecencia. La presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña Dolores Lavallo de Lavallo, debía hacer la inspección habitual. Rigurosa y con afán de demostrar sus condiciones de liderazgo, recorría las instalaciones y controlaba hasta el último detalle. Desde hacía unos años, nada de lo que sucedía en el Hospital de Dementes escapaba a la supervisión de doña Dolores.

La dama de beneficencia, luego de circular por varias de las salas, llegó al patio central. Allí tomaban el aire decenas de enfermas. Sin embargo, una llamó la atención de doña Dolores. Le llamó la atención el refinamiento de sus maneras y los rastros de la belleza que, se notaba, había tenido en su juventud. Admiró su porte delicado, sus facciones finas y sus grandes ojos negros de mirada muy triste.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó a una de las dependientas.

—Se llama Juana Sosa y ha sido muy amiga de Manuela Rosas, con quien pasaba largas temporadas en Palermo. Es una loca muy tranquila, nunca tiene accesos y su única manía es transformarse en estatua, lo que sabe hacer a la perfección.

—¡Pobre infeliz! ¡Qué habrá visto en Palermo y qué habrá pasado por ella que le hizo perder la razón! —exclamó la hija de uno de los enemigos más acérrimos de Rosas, Juan Lavallo.

Doña Dolores se acercó a Juana, se paró frente a ella y la saludó. Del otro lado sólo hubo mutismo e inmovilidad. Juana copiaba al pie de la letra unas láminas que le guardaban entre sus cosas. Para representar al militar de turno —siempre el elegido era Rosas— se armaba unas grandes charreteras de papel que cortaba de los diarios.

Así se quedaba durante horas. Doña Dolores insistió pero no obtuvo respuesta. Juana no emitía palabra y tenía la mirada vacía. Doña Dolores se retiró, debía seguir con otras obligaciones. La Sosa, en cambio, continuó con el cuerpo quieto aunque en su cabeza, como siempre, las palabras silenciadas se amontonaban:

*Sí, mi general, aquí estamos para cumplir órdenes... Si usted lo ordena es palabra santa. Pida, que será retribuido... Con lo que quiera y como lo quiera. Para Vuestra Excelencia no hay negativa que valga. Aunque a veces se ría con los intentos adversos, usted juega al rechazo y luego arremete. Y si se le pone arisca, un buen golpe bien vale la pena. ¿Vuestra Excelencia quiere jugar fuerte? Pues ya sabe con quién hacerlo... Con esa que se ríe como loca... con la Sosa, que cuanta más virulencia recibe más la enciende y responde. Porque Juanita es la esposa del Restaurador, la única que supo entenderlo, que quiso aplacarle el fuego, o avivarlo aún más. Porque nadie en el mundo supo más del frenesí del tirano, porque nadie más frenética que Juana Sosa... Me tocas y te quemo y yo misma me calcino cuando siento tu mano en la carne de mi carne. ¿Y qué pasaba en esa finca, Rosas? ¿Quién sabía lo que sucedía en esas paredes, Manuela? Yo no voy a hablar, perdí la lengua, la boca se me ha hecho a un lado. No me pregunten, bazofia. Todos ustedes, advenedizos, trepadores, que mientras la gloria brillaba, todos querían rondarnos y cuando el fulgor se apagó corrieron como ratas. Alimañas de mierda, hijos de una gran puta. Todos chuparon de mi sangre, bebieron de mi lascivia, ¿y ahora? Escapan, cobardes de vidas tristes. Antes muerta que apagada...*

Así transcurría el tiempo para Juana Sosa, entre ardorosos monólogos en su cabeza enferma que la ensimismaban durante horas y horas. Pero la pena fue ganándole la partida. Una tarde a comienzos de 1880, se colocó sus flamantes charreteras de papel, se untó el rostro con polvo blanco y se preparó para hacer su última estatua. De la nada, como si se lo hubiera ordenado, su frágil corazón dejó de latir.

## CAPÍTULO II

La humedad de los primeros días de marzo de 1877 anegaba la tierra de la granja de Rosas. El clima anunciaba unos días de inclemencia arrolladora. A eso se sumaba una constante preocupación por la situación económica, que estaba peor que nunca. Todo su mundo se derrumbaba a pasos agigantados. Más afligido y solo que nunca, le escribió a Manuelita:

*Mi muy querida hija,*

*Triste siento decirte que las vacas ya no están en esta farm. Dios sabe lo que dispone y el placer que sentía al verlas en el campo; llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y en enviar a ustedes la manteca. Las he vendido por 27 libras y si más hubiera esperado, menos hubieran ofrecido.*

Meses antes le había confesado que las gallinas se habían acabado; simplemente, se las había comido. Sin embargo, con ochenta y cuatro años, seguía trabajando a la par de los pocos peones que le quedaban.

Ese 10 de marzo, nada parecía detenerlo, ni siquiera el frío húmedo y penetrante. Rosas montó su caballo para encerrar al reducido número de animales que le quedaban en el corral. No aceptaba las reprimendas que le hacía Mary Ann y hacía oídos sordos a las sugerencias de precaución. Una llovizna continua lo empapó hasta los huesos y regresó a la casa calado por el frío. Sus fieles servidoras, Mary Ann y Alice, lo recibieron con inquietud y se apuraron a desvestirlo y secarlo.

A poco de entrar, Juan Manuel empezó a toser y los accesos empezaron a reiterarse, cada vez con más virulencia. Rechazó la comida y el té que lo ofrecieron y se fue a la cama sin cenar. No se sentía nada bien, dijo. A la medianoche volaba de fiebre y la tos continua le impedía respirar. Mary Ann se quedó sentada a su lado, cambiándole los paños fríos y las sábanas, que se empapaban con el sudor febril. Al alba, la temperatura seguía siendo demasiado alta. El ama de llaves mandó llamar a Henry y lo conminó a que trajera cuanto antes a su vecino, el doctor John Wibbling, que había asistido a Rosas en otras oportunidades. El médico se presentó de inmediato, consciente de la urgencia.

—Mi querido John, no sé para qué lo molestaron; me parece que esta vez la cosa va en serio —le dijo Rosas con dificultad, sin abandonar del todo el fulgor de su seducción.

—No hable y déjeme auscultarlo, *Mr. Rosas* —lo reprendió Wibbling y continuó con la revisión clínica. Cuando terminó, lo miró con seriedad—. Tiene una congestión pulmonar. Quédese en la cama, calme esa ansiedad e intente dormir un poco, no le vendrá nada mal. Le daré unas medicinas para la fiebre y un jarabe para la tos.

El doctor salió de la habitación y le avisó a Mary Ann que le enviaría un telegrama a Manuelita instándola a que viniera cuanto antes desde Londres. Rosas

estaba grave.

Al día siguiente llegó Manuelita con sus hijos Manuel y Rodrigo. Apenas pisó el umbral de la casa, se dirigió como una tromba a la recámara de su padre. Aunque intentó disimular la angustia, el espectáculo la dejó pasmada. La cara de Rosas parecía la de un espectro: la piel, blanca como la nieve, se pegaba a los huesos. La fiebre le había subido hasta los 41 grados y los accesos de tos se habían convertido en vómitos de sangre. Al ver a su hija, Rosas sintió que el alma le volvía al cuerpo. Echó a todo el mundo del cuarto; sólo quería estar con ella.

—Tatita, no se exija —murmuró Manuelita y acercó una silla a la cama de su padre—. Aquí estoy y no me muevo de su lado.

—Nadie sabe cuidarme como tú, *m'hijita* querida.

—Cuanto más viejo más zalamero. Usted no tiene cura —bromeó Manuela disimulando el nudo persistente en la garganta.

—Jamás he mentado y menos ahora. Y eso que prefiero olvidar el abandono al que he sido sometido.

—Tata, no volvamos sobre aquello. Soy una mujer de sesenta y un años, más vieja que usted. ¿Qué pretendía, que me quedara para vestir santos? ¿Solterona y en el convento? —Manuela insistía con las chanzas, tratando de distraer a su padre.

—Sí, mejor olvidemos eso. Ahora estás aquí conmigo y nadie interfiere entre nosotros.

Manuelita le tomó la mano y permaneció a su lado sin moverse. Por la tarde, la fiebre y la fatiga empezaron a disiparse. De tanto en tanto, Rosas murmuraba recuerdos de un pasado lejano. Le pedía a su hija que se acordara de aquellas cabalgatas interminables que hacían juntos cuando Manuela no llegaba a los diez años; recordaba cuando le enseñó a montar en pelo y las veces en que lo había llenado de orgullo al ganarle las carreras a la peonada.

A la noche, Manuela intentó darle algo de sopa pero fue en vano. Rosas no quería comer. Mary Ann le sugirió al oído que se tumbara un rato en la habitación contigua pero Manuelita se negó. Se durmió al lado de su padre, sin soltarle la mano. A la madrugada se despertó y lo descubrió con la mirada vuelta hacia la luz azul que entraba por la ventana. Saltó hacia la cama y lo besó tantas veces como hacía cuando era pequeña. Se llevó la mano de su padre a la boca y al besarla la sintió fría.

—¿Cómo se siente, Tatita? —preguntó con dulzura.

Rosas la miró con aquellos ojos plomizos, hundidos por la fiebre. Intentó una sonrisa y respondió con suavidad:

—No sé, niña. No ha de ser nada.

Pero Manuelita vio en su rostro que no había mucho tiempo. Salió de la habitación con apuro a la busca del médico y del confesor. Cuando volvió, su Tata ya había dejado de respirar. Eran las 7 de la mañana del 14 de marzo. Detrás de ella entró el resto de las personas que estaba en la casa. Como si no hubiera nadie alrededor, Manuelita se acercó al lecho de su padre inerte, se acomodó con cuidado a

su lado y se abrazó a su cuerpo helado. Allí se quedó, susurrándole su despedida, envuelta en una congoja profunda: «Mi Tata, mi querido Tata, sus últimas palabras y miradas han sido para mí, su Niña adorada...»

\* \* \*

Al día siguiente se llevó a cabo el entierro. El cortejo fúnebre partió de la iglesia católica Saint Joseph, luego de un responso que duró doce minutos. En un landó reformado para los viajes finales iba el ataúd de roble, cubierto por la bandera argentina de la Campaña de la Sierra, regalada por el coronel Arenales. Sobre ella, el sable que José de San Martín le había legado a Rosas, y en el ataúd, una chapa con su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte.

Detrás del carruaje descubierto, en el pequeño *brougham*<sup>[22]</sup> que la Compañía de Entierros de Hampshire había puesto a disposición de los deudos, viajaban Manuelita, Augusta Gordon (hermana del general Charles Gordon, héroe de la campaña de China) y Elizabeth Adams, ama de llaves que servía a Manuela desde su casamiento. Las señoras iban escoltadas por quince jinetes con las monturas decoradas con crespones; entre ellos estaban Manuel y Rodrigo, los nietos. En otro coche iban el barón de Lagatinerie, marido de la hija de Eduarda Mansilla, sobrina de Rosas; el padre Gabriel, su confesor, y Willis Flemming, dueño de las tierras donde Rosas había vivido hasta su muerte.

A paso de hombre, el cortejo se desvió hacia la catedral normanda de Saint Michael, tomó High Street y continuó rumbo al norte. Doblaron por Carlton Crescent y Manuelita percibió que *Miss Augusta* no tenía buen semblante.

—*Dear*, ¿te sientes indispuesta? Tienes mala cara —le preguntó.

—Me siento mal por interrumpir esta ceremonia, pero estoy abrumada por una jaqueca que prácticamente no me permite respirar —dijo en un hilo de voz.

—Pero por favor, ve a descansar y cuida tu salud —la instó Manuela y le reclamó al cochero que se dirigieran a casa de los Gordon.

Allí descendió Augusta y los cocheros apuraron la marcha para recuperar el tiempo perdido, tomaron la carretera y enfilaron hacia el Cementerio Común, donde la fosa aguardaba abierta desde temprano en la mañana. Atravesaron la verja de entrada, ornada por las rosas de las casas de Lancaster y York, y llegaron al sitio donde el capellán ofrecería el servicio.

El clérigo tomó la bandera que envolvía el féretro, la roció con agua bendita y se la entregó a Manuelita; lo mismo hizo con el sable, que le ofreció a Manuel. Luego de la corta ceremonia, todos se dispusieron a regresar a sus coches. Manuelita y sus hijos volverían a Londres, pero ella les pidió que la acompañaran a una última visita a la querida *farm* de su padre.

No volvería más a aquellas leguas de campo donde Rosas había transcurrido el final de su vida. En silencio dejó que su mirada se perdiera entre aquellos robles y castaños con los que su padre había intentado recrear el paisaje de las lejanas pampas.

El sol comenzó a ponerse entre los setos de la campiña inglesa, los ojos de Manuelita se nublaron y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

## EPÍLOGO

Nicanora, Justina y Adrián entraron al despacho de su letrado, don Rafael Calzada. Habían viajado desde Lomas de Zamora hasta Buenos Aires y la espera había sido larga, pero no tanta como el tiempo que habían tenido que aguardar para conocer el resultado del reclamo que le habían iniciado a su media hermana Manuela Rosas y al hijo de Juan Bautista, Juan Manuel Ortiz de Rozas.

Calzada los recibió y los invitó a sentarse. Amable, les ofreció si querían algo de beber, y conversó acerca de nimiedades.

—Don Rafael, vayamos al grano, no tenemos todo el tiempo que quisiéramos — solicitó Nicanora.

Los hijos de Eugenia Castro le habían requerido al letrado que los patrocinase en la gestión de sus derechos sobre la herencia de Juan Manuel de Rosas. Manuelita había iniciado el litigio por la devolución de los bienes que le correspondían por la herencia materna que le había hecho el gobierno de la provincia. Tras esta iniciativa, los hijos naturales del Restaurador habían decidido emprender un juicio contra ella y el hijo de Juan, ya fallecido.

—No tengo buenas noticias.

Calzada había presentado la demanda de petición de herencia fundada en el artículo 3569 del Código Civil, ante el juez Benjamín Basualdo, por la Secretaría de Carlos Silveyra, en agosto de 1886, siendo representante de los herederos el procurador de su estudio, Alfredo Fernández. En septiembre había iniciado un segundo juicio, con la presentación de Adrián Gaetán, el viudo de Angelita. Los abogados habían presentado cuatro cartas como prueba, en las que Rosas, sin llamarse padre, trataba paternalmente a sus hijos, les enviaba dinero y regalos, y se dirigía a Eugenia con ternura.

El testamento de Juan Manuel de Rosas constaba de ochenta páginas y una cantidad interminable de artículos. En el artículo 11 señalaba que le había entregado a su hija Manuela las escrituras de las cinco casas que le pertenecían por herencia materna. También nombraba a Eugenia. En el artículo 12 se leía: «A Eugenia Castro en correspondencia al cuidado con que asistió a mi esposa Encarnación, a habérmelo ésta recomendado poco antes de su muerte, y a la lealtad con que me sirvió asistiéndome en mis enfermedades, se le entregarán por mi albacea, cuando mis bienes me sean devueltos, ochocientos pesos fuertes metálicos».

—Díganos las novedades. Cuanto antes, mejor —apuró Nicanora.

—Los Tribunales se han declarado incompetentes para intervenir en el juicio. Alegan que debería sustanciarse en Inglaterra, donde falleció Rosas —señaló Calzada mientras negaba con la cabeza.

Tampoco había servido el argumento del representante de Gaetán, que afirmaba que Máximo Terrero tenía domicilio legal en el país y una cuantiosa fortuna. No había sido atendido.

—¿Y Manuela? ¿Cuál fue su respuesta? —insistió Nicanora.

El letrado dio unas vueltas. No quería seguir lastimando a los hermanos Castro. Él había sentido que el pedido era justo y había sido optimista al iniciar el pleito. Pero ahora nada de eso prosperaba.

—Dijo que ustedes no son sus hermanos; que eran los hijos de una sirvienta que había trabajado para sus padres —disparó.

Nicanora se quedó sin aire. No podía creer lo que escuchaba, no podía ser verdad. Manuelita, aquella hermana que los había cuidado en Palermo como una más, con quien habían jugado a la par aunque les llevara tantos años, a quien habían tenido que espiar por orden de su padre cuando se besaba a escondidas con aquel novio clandestino, ahora los negaba.

Nicanora ahogó unas lágrimas y agradeció que Angelita ya hubiera muerto para no tener que escuchar que Manuela no los reconocía como hermanos. Habría sido una tristeza enorme para ella. Tampoco se le hubiera ocurrido litigar. La querida Soldadito había sido inocente y fiel hasta el final. Justina no hizo ningún comentario. La decepción era inmensa. Adrián tampoco habló. Era un hombre de pocas palabras. Sólo clavó su mirada en la de Calzada, una mirada azul de hielo, idéntica a la de su padre, don Juan Manuel de Rosas.

## AGRADECIMIENTOS

A Diego Arguindeguy, por compartir su sabiduría infinita y calmar todas mis dudas.

A Gustavo Béliz, por su eterna generosidad.

A Luciano Olivera, por su ayuda en los asuntos camperos.

A mi editora Mercedes Güiraldes, por su escucha permanente.

Y en especial a Nacho Iraola, por confiar, confiar y confiar.



FLORENCIA CANALE. Nació en Mar del Plata. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y trabajó en varias publicaciones: *Noticias*, *Living*, *Gente*, *Siete Días*, entre otras. Actualmente es editora en la revista *Veintitrés*.

*Pasión y traición*, su primera novela, lleva vendidos desde su publicación en 2011 más de cincuenta mil ejemplares; seguida por *Amores prohibidos*, publicada en 2013 y también un éxito editorial.

# Notas

[1] Hasta 1823, la ciudad se llamó Plymouth Dock y a partir de ese año, el rey Jorge IV pidió que se le cambiara el nombre por el de Devonport. En 1928 se transformó en la ciudad de Plymouth. <<

[2] La vara fue una unidad de longitud utilizada en la Península Ibérica, y por consiguiente, en las regiones de influencia colonial. Equivalía a tres pies y a 83 cm. Estos valores se usaron hasta la adopción del sistema métrico decimal (en 1849 en España), que los reemplazó recién en el siglo xx. <<

[3] Desde 1840, Rosas había ordenado que una ballenera estuviera lista en las barrancas del río para transbordarlo a un barco inglés, por cualquier imprevisto. <<

[4] Referente a la enfermedad de la rabia. <<

[5] La actual avenida Quintana. Era principalmente una zona de quintas e iba de las «cinco esquinas» hasta la Recoleta, de ahí su nombre. No tenía veredas, sí una zanja a uno de los lados —para evitar que se empantanara con las lluvias— y los setos y cercos vivos de las quintas la hacían irregular. Lo de «Calle Larga» era porque no la cruzaba ninguna otra desde cinco esquinas hasta Callao. <<

[6] Hoy avenida Rivadavia. <<

[7] En 1818, la casa había sido donada al general don José de San Martín y en 1824 había sido comprada por su cuñado don Manuel de Escalada, y luego por la familia Riglos. Demolida en 1889, en el lugar actualmente se encuentra la sede del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. <<

[8] Único edificio de tres plantas. Demolido en 1889, en la actualidad es el cruce de Diagonal Norte y San Martín. <<

[9] San Martín en la actualidad. <<

[10] Especie de carabina más corta. <<

[11] Sr. Rosas, me siento honrada, una vez más, por su visita junto a su familia. <<

[12] Armazón compuesto de dos tablones fuertemente unidos y colocados sobre ruedas, sobre el cual se montaba el cañón de artillería y, en este caso, el féretro. <<

[13] Así se llamó hasta 1880 el sector de la Plaza de Mayo más cercano a la Casa de Gobierno. <<

[14] Hasta 1818, la Vereda Ancha había sido el lugar de vendedores ambulantes; a partir de ese año, la Recova Nueva era el sitio de negocios y tiendas. <<

[15] Quería decir gorda. <<

[16] Así se le decía a la sífilis. <<

[17] Así le decían a los barcos que oficiaban de correo. <<

[18] A fines del siglo XVIII, los padres Bethlemitas habían fundado el Hospital de la Convalecencia, aproximadamente en los terrenos en los que, hasta hace poco, se ubicó el Hospital Rawson, hoy Asilo Rawson. <<

[19] Moreno en la actualidad. <<

[20] Hoy, Bolívar. <<

[21] Pobre en inglés. Manuelita mezclaba, de tanto en tanto, palabras en inglés cuando hablaba con su padre. <<

[22] Carruaje de cuatro ruedas tirado por un caballo, llamado así por el jurista escocés Lord Brougham, luego de que se hiciera construir este tipo de coche. <<

# FLORENCIA y CANALE

## *La hora del destierro*

Los últimos años de  
Juan Manuel de Rosas

Lectulandia

